



Sebastián en la laguna

José Luis Serrano
(elputojacktwist)



A Mikel, claro.

De vez en cuando ocurría aún que se perfilaba en mi cabeza un razonamiento con hermosa claridad, pero sabía ya, mientras eso sucedía, que no estaba en condiciones de retenerlo, porque, en cuanto tomara el lápiz, las infinitas posibilidades del idioma, a las que antes podía abandonarme con confianza, se convertirían en una mezcla de frases de pésimo gusto.

W.G. Sebald

Me preguntaba qué hora sería; oía el silbar de los trenes que, más o menos en la lejanía y señalando las distancias, como el canto de un pájaro en el bosque, me describía la extensión de los campos desiertos por donde un viandante marcha deprisa hacia la estación cercana; y el camino que recorre se va a grabar en su recuerdo por la excitación que le dan los lugares nuevos, los actos desusados, la charla reciente, los adioses de la despedida que le acompañan aún en el silencio de la noche, y la dulzura próxima del retorno.

Marcel Proust

*A pesar de los enemigos que abrasan
el interior sanguíneo,
en contra del mal que me acerca un poco
al incógnito fin,
yo mismo he de buscar,
despacio, el equilibrio,
por encima de controles rutinarios
olvidando fríos números y logaritmos.
Y aquí estoy, con hambre y sed,
queriendo alejar las metas,
para alargar el viaje de la vida,
ayudado por grises perlas de nombre triangular.*

Jose M. Zendoia

Aquel verano vi mi primer muerto, morado, hinchado, guapo aún, con los rizos revueltos. Ahogado en la laguna, aunque quizá estaba ya muerto cuando se puso de pie. Muerto antes que ahogado, eso decían los del pueblo. Tampoco es que haya visto muchos más después: tan solo a Alfredo Kraus y a mi padre. Hermoso, porque él era hermoso incluso morado y muerto, con el pelo revuelto, ensangrentado y lleno de algas, tardaron horas en encontrar el cadáver, enredado entre los juncos, con la cara fría y el torso desnudo, ese bellissimo torso que tantas veces había visto henchirse con su respiración. Resultaba extraño verlo ahora tan quieto, en la arena, junto a la verja azul. Era de noche y se había levantado una ligera brisa, como casi todas las noches de verano junto a la orilla de la laguna, tan oscura. Estaba tumbado boca arriba, rodeado por los vecinos de los apartamentos. Mamá bajaba corriendo por las escaleras, un poco desencajada, supongo que para impedir que mis hermanas y yo lo viéramos. Pero yo ya lo había visto (no así ellas: el padre del muerto se había llevado a todos los niños pequeños a la parte de atrás, a pesar de su dolor, quizá para preservar la intimidad del cadáver, tan desnudo). Yo lo sigo viendo muchas noches, hermoso, amaratado y frío. Fosforescente. Por las algas, supongo. Con el pelo apelmazado por los coágulos de sangre ya medio seca. Tumbado boca arriba con los brazos extendidos. La boca semiabierta y los ojos cerrados. Rígido como los álamos en invierno. Se escurrió en la barca y se golpeó en la cabeza con el motor, luego se intentó incorporar y, cuando estaba de pie, se desequilibró y cayó al agua, pero estaba ya muerto, no murió ahogado, quizá estaba ya muerto cuando se puso de pie, eso decían.

Pero yo no sé si voy a poder contar algo porque no se puede contar nada nunca, porque el presente se va y cuando se va ya todo es mentira, o es incompleto, y lo que recordamos y lo que inventamos se mezcla, y pasan más presentes, uno cada segundo, uno cada fracción de segundo, y cuantos más pasan más nos alejamos y la verdad se nos antoja cada vez más inaprensible. Ni siquiera yo mismo sé si vi o imaginé y más aún al cabo de los años, treinta ya, o casi, o quizá sean más, porque todo se mezcla y cuando uno se cuenta una historia o alguien nos cuenta una historia dejamos de saber si lo que de verdad pasó fue realmente lo que pasó o lo que nos contaron fue más real, porque es imposible contar una historia sin mentir, que me lo digan a mí, aunque yo intente hacerlo y no sea consciente de las mentiras, solo hay presente y es imposible captarlo todo en cada instante, así que se escapa y entonces ya no es posible contar lo sin mentir porque solo dura un segundo, una centésima de segundo y entonces intentamos contar lo que acaba de pasar, una estrella fugaz, un orgasmo, un latido que se ha hecho esperar más de lo debido, pero ya mentimos sobre la trayectoria de la estrella, sobre la intensidad del orgasmo (que ya es imposible reproducir porque no deja huella, como el dolor no deja huella, algo que me ha sido muy útil para enfrentarme a algún dolor de muelas: vencerlo en cada instante puesto que no es acumulativo, aunque no dirían lo mismo los que de verdad sufren dolores terribles, quizá les valga lo que digo, ojalá lo hiciera), sobre la duración del latido que no llega.

Lo había intentado hacía unos años con alguna redacción para el colegio, pero no me había salido bien, o yo no había quedado especialmente contento con el resultado. No con el resultado literario sino con lo que pasó después: no me gusta del todo, eso dijo mamá, has inventado cosas, no ocurrió exactamente así, lo has idealizado, entonces papá le dijo que era una envidiosa, eso dijo papá, y una enredadora y se montó una buena. Esto fue lo que escribí:

Había una vez un colegio de una ciudad pequeña de provincias. El edificio estaba en el borde de la ciudad antigua y tenía dos puertas: una que comunicaba con el centro de la ciudad, por la que cada mañana entraban los hijos de los abogados, los médicos y los maestros, y otra trasera que daba a los barrios de los obreros. Sus hijos tenían que cruzar cada día una calle de cuatro carriles con un tráfico espantoso por un paso de cebra sin semáforos. Algunos acabaron allí sus cortas vidas.

En esa puerta trasera había un terreno triangular lleno de cardos y escombros que pertenecía al Ayuntamiento. Uno de los maestros, que habitualmente cuidaba el comedor, decidió dedicar ese tiempo que les quedaba libre a los niños que no iban a comer a casa, entre las clases de la mañana y la tarde, para enseñarles a cultivar un jardín. Recogieron los escombros, arrancaron los hierbajos, cavaron la tierra, la regaron y, finalmente, empezaron a plantar. Dedicaron una parte, la más externa, a poner plantas con flores: rosales, geranios, margaritas. Y en el interior, junto a la valla, los chavales aprendieron el milagro de la vida con las lentejas, las judías o los garbanzos que traían de casa y que rápido empezaban a germinar con sus altos tallos verdosos.

Así, los niños que cruzaban del otro lado empezaron a presumir de jardín e incluso algunos padres del centro rodeaban el patio del colegio para ver aquellas lozanas margaritas y sentir la fragancia de las rosas.

Un día, el Ayuntamiento comunicó a la dirección del colegio que ese terreno era suyo y que tenía previsto acondicionarlo para poner un jardín. La dirección, sorprendida, le hizo saber que ya había un jardín, y que los niños estaban encantados. Pero el Ayuntamiento pensó que era peligroso, que estaba junto a la carretera, y que los niños no debían salir del recinto vallado del colegio.

A los dos meses, el jardín era de nuevo un estercolero lleno de hierbajos y, poco después, fue

asfaltado. Una señora que miraba cada día desde su ventana a los muchachos trabajando con tanta ilusión, escribió varias cartas a los periódicos, y el Ayuntamiento, algo avergonzado, concedió el título de ciudadano ejemplar al maestro. Pero el jardín ya era solo un trozo más de asfalto gris en una ciudad llena de asfalto gris.

Recuerdo la tarde de mayo en la que el maestro hizo cerrar las persianas de la clase: «Es para que os concentréis mejor, como en el cine». Desde la calle llegaba el sonido de la excavadora que arrancaba las rosas y las plantas de tomates. Pero el maestro abrió un libro y comenzó a leerlo. Se llamaba «Corazón».

Ese día supe que mi padre era un hombre especial y que el mundo era, en general, una mierda. Así que me enfadé mucho y dejé de escribir porque si todo era siempre mentira o no era nunca del todo verdad no me apetecía seguir engañando. Hasta hoy, que he dibujado círculos en la arena de la playa recordando a Olivier, el subnormal, que parecía un pajarillo, esperando, casi ansiando, que me lleve con él, con los felices, sin preocuparme por verdades o mentiras y sin saber si voy a ser capaz de contar una historia sin hacer daño a nadie.

Hacía ya varios años que pasábamos una parte de las vacaciones de mi padre en la laguna. Unas veces en julio, otras en agosto. Alquilábamos un apartamento muy agradable, de tres habitaciones (una para mis padres, otra para mí y la tercera para mis dos hermanas pequeñas, las mellizas), con un salón enorme que daba a una terraza soleada frente a la laguna. El apartamento formaba parte de un bloque horizontal de dos pisos de ladrillo visto, el único que había en la orilla y que seguramente incumplía todo tipo de normativas. Eran otros tiempos. Ahora habría sido construido en el mismo sitio, pero cumpliendo todo tipo de normativas y algún político de medio pelo se habría hecho rico. La fila de apartamentos salvaba el desnivel entre el pie de la montaña y la laguna. Los apartamentos superiores, seis en total, a los que se accedía desde la carretera, como el nuestro, eran todos de alquiler, pero casi siempre las mismas familias los ocupábamos año tras año. A los apartamentos inferiores se entraba por una rampa de asfalto que desembocaba en la zona en la que tomábamos el sol, una especie de playita artificial con arena un poco gruesa separada de la laguna por una verja de hierro azul y una hilera de álamos blancos, que dejaban paso a unos cuantos sauces llorones en los extremos. En la verja había tres puertas que daban a unas escaleras desde las que nos lanzábamos al agua siempre helada, y que servían para que la gente mayor bajara a refrescarse, agarrados siempre a la escalera porque la laguna era muy profunda. Esos pisos inferiores estaban ocupados por las familias dueñas de todo el bloque, todos emparentados entre sí y que habían hecho fortuna con una fábrica textil en la época en la que los pantalones vaqueros se pusieron de moda. Ahora eran ya mayores y sus hijos rondaban los veinte o treinta años, y cada vez aparecían menos por la laguna.

La alegría llegaba de los apartamentos de alquiler («los de arriba», eso decían «los de abajo»): montones de críos pequeños y ruidosos que correteaban o gateaban por la arena, o montaban en bici o se pasaban las horas muertas en la piscina con forma de riñón (tan sombría siempre, tan helada, con el suelo lleno de hojas resbaladizas y podridas, pese a que el agua se cambiaba a diario, llenándola desde la laguna por la mañana y vaciándola en ella cada noche), con los labios morados y temblando de frío. Porque en la laguna casi nunca hacía demasiado calor, al menos no hacía ese calor de julio o agosto de la ciudad. Salvo a las tres de la tarde, la hora en la que Sebastián salía de su casa, en la esquina de la izquierda. También era la hora de Olivier, pobrecico, el subnormal.

Sebastián era de «los de abajo». Tenía unos veinte años y los ojos azules, y un bigotillo rubio que a mí me hacía mucha gracia. El pelo rizado y alborotado siempre, sin peinar, como un emperador romano, eso decía papá, este chico parece un emperador romano. Su madre era noruega, pero llevaba ya montones de años en España y hablaba un castellano divertidísimo, muy de pueblo, pero con un acento complicado cuya procedencia nadie era capaz de adivinar. Su otro hijo, Tadeo, vivía en Nueva York y yo solo lo había visto un par de veces en mi vida, moreno, muy moreno y con una barba larga y descuidada, había salido al padre, al empresario textil con fábrica en uno de los poblachones grandes cercanos a la laguna. Tadeo tenía una moto pequeña y negra en la que nos daba paseos a los niños las veces que aparecía por los apartamentos, pero yo ya llevaba dos o tres años sin verle. No era tan guapo como Sebastián, eso desde luego. Pero bastante más sociable. Salvo ese último año, que no pudo ni salir de su habitación.

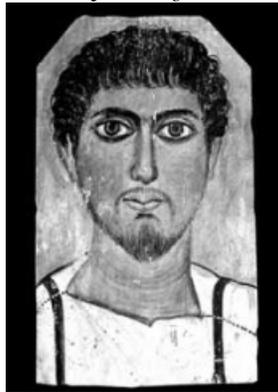
Sebastián nunca salía de casa antes de la hora de la siesta, llevaba los horarios cambiados, eso decía su madre, a la que todo el mundo llamaba Lola, supongo que para evitar derrames cerebrales en los vecinos debido a las complicaciones de su nombre noruego. Sebastián dormía por la mañana, salía a bañarse en la laguna a la hora de la siesta y luego se sentaba en un banco a la sombra de uno de los álamos a leer gordísimos libros en francés. Hacia las seis, cuando los niños de arriba habíamos cumplido estrictamente las tres horas de digestión, bajábamos corriendo a tirarnos de golpe a la laguna helada y él huía porque le salpicábamos. Aunque no le molestaba, siempre sonreía y se marchaba hacia la oscuridad de su salón. Por las noches, volvía a salir y se bañaba en la laguna a oscuras, algo que nosotros contemplábamos con admiración y horror. Se quedaba leyendo a la luz de una farola hasta que se apagaba, automáticamente, sobre las tres de la mañana. Muchas veces, Wences llegaba borracho del pueblo y yo les oía hablar desde mi habitación. La laguna multiplicaba el volumen de sus voces por algún efecto físico cuya naturaleza se me escapaba (me lo explicarían años más tarde, pero tampoco lo llegué a comprender del todo). Algunas veces discutían, otras veces lloraban. Sobre todo era Wences el que lloraba cuando venía borracho. Sebastián le acariciaba el cuello. Otras veces se iban hacia el fondo de la parcela, donde estaba la piscina, hacia la cangrejera. Lejos de las farolas. Pero no follan, eso dijo Carlos el «aburrío», Wences y Sebastián no follan. No porque la bestia no quiera, claro, que si fuera por él..., ese se follaría a una mula.

No había sido el primer muerto de la laguna, desgraciadamente. Hacía solo unos años se había ahogado, aunque yo no lo había visto, Olivier, el subnormal. En aquella época utilizábamos una única palabra para calificar a esas personas cuyo comportamiento escapaba a lo usual y que producían lástima. Ahora hay miles de palabras para calificar todo tipo de síndromes y no sé si sirve para algo. Decir que Olivier era un discapacitado sería mentir también porque no he visto a nadie más capacitado para hacer círculos en la arena. Nunca me dio pena Olivier, que era francés, porque nadie ha sido nunca más feliz que Olivier, el subnormal. Era un hombre guapo, Olivier. Delgaducho, todo huesos y con la piel muy blanca, con unos cuantos pelitos en el pecho hundido. Extendía los brazos y cerraba los ojos mirando al sol, dando vueltas. Parecía un pajarillo, Olivier. Cerraba los ojos y volaba, con la nariz recta y enorme casi roja, quemada por el sol, Olivier el subnormal que era francés y no hablaba con nadie. Los niños pensábamos que no le pasaba nada raro (y, seguramente, así era), simplemente pensábamos que era francés. Pero nuestras madres sonreían con lástima cuando le veían. Es como un niño, eso decían nuestras madres, un niño con cuerpo de hombre, qué lástima, qué desperdicio. Un día, así, sin más, Olivier se lanzó a la laguna y se ahogó. Fue todo rapidísimo, nadie pensó que pudiera hacer algo así, le tenía pánico al agua. Metía los pies en la piscina por la zona de los niños, que era poco profunda, y chillaba como una rata, un grito agudísimo que nos hacía estremecer. «Cagao», eso le decían los niños. Yo nunca se lo dije, de eso estoy seguro. Me gustaba Olivier. Adoraba su nariz recta y ese tono entre dorado y rojo que adquirían sus mejillas pálidas a los pocos días de llegar de París. Adoraba cómo dibujaba círculos en la arena con sus pies descalzos mientras giraba con los brazos extendidos mirando al sol. Esa tarde no dio tiempo a nada. Giró y giró y, ágil y fuerte como estaba, saltó de golpe la verja azul y se sumergió en el agua, sonriendo, así, sin más, eso dicen los que le vieron. Sonriendo y mirando al cielo con los ojos cerrados. Sus padres no volvieron nunca más a la laguna. Aquella tarde, recorrí con los dedos los últimos círculos que Olivier el subnormal había dibujado sobre la arena. Círculos perfectos que se iban acercando a la orilla hasta que desaparecían de repente. Pensé que no era verdad, que no se había tirado a la laguna sino que había salido volando hacia el espacio, que todos aquellos círculos no eran más que maniobras de despegue, largamente ensayadas durante las tardes de siesta en las que el único que paseaba bajo el sol era Olivier el subnormal (y Sebastián, leyendo), pobrecico, si total, ni siente ni padece, eso decía mi padre. Volando hacia el cielo con los brazos abiertos como un albatros, con su corpachón huesudo de hombre de campo, ya no tan inútil ni tan lastimoso ni tan desperdiciable ni tan discapacitado, eso pensaba yo entonces y eso pienso ahora. Porque Olivier, además, volaba.

Sebastián salía de su casa hacia las tres o así, con una bolsa marrón muy austera, raída y fea, cuando la mayoría de las familias habían desaparecido en los frescos salones a oscuras de los apartamentos para comer. A veces arrastraba por la arena una silla de playa amarilla, pero, casi siempre, lo que hacía era tumbarse en la arena a tomar un poco el sol, abrasador a esas horas pese a la brisa. Aun así, no se ponía moreno. Más bien enrojecía. Se le quemaba un poco la nariz y se le encendían los pómulos, quizá debido a sus genes noruegos. Se le agrietaban los labios. Parecía un inglés perdido, un americano de esos que vienen a los sanfermines. Se tumbaba en una esterilla y oía música con un *walkman*, una verdadera excentricidad en aquel verano del ochenta y dos (pero a lo mejor no era el verano del ochenta y dos y era el del ochenta y uno, o incluso el del ochenta y cuatro. O no todo pasó ese verano y yo lo mezclo en mi recuerdo). Suponíamos que se lo había traído su hermano de Nueva York. Alguna vez me interesé por la música que escuchaba. Cecilia, eso dijo Sebastián, desde que murió no he podido escuchar otra cosa.

Era gracioso porque a mi madre le pasaba igual. En el coche, de camino a la laguna, solo oíamos a Cecilia y ella siempre nos recordaba aquel viaje de vuelta desde la laguna a los horrores de agosto en la ciudad, cuando al entrar, ya en la ronda de circunvalación, la radio anunció que Cecilia había muerto en un accidente de tráfico. Mi madre se puso a llorar, no se lo creía. Desde entonces, los viajes a la laguna eran eternos homenajes monotemáticos a la cantautora (eternos porque tardábamos casi cuatro horas). Pero, desde que me enteré de que a Sebastián le gustaba Cecilia, empecé a canturrear por la casa aquello de «Dama, dama» y mi madre se ponía muy contenta.

Sebastián tenía los ojos negros, muy grandes, algo estrábicos, y unas pestañas enormes, parecía un retrato de El Fayum, pero rubio y enrojecido, con la mirada perdida muchas veces.



Se tumbaba en la esterilla, conectaba el *walkman* y se ponía esos auriculares con almohadillas naranjas que había entonces. Cerraba los ojos y estiraba los brazos por detrás de la cabeza. Desde el balcón podía ver el pelo de sus axilas, casi pelirrojo, y las gotitas de sudor que iban resbalando desde su frente hasta el cuello. Canturreaba y yo intentaba imaginar qué canción era la que cantaba en aquel momento, y le acompañaba torpemente durante un rato hasta que descubría que no era esa.

Luego se daba la vuelta y se bajaba un poquito el bañador, muy poquito, para que le diera el sol en la preciosa parte que hay entre el fin de la espalda y el culo. Entonces abría los ojos y me saludaba: sabía que yo estaba a esas horas en el balcón, con los toldos bajados y medio a

oscuras, leyendo o haciendo que leía una novela de Julio Verne. Me gustaban sobre todo *La isla misteriosa* y *Los hijos del capitán Grant*, y los leía cada verano. Yo le devolvía el saludo y él cerraba los ojos, sonriendo.

Cuando tenía ya demasiado calor, se levantaba de un brinco, abría la verja azul y se lanzaba al agua sin pensárselo dos veces (así, sin más, como el pobre Olivier). Nadaba estupendamente bien: la madre, la noruega, había sido campeona de algo relacionado con la natación y su salón estaba lleno de fotos y trofeos de su juventud nórdica y acuática. Se cruzaba la laguna entera. Yo seguía su travesía conteniendo el aliento, hasta que casi le perdía ya cerca de la orilla de enfrente. Me asustaba y sudaba pensando en Sebastián enredado en los juncos, o mordido por algún barbo gigante, de esos que decían los del pueblo que arrancaban manos y pies a mordiscos. Enseguida le veía reaparecer, con el mismo ritmo, como una máquina perfecta, salpicando lo justo, con sus movimientos milimétricos, con la respiración acompasada y esa postura tan aerodinámica que parecía una escultura futurista, o una máquina de Picabia (eso lo sé ahora, no en aquel verano, fuera cual fuese). Llegaba hasta la escalerilla y subía un par de peldaños para sacudirse el pelo, como un perrillo mojado. Salía del agua y me saludaba otra vez, muy sonriente. Se tumbaba de nuevo en la toalla, boca abajo, hasta que se secaba al sol.

Al cabo de un ratito, se levantaba y se sentaba a la sombra de los álamos blancos, a veces en la silla de playa amarilla y otras veces en el banco de madera, junto a la verja que daba a la laguna. Sacaba un libro de la bolsa y se ponía a leer durante un par de horas, hasta las cinco o cinco y media cuando los chavalillos «de arriba» empezaban a despertar de la siesta y contaban con deseo y casi a gritos los minutos que faltaban para la hora del baño. Yo bajaba a hablar con él un ratito en ese momento casi todas las tardes. Mis padres por entonces me dejaban ir un poco a mi aire: acababa de cumplir quince años (o quizá trece o dieciséis, no recuerdo el año exacto, ya lo dije).

Mi madre pasaba la hora de la siesta jugando con algunos vecinos al «tute subastao». Se sentaban en la parte de atrás, bajo la carretera, en una zona en la que nunca daba el sol, sacaban unas mesas, una toalla que hacía de mantel, y cada uno llevaba un par de sillas de su casa. Mi padre y mis hermanas dormían la siesta, casi siempre en el salón, con la tele encendida. Yo bajaba a hablar con él un poco cada tarde, quince o veinte minutos, porque Sebastián me contaba lo que estaba leyendo. Leía en francés. Mi hermano habla inglés y yo francés, excentricidades de mamá, eso decía Sebastián.

Aquel verano leía un libro que eran muchos. Una novela en seis o siete partes. *À la recherche du temps perdu* se llamaba. Jamás imaginé lo que esa novela iba a representar para mí en mi vida futura, como quizá lo estaba siendo para él en ese momento. A mí me daba un poco de vergüenza decirle que estaba leyendo a Julio Verne. Desde aquella vez en la que me emocioné porque le dije que había estado en el cine de verano del pueblo y él también, pensando que habíamos compartido la misma afición, pero resultó que yo había visto una película de Godzilla y él, *Ópera prima* (que mis padres no me hubieran dejado ver ni por todo el oro del mundo), era bastante cauto a la hora de compartir con Sebastián mis inquietudes culturales. Así que seguimos hablando del libro en francés. Me gustaba cómo lo pronunciaba y yo me dormía por las noches con esa cantinela, intentando imitar su bello acento «*alarecherchdutanperdí*», eso decía que leía.

Era demasiado largo y muy caluroso el viaje a Cádiz en el ochocientoscincuenta, eso decía mamá, así que ese año, como todos los anteriores desde que hacía seis o siete habíamos decidido cambiar el destino de nuestras vacaciones, nos levantamos a las seis de la mañana con la intención de comer ya en la laguna. No eran más de ciento veinte kilómetros, pero mi padre huía de las carreteras generales y dábamos infinitas vueltas por pueblecillos abrasados y blancos, con olor a panadería y churros. Eso sí: antes de poner en marcha el coche, mis hermanas habían vomitado por la peste a gasolina y humo del garaje. Mis niñas se me marean las pobres nada más abrir la puerta, así que tengo que subir a cambiarles de ropa y mi marido empieza a sudar y, con el disgusto y la biodramina, se acaban durmiendo las dos, pon la cinta de Cecilia, eso decía mamá, y mi padre se perdía dando vueltas por las circunvalaciones hasta llegar a la carretera que él buscaba, vacía y llena de baches, por la que circulaban tractores a veinte por hora dejando pegotones de barro seco en el asfalto, o remolques enormes cargados de Dios sabe qué. El sol empezaba a calentar fuerte y veíamos cómo la torre de la iglesia del pueblo siguiente se alineaba con la carretera (Sebastián me contaría una historia sobre campanarios y carreteras que había leído en «*alarecherhdutanperdí*»).

Es que es así como hacían las carreteras antes, apuntando a la torre de la iglesia, eso decía papá. En la primera gasolinera que veía se detenía a comprobar el aire de las ruedas, el agua, el ruido del motor. Mamá se ponía mala. ¿No has tenido tiempo hasta hoy? ¿Y si está roto algo?, eso decía mamá.

Efectivamente, siempre estaba roto algo: que si la correa del ventilador, que si la tapa del delco, que si los intermitentes, que si las luces estaban altas, o bajas. El empleado de la gasolinera hacía todos sus esfuerzos para arreglar de modo chapucero lo que fuera que se hubiese roto para salir del paso, eso decía el hombre, y mis hermanas y yo corríamos a la tienda buscando revistas porno, una novedad de la época, y gritando por los pasillos, helados por el aire acondicionado, temblando de emoción. ¡Tetas!, eso decían ellas. Y se partían de risa.

Al cabo de media hora, reemprendíamos el camino a la laguna, pero antes había que atravesar «la general». La general, eso decía mamá, y un escalofrío nos recorría a todos la espalda. La general era una carretera de dos carriles en cada sentido que conectaba Madrid con Andalucía, y que en esa época tenía un tráfico tremendo. Marroquíes cargados de bultos con gigantescos coches franceses volvían a su pueblo al otro lado del estrecho tras un larguísimo viaje desde París, Ámsterdam o Bruselas. Madrileños rabiosos, asados de calor y pitando como bestias, tractores, mulas, borricos, camiones cargados de melones o sandías... Tampoco era tan difícil atravesarla, había que hacer un par de rotondas, algún stop y un ceda el paso, pero mi padre se aturullaba, y mamá se ponía a rezar padrenuestros (incluso parábamos la cinta de Cecilia: para que papá se pueda concentrar mejor y, por favor, no habléis y rezad, eso decía mamá) y algunas veces acabábamos en la general en dirección a Madrid siendo sobrepassados por coches que nos pitaban e insultaban a mi padre, que iba a cincuenta por hora. Otras veces, acabábamos en dirección al sur. ¡A la playa!, eso gritaban mis hermanas, encantadas de la vida.

Algún año lo hicimos más o menos bien, pero no el stop, porque a mi padre se le calaba el coche y, si andaba cerca la Guardia Civil, nos parábamos en un melonar hasta que se iban. En el ceda el paso, sin embargo, se detenía completamente durante minutos, aunque no viniera nadie. La visibilidad era perfecta hacia ambos lados, el horizonte estaba tan lejos que podían

verse pueblos que estaban a doce kilómetros. Pero mamá siempre le decía, ay, que viene uno, ay, que viene uno, eso decía mamá, siempre, cuando divisaba algún un anciano en bicicleta, que hacía eses a seiscientos metros de distancia, en la lejanía. Nos matamos, nos matamos, eso mascullaba mamá entre jaculatoria y jaculatoria. Y cerraba los ojos y se agarraba fuertemente a los tiradores o sujetaba con ambas manos el cristal cuando mi padre, finalmente, se decidía a cruzar la general. Bueno, si nos matamos, que sea a la vuelta, eso concluía mamá.

Una vez pasado el susto, parábamos en una cafetería de mucho lustre que se llamaba, también, «La general». De esas con aire acondicionado y sillones rojos de plástico, enorme y llena de camioneros y franceses, niños gritando y abuelas aparentemente abandonadas. Papá pasaba al baño y metía la cabeza debajo del grifo: lo peor ya había pasado. Yo le acompañaba y aprovechaba para mirar de refilón la polla rosada de algún rubicundo camionero nórdico, tan exótica. Y mamá tomaba un café, el tercero del día. Mis hermanas y yo pedíamos un batido de chocolate. Aquí los hacen muy buenos, con helado, esa era otra de las frases anuales de mamá. Después de eso, ya casi nada nos separaba de los baños en el agua helada de la laguna, del sol del mediodía y de las noches jugando al escondite, a las tinieblas o al rescate. Habíamos sobrevivido.

Era cierto lo que decía mamá: hacían los batidos metiendo en una máquina una bola de helado del sabor que cada uno eligiera (aunque, en aquella época, se limitaba a fresa, vainilla, nata o chocolate) y un buen vaso de leche. En un minuto salía un batido frío, con espuma. Delicioso. Pedíamos también unos rosquillos. O magdalenas. A veces flores, de esas que hacía la abuela, de harina frita y azúcar.

Y recordábamos el accidente de los cerdos, hacía ya algunos años. Todos aquellos cerdos aullando ensangrentados por los arces, destripados. Volcó un camión cargado de cochinos y, los que no murieron en el accidente, estuvieron durante días dando vueltas como salvajes por los alrededores de «La general». Gimiendo y aullando como parturientas con las tripas medio fuera. Y aquel espantoso olor tan dulce y pegajoso. Seguro que queda todavía alguno por aquí, ni se os ocurra salir a la calle, eso decía mamá.

Una vez terminado el batido, reemprendíamos nuestro viaje, que ya era tremendamente fácil. Jugábamos a ser los primeros en ver el cambio de color de la tierra, roja como la grana cuando nos íbamos aproximando a la laguna. Son volcanes. Todos estos montes son volcanes, eso decía papá.

Y luego, en ser los primeros en ver el agua verdeazulada, a la vuelta de alguna curva, entre las montañas que ahora empezaban a cubrirse de vegetación. ¡Agua a la vista!, eso gritábamos los tres. Y empezábamos a imaginarnos ese prodigioso momento del primer baño de verano, con el agua helada y brillante.

Wences, la bestia, aparecía en su moto cada mañana muy temprano. Bajaba la rampa de asfalto haciendo ruido a las siete o siete y media. Yo solía andar ya por allí, me levantaba tempranísimo también. Mi padre madrugaba mucho y a las cinco ya estaba con las cañas de pescar allí abajo, lanzando las lombrices para el cebo desde la verja azul. Era casi de noche, pero, según él, era la mejor hora para pescar. Yo me despertaba a las seis y, sabiendo que mi padre estaba trajinando con los carretes, las cañas y los anzuelos, no aguantaba en la cama ni un segundo más de lo necesario. Me levantaba de golpe, me asomaba a la ventana para ver dónde estaba, me ponía el bañador, las chanclas y una camiseta, y, sin lavarme la cara ni peinarme, bajaba guiñando los ojos y con cara de sueño. ¿Ya estás aquí, pitufo?, eso decía mi padre, o algo parecido, porque no sé si los pitufos eran de ese año o de poco después, anda, dame un beso y vete a lavar la cara, ¿has desayunado?

Yo bajaba porque me gustaba ver a Wences a pesar de que no me caía bien por aquello que pasó con el coche. Wences se llamaba Wenceslao, pero todo el mundo le llamaba Wences. Salvo mis hermanas, que le llamaban Güences desde que descubrieron que se escribía con uve doble. Wences era un muchachote del pueblo, rudo y violento a veces, afable casi siempre con los chavales. Estaba saliendo con Marisa, la hija de uno de «los de abajo». Marisa estaba muy enamorada de él, o lo había estado hasta aquel verano, cuando aparecieron los italianos. Pero sus padres, los de Marisa, no estaban demasiado contentos: Wences era el jardinero. Los padres tenían la esperanza de que aquello no fuera más que un amor de verano. Un amor de verano que ya duraba tres. Al fin y al cabo Marisa iría en septiembre a estudiar Derecho a Madrid y Wences se quedaría en el pueblo a pasar el invierno, y el resto de su vida, ayudando a sus padres en el supermercado.

Wences aparcaba la moto en la cangrejera y se metía en la piscina, que a esas horas estaba vacía. Cogía un cepillo enorme y, con lejía y detergente, raspaba el fondo, que aun así, siempre estaba oscuro y resbaladizo. El verdín. El putito verdín, eso decía Wences. A ver esa lengua, Wences, que hay ropa tendida, eso decía papá. Me encantaba el ruido del cepillo sobre el fondo de la piscina, con la espuma del detergente, el gorgoteo del desagüe y el olor a limpio.

La piscina no tenía depuradora, así que se llenaba a diario con el agua helada de la laguna. En cuanto acababa de pasar el cepillo, a lo que no dedicaba más de quince minutos, y ya sudoroso por el esfuerzo, se quitaba la camiseta y encendía la bomba de agua. Un chorro enorme de agua transparente arrastraba los restos de detergente y espuma, y la piscina se empezaba a llenar. Tardaba casi tres horas en llegar hasta un nivel marcado con lápiz. Si se pasa del nivel revienta, eso decía Wences, revienta y nos vamos todos a tomar por culo. A las doce o así el agua estaba aún más fría que la de la laguna y yo solo era capaz de meterme cerca de las dos, cuando el sol estaba en lo más alto.

Wences tenía un cuerpo impresionante, yo nunca había visto algo así, ni en la tele, ni en los catálogos de ropa interior de venta por correo que robaba a mamá, muy moreno de piel y con todo el torso cubierto de pelo negro. Me acercaba a saludarle y él me ponía en el cuello sus manos anchas y calientes y me apretaba, haciéndome cosquillas. Un escalofrío me recorría la espalda y se me ponían de punta todos los pelos del cuerpo. Y otra cosa. Buenos días, señorito, ¿tú no duermes o qué?, eso decía Wences.

Llevaba casi siempre un bañador, o un pantalón de deporte, blanco y cortito, muy apretado. Quizá se le había quedado pequeño. Agarraba una manguera roja y se ponía a regar el trocito

de jardín y luego recorría la orilla de la laguna echando un poco de agua a los maceteros de geranios y jazmines que colgaban de la verja. A mí me gustaba ir detrás de él porque con el agua llegaban las libélulas, azules, verdes y algunas grandes y gordas tan rojas como el pimentón. «Caballitos del diablo» las llamaban a las pobres libélulas. Y también me gustaba ir detrás porque le veía el culo, ese culo en el que se había corrido ya, y casi sin querer, mi amigo Carlos el «aburrío», aunque con los bañadores puestos, los dos, mi amigo y la bestia.

Cuando terminaba de regar, se iba hacia la cangrejera, una zona en el extremo de la parcela en la que se guardaba cualquier tipo de trastos, desde barcas o bicicletas averiadas hasta todo lo necesario para practicar esquí acuático (algo que ya casi no se hacía desde que los hijos de «los de abajo» se habían hecho mayores), nasas para pesca de cangrejo, redes y cazamariposas, remos medio podridos, boyas señalizadoras, mangueras con agujeros, y hasta hamacas, toldos o sillas de plástico, flotadores, colchones de agua, bombas para hinchar ruedas, guirnaldas y disfraces para fiestas y dianas, bolos y petancas para concursos veraniegos. Allí detrás había una pequeña ducha en la que Wences se limpiaba el sudor. Aún era muy temprano, las nueve quizá, pero ya sudaba como una bestia. Yo cogía la caña de pescar y me iba a la cangrejera. Cómo lo sabes, ¿eh, ladrón? Vas a ser un buen pescador, como tu padre, eso decía Wences.

Se suponía que, cuando se levantaba ya el sol, la zona de la cangrejera, que estaba llena de sauces llorones en lugar de álamos blancos, permanecía sombría: las ramas de los sauces llegaban hasta el agua y a los peces les gustaba ese último refugio. Luego, al sol, el agua transparente de la laguna los dejaba tan indefensos como en un acuario. Black-bass, lucios, percas, tencas, carpas, cachuelos y hasta barbos gigantes era lo que había en aquella laguna. Y cangrejos. Rojos al principio y luego, con la repoblación, verdes, gigantescos, americanos, como decían despectivamente los del pueblo, insípidos y alielados, como los americanos, tanto que podían cogerse con la mano.

Yo echaba la caña y por el rabillo del ojo miraba ducharse a Wences, que resoplaba bajo el agua helada. Me encantaba que se separara un poco el bañador, por delante y por detrás, para que le entrara agua. Muchas veces pensé que me miraba desde debajo del chorro y que se entretenía demasiado tiempo en limpiarse y sacudirse la parte delantera. Incluso alguna vez, sabiendo que yo estaba mirándole, se bajaba el pantalón de deporte blanco hasta las rodillas y se quedaba con el culo al aire un buen rato. Yo miraba hacia la laguna, asustado, sorprendido y turbado.

Cuando Wences terminaba de ducharse, cogía otra vez la moto y se iba a su casa, en el pueblo, a ayudar a sus padres en el supermercado. En los apartamentos le pagábamos por horas, eso decía papá, hasta las horas que pasa con Marisa, así que él hacía el horario que le convenía. A mi aire, eso decía Wences, yo a mi aire. Sobre la una del mediodía venía a bañarse con Marisa y sus padres. Pero Wences no sabía nadar (a mí me parecía extraño que casi nadie del pueblo supiera nadar teniendo la laguna tan cerca, pero mamá me dijo que vivían temiendo ahogarse en el agua fría): lo que hacía era quedarse agarrado a la escalerilla y balancearse, como si estuviera haciendo flexiones. Tardaba muchísimo en meterse en la laguna, decía que el agua estaba helada. Yo le miraba fascinado, con la cabeza apoyada en la barandilla, haciéndome el dormido. Pero él se daba cuenta. Iba bajando muy despacito de escalón en escalón y hacía unos gestos de sufrimiento y dolor que encantaban a la madre de Marisa. Es graciosísimo verle, eso decía la mujer, graciosísimo.

Cuando el agua rozaba la parte inferior del pantalón blanco (siempre llevaba el mismo pantalón de deporte blanco, o quizá era un bañador), aullaba de dolor. Es que lo peor son los

huevos, eso decía Wences en voz baja, para que no le oyera la madre de su novia, con los huevazos que tengo se sufre horrores.

El bañador blanco se volvía transparente al contacto con el agua, y yo notaba cómo se iba haciendo visible la forma de su pene, grandote, una mancha de un rosa oscuro que se iba extendiendo. Se agarraba a la escalerilla y empezaba a balancear la cadera, con el agua ya a la altura de sus testículos, adelante y atrás, adelante y atrás...

Los niños empezaban a saltar por encima de él y decían que era un pesado, que no dejaba ni entrar ni salir, pero él seguía con su hipnótico balanceo.

Como si se estuviera follando a la laguna entera, eso decía mi amigo Carlos, el «aburrío».

No hacía falta tener demasiada imaginación para ver la forma y el tamaño de su polla y sus testículos, hacia dónde la tenía colocada, si estaba arrugada o se estaba empalmando con el balanceo. De vez en cuando, se metía la mano dentro y se la cambiaba de postura.

Todo se detenía en la laguna, los atardeceres. Era extraño porque en la ciudad era durante la hora de la siesta cuando todo se detenía. La ciudad vacía, solitaria, con las tiendas cerradas y el calor apabullante en verano o el frío y el aire de invierno (siempre hacía mucho viento en la ciudad a la hora de la siesta). Pero, en la laguna, los atardeceres, con ese olor a hinojo e higos calientes, la luz naranja que incendiaba los juncos, esos brillos que viraban al morado en el agua, que se iba haciendo progresivamente más oscura, el rojo incendiado en las orejas de Sebastián o en las de Olivier el subnormal, conseguían enmudecer los gritos de los chavales y el escándalo de los patos, que quizá estaban ya preparándose para pasar la noche. La gente de los apartamentos había terminado de bañarse y los chavales andábamos revolviendo por las cocinas en busca de algo que comer, o acicalándonos en los cuartos de baño para ir a dar un paseo. Era la hora que mi madre aprovechaba para sentarse un rato a leer en la terraza. Le encantaba aquella luz y no sé si leía realmente o pensaba en su vida, en la de antes, cuando hace muy pocos años pasaba su verano con las amigas sin ninguna preocupación, no como ahora, siempre pendiente, de mí, de las mellizas (siempre pensé y lo sigo pensando ahora que más pendiente de mí que de ellas, quizá lo necesitara más, antes y ahora). Miraba el libro, pero pasaba pocas páginas. Se acariciaba el pelo y lo retorció con un dedo, en bucles, ese delicioso pelo con cuyo olor yo soñaba las noches en las que no podía dormir. Aún ahora, después de tanto tiempo, me calma recordar el olor del pelo de mi madre.

Algunas mañanas íbamos a pescar un poco más lejos. En lugar de quedarnos en los apartamentos, mi padre cogía el coche y nos marchábamos a recorrer las lagunas. Porque hasta ahora he hablado de la laguna, en singular, pero había muchas. Unas grandes, otras más pequeñas. Unas redondas, otras ovaladas. Unas más profundas y otras que se podrían cruzar andando. La gente decía que cada una tenía un color distinto: del verde esmeralda hasta el azul más oscuro, un azul profundo que hacía casi daño. Obviamente tenía que ver con la profundidad, con las algas, con la vegetación de los alrededores, con el cielo: cuando el sol brillaba eran más verdes, o más azules. Con nubes viraban hacia la plata, el acero o el mercurio. En los atardeceres, refulgían de luz interior, como si fueran de lava incandescente. Algunas estaban excavadas en pura roca caliza, como los cenotes del Yucatán. Otras, machacada ya toda la roca, disuelta, tenían el fondo de arena. Se comunicaban unas con otras, a veces mediante canales, otras por abruptas y tumultuosas cascadas (o eso me parecían a mí, que no había visto nada entonces). Pero la mayoría lo hacían de forma imperceptible, o subterránea, por diminutos poros. La carretera, sinuosa y con mucho tráfico en verano, solitaria y algo atemorizadora en invierno, rodeaba cada una de las lagunas. Yo nunca llegué a ver el final.

A partir de aquí se acaba, eso decía siempre mamá si alguna vez nos acompañaba, media vuelta. Pero el caso es que no se acababan: yo veía más lagunas a la vuelta de la montaña, veía refulgir el verde esmeralda en el horizonte. Supongo que a mamá le daba miedo la carretera, que se iba haciendo cada vez más estrecha. El asfalto, además, estaba destrozado y lleno de baches. Y a partir de ese punto desaparecían los quitamiedos y, en un descuido, el coche habría acabado en el fondo.

A ver si nos va a pasar lo que a la pobre Cecilia, eso decía mamá. Así que, algunas mañanas, papá y yo cogíamos el coche y explorábamos otras lagunas. Unas veces, pescábamos desde lo alto de algún promontorio calizo, con el ruido atronador de las chicharras que comenzaban a calentarse al sol. Abajo, en el agua transparente, las sombras de los barbos se deslizaban por el suelo de arena blanca. Otras veces lanzábamos la caña en una playita muy agradable, a la sombra de un pinar, con el agua por las rodillas (y sin hacer la digestión). Ni se te ocurra decírselo a mamá o a tus hermanas, que no te vienes más, eso decía papá.

Una mañana, hacía ya unos cuantos años, quizá el primer verano que pasamos en la laguna, vi a un hombre desnudo. Se le había enganchado el anzuelo en unos árboles que había en el centro de la laguna (las aguas eran muy inestables y, de un año para otro, aparecían y desaparecían nuevas lagunas, o se inundaban zonas que, hasta entonces, habían permanecido secas). Se quitó los pantalones y los calzoncillos y se metió en el agua a buscar el anzuelo. Me sorprendió su culo blanco, sin un solo pelo, como de bebé. Nunca había visto a un hombre completamente desnudo y no pude evitar que aquella única imagen formara parte importante a partir de aquel momento de mis fantasías masturbatorias, junto con los catálogos de ropa interior de venta por correo robados a mamá, hasta que fue sustituido por las duchas matutinas de Wences, pese a que me caía mal. Sin embargo, nunca pude hacerlo con Sebastián, y lo intenté con Olivier, pero no resultó.

Al tratar de sacar el anzuelo, se lo clavó en la mano. Mi padre, que estaba muy acostumbrado a los primeros auxilios, le sacó con mucho cuidado el garfio, que le había atravesado la piel en la zona en la que se une el pulgar con el índice. Mucha sangre, pero nada

grave. Mi padre me dijo que no mirara, pero no pude evitar ver el chorro de sangre roja que se deslizaba por su brazo y salpicaba sus piernas, mientras con la otra mano se agarraba los testículos pudorosamente.

Los cuartos de baño en la laguna eran muy pequeñitos y solo había uno por apartamento. Dios quiera y no lo tengamos que usar, eso dicen que decía mi bisabuelo a las visitas cuando les enseñaba el baño de su casa nueva en el centro de la ciudad. A la hora de salir de paseo, sobre las ocho o así, mi madre se metía con mis hermanas a desenredarles el pelo, y se pasaban allí una hora discutiendo hasta que aparecían hechas un pincel. Como yo siempre estoy que me meo vivo, y más sabiendo que no puedo usar el baño, me acercaba a la casa al otro lado de la carretera, justo enfrente de nuestra puerta, un chalecito un poco destartado en el que vivían dos señoras mayores, que eran primas entre sí, y tías de Wences. El cuarto de baño también era muy pequeño, casi enano. Y, a esa hora, siempre estaba allí Wences arreglándose para salir con Marisa. Pero a las señoras les hacía mucha ilusión que fuera alguien a su casa aunque fuera a mear.

Entra, «salao», que no pasa nada, eso decía Wences. Wences estaba en calzoncillos delante del espejo, peinándose y echándose gomina, o con el secador. Unos calzoncillos de esos de antes, blancos o con algún mínimo dibujito absurdo que se repetía como en el papel pintado. Yo tenía que pasar entre la pared y el lavabo y no había forma de hacerlo sin rozar su culo y su espalda mojada tras la ducha. El baño estaba húmedo y caliente, lleno de un vapor amarillo que bailaba delante de la ventana. Yo intentaba hacer pis, pero no había manera con aquel hombretón mirando de reojo.

¿No te sale? ¿Abro el grifo? Vaya rabillo que tienes, ya te crecerá, como a mí. ¿No has visto el pollazo que tengo? Pues ahora la ves aquí y dentro de un rato estará en un sitio húmedo, calentito y oscuro. Con dientes o sin dientes. Ja, ja, ja.

Y reía como una bestia y se agarraba el paquete por encima de los calzoncillos. Yo cerraba los ojos y pensaba en riachuelos de montaña, o en el chorro de la piscina llenándose. Finalmente, conseguía hacer pis.

Alguna vez, si yo tardaba mucho, me daba un empujón y meaba desde el lavabo, un enorme chorro amarillo y caliente, que echaba humo y hacía espuma. Yo miraba hacia la pared durante los tres o cuatro minutos que duraba aquel chorro inagotable y larguísimo. Así mea un hombre, sin tocarse siquiera, eso decía Wences.

Y se secaba las últimas gotitas con la toalla del lavabo. Con la que usaban sus tías para la cara y las manos, las pobres. Todo esto se repetía casi a diario hasta que llegaron los italianos. Pollazo, rabo, paquete, meneársela, corrida, chenchita... todo eso lo aprendí aquel verano gracias a Wences.

Sebastián estudiaba Filología francesa. Su hermano Tadeo hizo Filología inglesa, y se marchó a Nueva York nada más acabar. A Sebastián aún le quedaban un par de años. Su sueño era irse a vivir a París. A mí todo aquello me resultaba tremendamente exótico: en mi vida en la ciudad no había conocido a nadie con esas inquietudes. Irse a Madrid era lo más habitual entre los que querían salir huyendo. Apenas había conocido a dos o tres extranjeros en mi vida: una profesora de ballet inglesa, muy mayor, lesbiana y rodeada de gatos, un inglés excéntrico que tenía una academia en la plaza del pueblo y, tras veinticinco años, aún era incapaz de pronunciar correctamente el nombre de la ciudad en la que vivía, y una profesora de francés de la escuela de idiomas, bajita y rotunda, con pelos en las piernas, pelo corto y seca y fea como ella sola, y que a mí siempre me resultó muy simpática. Imaginaba a Sebastián en París, una ciudad oscura y fría en invierno. Le veía fumando algún cigarrillo de esos que él se lía, tras el escaparate de una cafetería en Montmartre, leyendo «*alarecherchdutanperdó*» mientras cae la lluvia por los cristales. Junto a él, una muchacha joven de pelo corto, casi tan fea como la profesora de la escuela de idiomas, le acaricia los rizos y le quita el cigarrillo de vez en cuando para fumar ella también. Le dice cosas al oído, pero él sigue inmerso en las profundidades de su libro. En la mesa, dos cafés con leche a medio tomar y un par de vasos de agua, de los de Perrier, con hielo y limón. Y no para de llover.

Sebastián arrastra su silla de playa amarilla por la arena y se tumba al sol, como cada tarde. Lía un cigarrillo y lo enciende. Se lo fuma reposadamente. Las venas de sus brazos son azules, y su piel casi transparente. Luego se lanza a la laguna y comienza a nadar. Lola, su madre noruega de nombre ignoto y seguramente imposible, le observa desde el porche con unos prismáticos. Él lo sabe, y le dice que no le va a pasar nada, que no le vigile, que sabe nadar perfectamente. Pero ella no le quita ojo. Sobre todo después de lo que están pasando con Tadeo, que llegó ayer en una ambulancia, para morirse aquí.

Mamá no es una experta en cocina, por decirlo de una manera suave, eso decía papá. Así que muchas mañanas se acercaba a casa de las tías de Wences a aprender algo de cocina tradicional. Los lunes hacían gachas, con harina de almortas, ajo y pimentón, y freían hígado, torreznos, morcillas y chorizo para añadirlo al final. Los martes, tiznao, la comida preferida de papá, con patatas y bacalao y pimientos secos y cebollas y huevo duro, todo al horno con mucho pimentón. Los miércoles era el día de las migas, y desde muy temprano las dos mujeres se sentaban a la puerta de la casa, a la sombra de un emparrado, para cortar el pan que les traía el sobrino en la moto, y dejaban las migas en un barreño, rociadas con agua y cubiertas con un trapo para evitar las moscas. Luego se echaban en la sartén, con ajo y aceite, y se tomaban con torreznos, sardinas, chorizo y uvas. Si sobraban, mi padre las comía al día siguiente para desayunar, con chocolate. Los jueves, asadillo, con pimientos rojos y tomates al horno y una pizca de comino, que estaba delicioso tras pasar unas horitas en la nevera, e incluso de un día para otro. Los viernes era el turno del pisto de calabacín, siempre con una cucharadita de azúcar para aliviar la acidez de los tomates, tan bueno frío como caliente. El sábado era mi día favorito: los duelos y quebrantos, huevos revueltos con chorizo y tocino, que se tomaban desde antiguo para demostrar que no se era judío ni moro, eso decían las tías de Wences, pero seguramente no era verdad, como casi todo. Los domingos, pipirrana, para desengrasar quizá: una ensalada fría de tomate triturado, con atún, aceitunas, cebolla fresca, y un chorrito de aceite de oliva y sal.

Obviamente, las tías de Wences no comían prácticamente nada de todo aquello: un poco antes de la hora de la comida, casi todos los vecinos de los apartamentos pasábamos por allí para probar aquellas exquisiteces que el resto del año no volveríamos a ver. Aquellas mujeres sacaban, además, cervezas y refrescos fríos y jamás aceptaban ni una propina. Aun así, la gente les llevaba botellas de anís (era su afición, desde las cinco de la tarde hasta que se acostaban), ropa que les compraban en la ciudad, botes de colonia, medias negras, por el luto que guardaban nadie sabía por quién, y ellas lo agradecían con lágrimas en los ojos. El invierno sería largo y aburrido y las mujeres estaban encantadas de tener su casa llena, al menos durante unos minutos, antes de la comida.

Algunas tardes también hacían dulces: rosquillos, flores, mostillo (a veces con calabaza o membrillo, e incluso melón), tortas de agua fría, mantecados, perrunas, enacetaos, lazos de hojaldre, pestiños... vamos, como para adelgazar, eso decía mamá.

Está muy malito, eso nos dijo mamá, muy malito. Pero a papá le dijo otra cosa. Yo me había acostado sobre las doce. Mamá volvió de casa de Sebastián (y de Tadeo, y de Lola, pero para mí fue siempre la casa de Sebastián) con la cara desencajada. Agucé el oído porque la oía sollozar en el salón. Palabras entrecortadas. Algo sobre esa cosa de la que hablan los periódicos, de haitianos, de heroinómanos, de hemofílicos, de homosexuales. Algo sobre unas espantosas manchas rojas. Sobre su delgadez cadavérica. Sobre que estaba desahuciado. Le han traído para morir aquí, en su casa, no tiene solución, eso decía mamá.

Y seguía sollozando. Papá hablaba sobre contagios, sobre la piscina, sobre las barbacoas. Si nos tenemos que volver a casa, nos vamos, a ver si vamos a acabar todos igual, eso decía papá. Mamá protestaba y le llamaba idiota y le decía que no nos afectaba, que si no estaríamos ya muertos todos.

Y hablaba de Nueva York, de los hospitales llenos de hombres jóvenes, de las muertes a diario, de las monjas de la madre Teresa, de que sus familias los abandonaban, de que morían solos, en pocos días, entre infinitas miserias, delgadísimos, irreconocibles, hombres guapísimos y sanos que días antes no tenían otra preocupación que ir a la discoteca, al gimnasio y pasarlo bien. Como Tadeo.

Está irreconocible, eso decía mamá, sin pelo, sin aquella barba frondosa, sin fuerza ni para abrir los ojos, como un viejo de setenta años, ya huele a muerto.

Y ¿de qué trata tu libro?, eso preguntaba yo a Sebastián. Pues la verdad es que no trata de nada, eso decía Sebastián, pero trata de todo. Es un hombre que se acuerda de cosas porque el sabor de una magdalena le asalta, abre una compuerta, como en la presa. ¿Has ido a la presa? Los recuerdos están como el agua de la laguna, tranquilos y azules, esperando, agazapados. Se calientan al sol del verano, se enfrían en invierno. De repente, se abre la compuerta y salen, tumultuosos. El agua tranquila y azul se convierte en un torrente ruidoso de espuma. Y es difícil pararlo. Hay que tener mucha fuerza. Yo, por ejemplo, prefiero no recordar nada de Tadeo, de cuando éramos pequeños, de que me defendía en el colegio. A lo mejor, dentro de unos años, abro la compuerta. Ahora no. Ahora prefiero quedarme como la laguna porque no sufro. Solo espero. Me caliento al sol, luego me enfrío. Estoy azul al mediodía, naranja en el atardecer, oscuro por las noches, pero reflejando la luna y las estrellas. Sin moverme, al menos de momento, al menos mientras Lola, mi padre y Tadeo me necesiten. Siempre llamaba a Lola por su nombre castellano.

[¿De qué trata?, me pregunto yo ahora, años después. Pues no trata de nada: miles y miles de folios de depresiones, reflexiones, erecciones, manías, persecuciones, obsesiones, perversiones, defecaciones, anulaciones, excepciones, decepciones, negaciones, defunciones, tostones, relaciones, reuniones, salones, habitaciones, colchones, prostituciones, algodones, camisones (y gorros de dormir), y una cantidad absolutamente asombrosa de letras y más letras, de frases larguísimas que se prolongan por páginas y páginas sin dar un solo respiro al lector, sin concederle la más mínima tregua porque sabe que, si respira, si aparta la vista, si intenta desconectar su cerebro aunque solo sea una micromillonésima parte de un segundo del abrumador hilo (o cascada más bien) de pensamiento del prolífico maestro, olvidará el sentido inicial de tamaña verborrea o cagalera mental y deberá retroceder, quién sabe qué cantidad de páginas, hasta encontrar el inicio de aquel arroyuelo que nació inocente, al principio de un anodino capítulo como cualquier otro, y se fue convirtiendo, gracias a aportaciones a la derecha y a la izquierda, que el maestro pegaba a sus manuscritos previos y que se iban desdoblado a su vez en larguísimas acotaciones —y eso que me cuesta bastante trabajo imaginar al maestro relejendo lo escrito como yo mismo hago, lo imagino más bien perezoso, más bien del tipo «ay, se me ha olvidado meter tal o cual idea y como no me apetece releer...», y no hay que olvidar tampoco que en los tiempos del maestro no había las facilidades del *word* para insertar, borrar o cambiar de sitio y todo consistía en una serie de flechas, tachones y folios arrugados que se amontonaban junto al orinal (pues no me imagino a Proust levantándose cada cinco minutos al servicio, debía ser bastante meón, casi tanto como yo), «... pues entonces tacho y emborrono y añado lo que me da la gana donde me da la gana»—, miles y miles de papeles garrapateados de manchurroneos de tinta, indecisiones sobre el lesbianismo de Albertine y sus amigas, sobre la homosexualidad de Charlus, sobre la del propio protagonista, intentando recordar si aquel rasgo de la personalidad de la madre que aportó novecientas páginas atrás cuadrará bien con la actitud de hoy, dos años después, así que allá está el hombre en su cama escribe que te escribe y yo leyendo y relejendo lo que escribí ayer y pensando si seré capaz de contar una historia.]

También vimos un ovni aquel verano (o a lo mejor fue otro verano, pero en este caso tengo casi la seguridad de que fue aquel). Íbamos paseando por la carretera, camino del Laguna Beach. Éramos seis o siete, la pandilla de chavales y chavalas que rondábamos los quince años y que mayoritariamente pertenecíamos a la sección «de arriba», los hijos mayores de nuestras familias. Caminábamos en fila india y por la izquierda, como nos habían enseñado: en verano y por aquella carretera, circulaban demasiados vehículos y demasiado rápido. Rozábamos las matas de hinojo con las manos para sentir su olor y a veces las cortábamos para las berenjenas. Eran las ocho de la tarde o así, aún quedaban un par de horas de luz. A esas horas, las hierbas aromáticas que crecían por la montaña soltaban su apetitoso olor, el romero, el tomillo, la jara. Generalmente estábamos en casa antes de que se hiciera de noche, pero algunas veces nuestros padres aparecían también por el Laguna Beach y nos quedábamos más tiempo porque luego volveríamos en coche. Incluso, algunas veces, nos dejaban volver en autostop. La laguna estaba anaranjada y las libélulas formaban bandadas verdeazuladas, inmóviles en el cielo. Se oían los gritos y chapoteos de los niños del camping, en la otra orilla.

De repente, Carlos el «aburrío», señaló al cielo. Un ovni, eso dijo Carlos el «aburrío». Lo dijo como el que dice «un avión», «un pájaro», «la luna». Los periódicos de aquella época estaban llenos de fotos de avistamientos, de testimonios de pilotos o militares, de campesinos, niños y hasta pueblos enteros que habían visto los famosos aparatos, por lo que no parecía demasiado raro que nosotros también los viéramos. Carlos el «aburrío» dijo «un ovni», pero podía haber dicho «el ovni, el que estábamos esperando», o «míralo, por fin, el ovni».



Estaba encima de la montaña, frente a la laguna. Lo vimos todos perfectamente. Era un disco naranja, como los que se utilizan para jugar al hockey sobre hielo, del tamaño de una casa, pulido y brillante, sin aberturas ni imperfecciones. No se movía: estaba tan detenido en el aire como las libélulas. El sol, que se ponía al otro lado de la laguna, donde el camping, hacía que el objeto resplandeciera, incandescente. El aire parecía también detenido, y se dejaron de oír los gritos de los chavales en el agua, y sus chapoteos. Las chicharras se callaron también: todo se detuvo como si el mundo hubiera dejado de girar. Mirábamos al ovni con la manos en la frente a modo de visera porque el reflejo era brutal. A los dos o tres minutos, comenzó a descender suavemente y se ocultó detrás de la montaña.

Hala, se acabó, eso dijo Carlos el «aburrío», y se puso a caminar hacia el Laguna Beach. Yo tenía ganas de gritar. No sentí miedo, sino una extraña sensación de euforia, de vida, como si

aquella tarde hubiese sido más consciente del mundo que me rodeaba, en esos escasos momentos en los que pareció que todo se hubiera detenido. Ahora el sol brillaba más, el cielo era más azul, la laguna más naranja, las libélulas más verdeazuladas. Quería correr hacia los apartamentos a decírselo a papá y a mamá, quería salir en los periódicos, en la televisión. Vámonos, no nos va a creer nadie de todas formas, si alguien más dice algo lo contamos, pero si no, vamos a quedar como los gilipollas de la laguna, dejémoslo, eso dijo Carlos el «aburrío».

Yo se lo conté a papá cuando las chicas se acostaron. Nada, un globo sonda, seguro que era un globo sonda, eso dijo papá.

Pero no era un globo sonda: era un disco pulido y naranja del tamaño de una casa detenido en el aire, solemne y puro como el sonido de un gong. Y sentí que nos miraba. Seguro que Olivier había tenido algo que ver, pobrecico.

Aquella tarde descubrí que hay algo que es difícil saber en qué consiste, pero que obviamente está ahí, en la naturaleza, en las nubes, en los aspersores que se cruzan con chisporroteos. Fue algo, no sé, algo. Algo que estaba ahí antes de mí y que seguirá cuando me vaya, algo que quizá tiene que ver con la intimidad del mundo, con su mismo ser, con su ser él mismo, con su espíritu de mundo omnipotente (pero mudo), como algo trascendente pero frágil, tan frágil que se va por el aire cuando intento agarrarlo, como esos molinillos que vuelan en verano, que explota en arco iris jabonoso como una pompa perfecta en su redondez, autoconsciente de su geometría pero frágil, ya digo, esquivo, como una sombra que uno ve de reojo y que desaparece en cuanto es enfocada. Algo que es difícil saber en qué consiste, pero que obviamente está ahí, algo que qué sé yo, no sé, algo, algo que no sé qué hace ahí, que no se va, que huye, que ahora vuelve, interpelándome desde el chisporroteo de los aspersores cuando se cruzan.

Algo que no soy yo, que no es nadie ni nada, que no es, pero que está, que estuvo, que estará, que no sé, que no veo, que tiene que ver con la intimidad del mundo, con la vida, con la muerte, con el espacio y el tiempo (si es que no es en sí mismo el tiempo o el espacio, o los dos) porque todo tiene y a todo impregna y todo refleja y a todo remite. Como un ruido continuo de esos que solo se oyen cuando cesan.

Carlos el «aburrío» era mi mejor amigo en la laguna. Teníamos la misma edad, estudiábamos el mismo curso, por lo que siempre encontrábamos tema de conversación en el escaso mes en el que nos veíamos cada año. Le llamaban el «aburrío» porque no tenía hermanos y, cuando yo no estaba, se sentaba en las escaleras que comunicaban los apartamentos de arriba con la playa artificial, en el extremo contrario al de la cangrejera, mirando a la laguna. Sus padres pasaban más de tres meses en la laguna porque trabajaban en un pueblo a unos treinta kilómetros e iban y venían a diario. Cuando acababa las clases, Carlos el «aburrío» pasaba al menos tres semanas solo durante el día ya que los demás no empezábamos a llegar hasta mediados de julio. Ya sabéis que la primera quincena de julio hace frío en la laguna, y llueve y protestáis, eso decía mamá.

Y era cierto: alguna vez lo habíamos intentado y nos había pillado mal tiempo. Nubes negras, aire frío, tormentas. El agua de la laguna estaba helada y Wences ni se molestaba en llenar la piscina para los cuatro críos que había.

Pasábamos las tardes jugando a las cartas en el salón, e incluso alguna vez teníamos que poner la chimenea. Todos los apartamentos tenían chimenea y «dos de abajo», que pasaban también largas temporadas en invierno en la laguna, la usaban a diario desde septiembre hasta junio. Al otro extremo de la cangrejera se guardaban también los troncos. Era una zona prohibidísima a la que llamábamos, no sin escalofríos, la leñera. En la leñera había ratas, o eso decían nuestros padres, y por eso no nos dejaban ni acercarnos, pese a que, por las noches, hacíamos todo lo posible por llegar, cada vez, un poquito más cerca, hasta que alguno de los pequeñajos daba un grito y salíamos todos corriendo como alma que lleva el diablo.

¡Ratas!, eso decían mis hermanas con un brillo de satisfacción casi lujuriosa en la mirada, como cuando buscábamos revistas porno en las gasolineras o en los quioscos.

Había también una turbia historia sobre la leñera que ocurrió cuando nosotros, los de mi edad, éramos pequeños. La leñera daba a la carretera también a través de una verja metálica un poco descuidada, no como el resto de la urbanización, que estaba rodeada por una bonita valla de ladrillo encalada. Por las noches, un anciano del pueblo se acercaba a la verja y enseñaba sus vergüenzas a la chavalería, que miraba con una mezcla de asco y fascinación las manipulaciones que el anciano llevaba a cabo. Los padres se acabaron enterando por las pesadillas de una de las chicas (de Marisa, concretamente, que por entonces debía de tener trece o catorce años) y una noche le esperaron y le dieron una paliza. Así se hacían las cosas antes, eso decía el padre de Marisa, que tenía el salón lleno de medallas, insignias militares, banderas, fotos con políticos y aguiluchos, ciervos y tejones disecados. Desde entonces la leñera se había convertido en zona proscrita y solo los mayores iban de vez en cuando a coger algún tronco para la chimenea. O mandaban a Wences.

También era la zona preferida de Tadeo, que ahora agonizaba en su habitación en casa de Lola y que ni siquiera daba a la laguna sino al callejón de atrás. Allí les vio un día Carlos el «aburrío», a Wences y a Tadeo. Uno de esos días de junio en los que estaba él solo.

Estaban haciendo eso, eso decía Carlos el «aburrío». Eso. Follando, vamos, aclaró.

Siempre le quedaba la ropa grande a Sebastián, como si fuera un niño disfrazado de persona mayor. Las pocas veces en las que le veía vestido (casi siempre andaba en camiseta y bañador), le sobraba camisa por todas partes y los pantalones se le caían, como a un muchachillo antiguo. Parecía una marioneta, un espantapájaros. Desmañado como solo él sabía serlo. Le arrastraban las perneras de los vaqueros y se le desflecaban. Ocultaba las manos dentro de las mangas, como si tuviera frío. Los cuellos de las camisas levantados a veces, o a medio levantar y un par de botones de la bragueta siempre desabrochados o el cinturón que atravesaba una trabilla sí y una no. Los botones de los bolsillos traseros también sin abrochar. Un desastre, eso decía mamá, con lo guapo que es y va siempre hecho un desastre. Desgreñado, con la barba sin afeitar y alguna legaña, las cejas despeinadas, la nariz despellejada, un calcetín a medio subir y los cordones de los zapatos sueltos, al menos uno de ellos. Arrastraba los pies como la sillita, conscientemente descuidado siempre. Quizá sabía que era muy guapo y aquello le había traído más problemas que otra cosa. Se hubiera confundido de lejos con un vagabundo.

Lola es una mujer muy gótica, eso decía mamá, eso de ser noruega aquí debe de ser muy difícil, tú fíjate, de ser una estrella de la natación a meterse a trabajar en una fábrica de pantalones vaqueros en medio de la nada, en este secarral... bueno, sí, ya sé que ella no ha estado cosiendo braguetas precisamente, para eso es la mujer del jefe, pero no me digas que no es un cambio de vida, y todo por amor. Porque ¿quién le iba a decir a ella, allí, paseando por los centros comerciales de Oslo con quince años, que un verano conocería a un hombre moreno de ojos marrones y que le seguiría al fin del mundo?

Lola estaba allí, en el muelle de donde salían los barcos que daban una vueltecita por el fiordo, comiendo quisquillas, o lo que fuera que comieran en Oslo, pero tampoco ella se llamaba Lola en Oslo, ni probablemente Oslo se llamara Oslo en Oslo, echando las cáscaras a las gaviotas, en una tarde eterna de verano, de esas que duraban hasta las once y media y, si te descuidabas un rato, volvías a ver salir el sol al cabo de unos minutos. Y llegó el grupo ruidoso de españoles carcajeándose. Un poco borrachos, parecía. Y esa mirada negra y esa sonrisa, y ese color de piel que ella no recordaba haber visto antes, y unas arruguillas alrededor de los ojos que le hacían muy atractivo. Llegaron preguntando por los paseos en barco, en una mezcla de francés e inglés. Y Mario se le acercó y metió la mano, descarado, en el cucurucho de papel de las quisquillas y se comió una. Puso cara de asco y se rieron los dos. Y entonces ella supo que quería conocer el sol que había quemado la piel de Mario y que le había producido esas arruguillas en los ojos antes de cumplir los veinte años. Y Mario le dijo que ese sol, el que le había quemado, se metía y salía normalmente, no como aquí, eso decía Mario. Y se fueron paseando por las calles peatonales vacías, con el sol del amanecer brillando fuerte en el horizonte a las tres de la madrugada.

Todo eso me lo ha contado ella, con esa lengua que tiene, y nos reímos mucho, eso decía mamá. Y me cuenta su llegada al pueblo, y que la gente decía que era una princesa noruega y que se moriría allí de calor, que estaba siempre muy roja y que cada uno había nacido donde había nacido por algo y que eso no era ni medio normal, pero todo era envidia porque Mario era uno de los chicos más guapos del pueblo y su padre tenía más tierras que todos los demás juntos, y además era listo y había estudiado una ingeniería en Madrid.

E iba a montar una fábrica para dar trabajo a medio pueblo, una fábrica textil. Y entonces se va de veraneo para celebrar que ha terminado la carrera y se enamora de una belleza pálida y noruega y se la trae para la desgracia de todas las aceitunadas y lozanas mozas casaderas de la vecindad.

Lola es una mujer muy gótica, eso decía mamá, y no sé si otra podría comportarse como ella se comporta con lo que está pasando, con lo que tiene encima. Ni yo misma sé cómo me comportaría yo.

A ver si me caigo, me rompo y ya acabo, eso decían las tías de Wences, un día una, otro día la otra. Romperse y acabar ya de una vez por todas con tantos años quizá de sufrimiento, quizá de aburrimiento porque no estaban tan mal las tías de Wences como para querer acabar ya, al menos de manera voluntaria. Salvo que fuera morirse por no seguir vivo, para variar, por pura curiosidad de ver algo nuevo. Caerse, romperse y acabar. O acabar quizá y luego caerse y romperse. Algunas veces yo pensaba si no sería más bien acabar, romperse y caerse, muertas ya. Muertas ya antes de caer, como el ahogado de la laguna. Rotas ya antes de acabar, como Tadeo en su habitación, roto vino ya de los United States, como decía mi padre. Acabado, muerto y roto y harto de follar, como decía Carlos el «aburrío».

Se nos van haciendo cortos los días, eso decía mi madre que decían las tías de Wences, pero ellas eran dos mujeres sencillas y puede que fuera mi madre la que lo inventara, o yo mismo, ahora, al cabo de tanto tiempo, el que lo inventa, se nos van haciendo cortos los días, hundiéndose en septiembre, anegándose en tardes mortecinas de siesta y vendimia, pero la luz de otoño es misteriosa y resiste, no se rinde, y bruñe las uvas agostadas de bronce y miel, pero, alguna tarde, una ráfaga de aire frío nos asombra en el porche y nos recuerda que se acabó el verano de piscinas y lagunas y noches calurosas mirando a las estrellas, que nos vamos haciendo cada vez más mayores, que se nos murió el perro. Se nos van haciendo cortos los días, amanece más tarde y, por las noches, a eso de las siete, se oculta el sol tras el monte, y su sombra alargada impregna los pinares de frío, niebla y ausencias.

Eso decía mi madre que decían las tías de Sebastián, pero más parece que fuera ella la que habla con sus voces, o yo mismo, tan dados ella y yo siempre a hablar por boca de otros, mucho más comedida ella y consciente de que nadie dice nunca nada verdadero, mucho más imprudente yo, siempre, pensando que seré capaz de hacerlo, que repito lo que dijeron ellas, sin darme cuenta de que no son ellas las que hablan con mi voz, sino que soy yo mismo, o mi madre, los que hablamos por ellas, que ya no se pueden defender. Qué fácil es siempre hablar por los muertos.

Es que no tienen chenchá, eso decía Wences.

A mí no me caía bien Wences desde lo del coche. Wences había quedado como un héroe y yo como un niño malcriado y sin cabeza. Yo era más pequeño entonces, quizá debía de tener doce o trece años. Habíamos ido al pueblo a comprar al supermercado y papá había dejado el coche aparcado debajo de un árbol. A mis hermanas no les había dado la gana de bajar porque estaban oyendo la radio y nos quedamos dentro. El caso es que papá había aparcado delante de una cochera que jamás habíamos visto que se usara. Pero cuando papá y mamá entraron al súper, que estaba justo enfrente, se abrió la puerta metálica y apareció un coche pitando. Yo estaba sentado delante: me gustaba ponerme al volante y hacer como que conducía. Además, papá me había explicado perfectamente en qué consistían cada una de las palanquitas e incluso había hecho algunos pinitos en un camino de tierra, junto al río, algunos domingos de invierno. La calle principal del pueblo tenía cierta pendiente y yo sabía que, quitando el freno de mano y dejando el coche en punto muerto, el coche se deslizaría lo suficiente como para dejar espacio al señor, que estaba un poco colorado y nervioso. Así que así lo hice, pero cuando el coche empezó a moverse, apareció Wences corriendo por la calle, metió las manos por la ventanilla y movió el volante hacia la derecha, de modo que el coche quedó bloqueado contra la pared de una de las casas. Mamá salía por la puerta del supermercado en ese momento y llegó gritando. Mis niños, mis niños, eso decía mamá.

Y papá. Bueno, lo de papá fue bestial. Se puso hecho un energúmeno, jamás le habíamos visto así. Me dijo que era un imbécil, que podía haber matado a mis hermanas, que por qué demonios tenía que tocar el volante. Yo hice todo lo posible por explicarles que estaba todo controlado, que simplemente estaba desplazando el coche unos metros para que pudiera salir ese pobre señor, que tiraría del freno de mano en cuanto se hubiera movido lo suficiente. Pero no hubo forma. Mi madre le daba besos a Wences y mi padre le abrazaba como a un héroe de guerra. Es que no tienen chenchá, eso repetía Wences. Yo nunca había oído la palabra «chenchá».

Imaginé que papá se había enfadado sobre todo con él mismo por habernos dejado en el coche con las llaves puestas. Por lo que podía habernos pasado. Volvimos a los apartamentos y yo estuve dos o tres días sin dirigir la palabra a mis padres. Fue mi castigo. Yo no era un niño y Wences era un idiota. Dejé de bajar a pescar con mi padre por las mañanas y de acompañar a mi madre a tomar un cafetito al Laguna Beach en la hora de la siesta, antes de la partida de cartas. Pasaba las mañanas leyendo en el balcón y las tardes viendo la tele, sin hablar. Al cuarto día le dije a mi madre que Wences era un mentiroso, que no era ningún héroe, que había actuado de esa forma porque era un chulo de mierda.

No sé si me creyeron, pero a mí se me pasó el enfado con mis padres. Eso sí, Wences dejó de caerme bien. Lo que no impedía que disfrutara de sus duchas y sus exhibiciones y que formara parte de mis noches y de alguna que otra tarde, en el balcón, por debajo de la novela de Julio Verne.

Tengo frío. Más frío. Y luego nada. Otra vez nada. La misma nada de siempre, como una marea oscura y silenciosa que se cuela por debajo de la rendija de la puerta e inunda la habitación con su oleaginosa textura. Una nada pestilente y atroz que ya alcanza los cajones inferiores de la cómoda, que sigue subiendo (reptando) por las paredes hacia el interruptor para que no pueda vencer mi eterno miedo al agua y me levante para encender la luz. Una nada que a veces es petróleo y otras un aire tóxico, aún peor, porque la marea oscura puedo verla, pero el aire es invisible y adormecedor, y antes de darme cuenta estoy tosiendo y ahogándome en mi propia saliva, me incorporo en la cama y toso y lloro y me atraganto e inspiro con todas mis fuerzas, pero no consigo el oxígeno porque mis pulmones se llenan de aire tóxico, de un aire putrefacto y viciado. Porque mis pulmones se llenan de nada.

Pero esta vez ha sido la marea oscura y, agarrándome al perro de peluche que tantas veces me ha salvado, consigo salir de entre las sábanas y poner un pie en el suelo helado, aun a sabiendas de que hay alguien debajo de la cama, alguien con una garra sucia y largas uñas que sujetará con fuerza mi tobillo para que yo no pueda acercarme a la luz, para que me anegue de una vez para siempre en este mar oscuro y espeso. Sin embargo, el perro de peluche ejerce de nuevo de maestro de ceremonias y se asoma debajo de la cama, y ladra y se envalentona y mira con ojillos furiosos allá dentro, al fondo, a la oscura esquina en la que siempre desaparecen las zapatillas, la esquina que engulle las monedas y la medalla del Niño Jesús. Así que ahora por fin soy capaz de levantarme y, a pesar de la viscosa marea negra que ya alcanza mis rodillas, consigo avanzar algunos pasos hasta la puerta, hacia el interruptor de la luz. Entre mis pies se enredan algas gelatinosas y calientes, otras tienen espinas y son frías como el hielo. A veces siento también pequeñas bocas succionadoras que se aferran a mis pantorrillas y aspiran y aspiran....

Por fin mi mano alcanza la puerta, el interruptor está ahí mismo, a la derecha. Pero aún vacilo unos minutos porque sé que cuando acerque mi mano no será el frío plástico blanco lo que toque. Porque sé que habrá una mano esperando la mía. Una mano que tendré que acariciar suavemente para no despertar a su dueño. Una mano arrugada y con solo dos dedos que agarrará la mía con fuerza, como un gancho de hierro y me arrastrará por el fango hasta la cama otra vez, y que sujetará mi cuello apretándolo contra la almohada. Una mano cuyo dueño exhalará su aliento fétido y caliente sobre mi cara porque estará muy cerca, siempre atento y vigilante, apretándome cada vez más fuerte contra el colchón, sentado sobre mí a horcajadas, saltando y saltando y emitiendo pequeños gritos de satisfacción. Y la marea oscura cada vez más cerca del borde de la cama, empapando ya las sábanas que comienzan a oscurecerse a mi alrededor, y la mano me introducirá uno de los dedos en la boca para que la mantenga abierta, y el agua oscura entrará por fin hacia mi estómago y encharcará mis pulmones.

Pero no será esta vez: al fin alcancé el interruptor y la luz se hizo. Y la luz era buena. Desaparece el agua oscura, y el perro de peluche sigue ahí, inmóvil, con los ojos de plástico fijos en la esquina en la que todo desaparece.

¿Te pasa algo?, eso decía mamá desde su habitación al otro lado del pasillo. Insomne. Como siempre.

No, eso decía yo. Apago la luz. Vuelvo a la cama. Y luego frío otra vez, y más frío. Y luego nada.

Tu madre es muy buena, eso me dijo una tarde Sebastián, no te puedes ni imaginar lo que ella y Lola están haciendo por mi hermano, o por lo que queda de él, o por eso que dicen que es mi hermano, pero que yo no creo que lo sea porque mi hermano, cuando se fue a Nueva York, era otra cosa, y andaba y se reía y contaba chistes continuamente y me hacía cosquillas y eso que ha vuelto no sale de la habitación en penumbra y solo emite quejidos y lloros. Algún día te darás cuenta de lo que están haciendo, ni en los hospitales los quieren porque no saben si se contagiarán o no. Le cambian de postura, intentan que coma, le limpian continuamente la mierda y el pis, le curan las heridas, le peinan y le echan colonia, le agarran la mano cuando ven que se les va, le dan besos constantemente y le cuentan cosas de las que leen en las revistas, le afeitan. Tú ni te imaginas. Lola al fin y al cabo es su madre, pero Matilde...

Matilde era mamá.

El primer día Matilde salió llorando de la habitación, yo la vi, siguió Sebastián. Desde entonces ni una lágrima: entra a casa sin llamar, ya sabes que está la puerta casi siempre abierta, pasa por el salón y saluda y se mete directa al cuarto de baño, llena una palangana con agua caliente y le echa unos chorritos de gel Nenuco que compró en el pueblo porque dice que el olor le da buenas vibraciones, y se mete en la habitación de Tadeo. Sube un poco la persiana, pero poco, y abre la ventana un rato para que se airee el hedor. Sí. Hedor. Por más años que viva jamás olvidaré ese hedor a mierda podrida, a sangre, a medicinas, a colonia barata. Luego comienza el jopoteo, como lo llama ella. Con una esponja empieza a remover enérgicamente el agua de la palangana hasta que hace espuma y agarra a Tadeo de un brazo, y le limpia cuidadosamente cada dedo y cada uña, las axilas, el codo... Luego el otro brazo, en el que tiene la vía para el suero. Luego las piernas, la cabeza, el cuello, el pecho, la barriga. Luego se dedica a la parte más delicada, y lo hace canturreando alguna canción de esas que les cantaba hace tres días a tus hermanas cuando les cambiaba los pañales. Supongo que hará eso, que pensará que es su hijo, que pensará que eres tú, y que te está cambiando los pañales a ti. Y el líquido de la palangana ahora es rojo y marrón y ella sigue canturreando y limpiando, y a veces se forman pompas de jabón que vuelan por el aire y salen por la ventana, y entonces entra Lola y le da un beso a tu madre y otro a Tadeo, y entre las dos lo levantan (la verdad es que no debe de pesar nada ya el pobre) y le quitan la sábana de abajo, le colocan un poco el plástico que han puesto debajo de la sábana para que no cale al colchón, le ponen una sábana nueva, recién planchada, y le echan otro poquito de colonia, que le refresca al evaporarse sobre su piel sudorosa. Le ponen también un poco de talco en las heridas y le cortan con mucho cuidado las uñas de los pies y de las manos. Lola también canturrea canciones de cuna noruegas, que no sé ni cómo recuerda. Son canciones frías y misteriosas como una noche de invierno en el Cabo Norte y tu madre dice que refrescan mucho. Y se ríen las dos. Y así una tarde y otra, mientras Tadeo, o ellas, tengan fuerzas. Y no le quedan muchas, me temo. ¿Sabes que hay gente que piensa que solo con beber en el mismo vaso de agua o con respirar el mismo aire podrían contagiarse? ¿Comprendes ahora lo que está haciendo tu madre? Tu madre es muy buena, no te puedes ni imaginar lo que está haciendo por Tadeo, no te lo puedes ni imaginar. Pero eso no es mi hermano, ya te digo, porque si fuera mi hermano yo no podría vivir. Mi hermano está en Nueva York, con su moto, haciéndose fotos delante del Seagram Building. Tiene pasión por Mies van der Rohe.

Yo no sabía quién era Mies van der Rohe.

Carlos el «aburrío» me contó que los vio en la cangrejera, o en la leñera, hace un par de veranos, a Wences y a Tadeo. Que estaba paseando una noche, aunque no era muy de noche, pero la gente estaba en los apartamentos cenando o se habían ido al Laguna Beach, o no sabe por qué había poca gente, a lo mejor era una de esas semanas de junio que Carlos el «aburrío» pasaba solo antes de que llegáramos «dos de arriba». Se puso a caminar hacia la cangrejera, digamos que fue la cangrejera, y le pareció ver movimiento junto a la caseta en la que se guardaban las bicicletas y las barcas estropeadas, los motores fueraborda y redes enormes que en su día debieron de servir para pescar ballenas, por su tamaño. Tadeo estaba de rodillas delante de Wences. Carlos el «aburrío» pensó que estaba buscando algo en el suelo, que se le había caído el reloj, o las gafas (Tadeo llevaba gafas, unas gafas de pasta azul que le daban un aire entre intelectual y divertido). Se acercó un poco más para ver si necesitaban ayuda, siempre llevaba una linterna cuando salía de noche, por las ratas. Entonces oyó a Wences resoplar. Miraba al cielo y agarraba fuerte a Tadeo, tirándole del pelo.

Le estaba chupando el pito, eso decía Carlos el «aburrío».

Carlos el «aburrío» estaba hipnotizado. Se acercó aún más y se agazapó detrás de un seto. Al cabo de unos minutos, Tadeo se puso de pie y ahora fue Wences el que se agachó, pero ya no había nada que buscar: era evidente lo que hacía.

Luego se lo chupó Wences a él, eso decía Carlos el «aburrío»

Entonces, Wences se levantó de golpe. Como si se le hubiera ocurrido una idea repentina, como si se hubiera acordado de que había dejado la piscina llenándose con el chorro helado que llegaba de la laguna (decían que si se llenaba demasiado reventaría aunque yo jamás me pude imaginar cómo sería una piscina reventando). Se levantó y se bajó los pantalones. Apoyó un brazo en la puerta de madera verde de la caseta y recostó su cabeza contra él. Agarró a Tadeo y lo atrajo hacia sí, hacia su espalda. Tadeo parecía sorprendido, pero no dudó un momento y empezó a dar empujones a la bestia contra la puerta, que sonaba como si alguien estuviera llamando. Wences se llevó un dedo a los labios. Shhhhhhh.

Tadeo bajó el ritmo y la fuerza, pero siguió durante unos minutos más hasta que Wences empezó a gemir y resoplar. Luego Wences se puso de rodillas de nuevo e hizo lo mismo que había estado haciendo minutos antes.

Se lo chupó otra vez, eso decía Carlos el «aburrío».

Tadeo hacía lo posible por apartarle la cabeza, pero él le agarraba con fuerza el culo y entonces fue Tadeo el que empezó a gemir. Al poco rato, Wences escupió, se subió los pantalones y salió corriendo hacia la casa de Marisa, que estaba casi al lado de la cangrejera.

Ni se despidió, ni un besito ni nada, eso me contó Carlos el «aburrío» unos días antes de que yo viera mi primer muerto, ahogado en la laguna. O muerto antes que ahogado porque seguramente estaba ya muerto cuando se puso de pie.

Olivier, el subnormal, pintaba palitos de polo con acuarelas. Se sentaba en un banco a la sombra, delante de su casa, con un mandil de plástico blanco que le colocaba su madre, un vaso de agua con tres o cuatro pinceles y un estuche de acuarelas para niños. Mojaba despacito el pincel, estrujaba la punta con los dedos para quitarle el exceso de agua y, casi siempre, elegía el color negro para pintar los palitos. No nos gusta el color negro, eso decía su madre, pero en francés, o eso suponía yo que decía su madre aunque a mí me sonaba como «*alarecherchdutanperdí*», y enjuagaba los palitos de polo en el fregadero de la cocina. Cuando volvía, Olivier ya había embadurnado el pincel otra vez de color negro, y extendía delicadamente la pintura en la madera como si estuviese aplicando laca a una miniatura japonesa. Su madre me miraba. Pues si a Olivier le gusta el negro, qué le vamos a hacer, eso decía yo, y la mujer reía, no sé si habiendo entendido muy bien lo que yo decía o riéndose de mi acento castellano, o de los exagerados gestos que yo hacía levantando los hombros y abriendo las palmas hacia el cielo. Olivier reía también y me dejaba el pincel. Yo lo mojaba en el vaso y acariciaba los cuadraditos de acuarela azul, amarilla o roja que estaban prácticamente intactos, y Olivier gruñía como un animalillo acorralado hasta que mojaba el pincel en el negro, desgastado ya, roto en mil pedazos, y suspiraba de placer cuando aplicaba la acuarela a los palitos recién aclarados. Le gusta el negro a Olivier, eso decía su madre, o eso pensaba yo que decía su madre aunque a mí me sonara como «*alarecherchdutanperdí*». Y pasábamos la mañana pintando y aclarando, pintando y aclarando.

Una vez se cortó con algo, no recuerdo bien con qué. Su madre salió con Mercromina, agua oxigenada y tiritas, pero Olivier quiso que le curara yo. Gritaba y me señalaba y hasta que no agarré el bote de agua oxigenada no paró. Tenía una herida, pequeña, en el muslo y una gotita de sangre brillante le resbalaba hacia la rodilla. Le sujeté con fuerza para que no se moviera y soplé en su herida suavemente. Luego derramé unas gotitas de agua para limpiar la herida y finalmente un buen chorro de Mercromina antes de taponar la herida con una tirita. Olivier sonreía e incluso puso los ojos en blanco. Me besó en la frente y me susurró no sé qué. El día que me dijeron que se había ahogado sentí el impulso de salir corriendo a taponar la herida por la que se había colado el agua en sus pulmones, a taponar la herida por la que se le escapaba el aire, como aquella tarde en la que se cortó pintando palitos de polo con acuarelas. Luego comprendí que había volado y que nos había engañado a todos, como siempre.

El Laguna Beach parecía más bien un centro de veraneo de la URSS, como si fuera un balneario de Odesa, de Yalta o de Bakú: un edificio de hormigón visto que se diría hecho por el mismísimo Le Corbusier (aunque yo entonces no sabía quién era Le Corbusier, como tampoco sabía muchas otras cosas), con sus *pilotis*, sus ventanas en cinta, su terraza plana llena de goteras. En la parte de abajo estaba el bar: una cafetería destartalada de esas de los años setenta con máquinas de bolas y rockola. Cada año se adjudicaba a una contrata distinta y mis padres siempre protestaban sobre su empeoramiento progresivo. Desde unas cristaleras se accedía a una playa muy decente con un embarcadero flotante, mucho mejor que la de los apartamentos porque no se entraba de golpe en la laguna sino que el desnivel había sido rellenado con arena y era, realmente, lo más parecido a una playa que había a trescientos kilómetros a la redonda. El embarcadero flotante se internaba en la laguna y casi llegaba a una especie de islita, también flotante, en la que había un par de trampolines y un tobogán, ya casi en el centro de la laguna. Un poco más cerca de la orilla, una fila de boyas naranjas señalaba la zona en la que se acababa el fondo arenoso y comenzaba la laguna, con sus algas y sus barbos gigantes. Para disfrutar de aquella playa había que pagar (se pagaba por todo el día), así que nosotros lo hacíamos pocas veces, un día cada verano, como mucho. Pero por las tardes, una vez recogidas las tumbonas, los vigilantes-jardineros-limpiadores-salvavidas se reunían en la cafetería a tomarse una cañita y se podía dar un paseo por la arena o caminar por el embarcadero sin pagar. Además, la mujer de la taquilla era la madre de Wences, que en verano trabajaba como una bestia entre el supermercado y el Laguna Beach, es que hay que aprovechar, eso decía, y, si llegábamos después de las cinco, hacía la vista gorda y dejaba que nos coláramos un rato, por lo menos para tirarnos por el tobogán, que era lo que más nos gustaba.

En el piso de arriba estaba el restaurante, llevado siempre por la misma familia, allí no había contrata. Un comedor amplio con muchos ventanales que daban a la laguna y a la carretera, con hermosas mesas de madera y mantel blanco, ventiladores y cabezas de ciervos, e incluso una chimenea.

Aquí, en invierno, se debe de estar muy bien, eso decía mi padre cada vez que comíamos allí. En invierno se estaría bien, pero en verano, con la terraza plana, el hormigón Le Corbusier y los enormes ventanales, aquello era la muerte en vida. Con el primer vino con gaseosa mi padre parecía que había estado corriendo un maratón. Las niñas se iban poniendo pálidas y soñolientas, como si estuvieran perdiendo el conocimiento y mi madre, la pobre, solo quería tomarse una ensaladita de lechuga y tomate. Cuando comíamos allí la madre de Wences también nos dejaba que nos diéramos un baño sin pagar, así que yo salía del agua y me iba directo a sentar a la silla, sin camiseta ni nada y con el bañador chorreando.

Esa no es forma de sentarse a la mesa, pero con el calor que hace..., eso decía mamá.

La comida no era mala, pero de lo más simple: yo casi siempre pedía espárragos con mayonesa y chuletillas de cordero con patatas fritas. Mis hermanas, pollo asado. Mamá, con la ensalada tenía bastante y papá un plato «de cuchara»: o judías, o lentejas, o cocido. Si era domingo, pedíamos paella, que no estaba demasiado buena, con el arroz muy amarillo y a pegotes. Pero no nos acordábamos de un año para otro y acabábamos renegando. La puta paella de los cojones, eso decía papá. Y era una de las pocas veces en que le oía expresarse así en todo el año.

Por las tardes paseábamos desde los apartamentos hasta el Laguna Beach, ya lo dije. Los chavales nos juntábamos alrededor de las máquinas de bolas, o en el Pac Man, que era la novedad. Poníamos música en la máquina (yo siempre elegía *Earth, Wind & Fire* o *Boney M*) y nos tomábamos una coca-cola. Luego llegaban nuestros padres, arregladitos como si fueran a una boda, y se tomaban un café, un coñac, un cubata o lo que fuera. A mí me daba miedo uno de los camareros (que, pese al cambio de contrata, siempre permanecía): un señor muy mayor con unas manos gigantescas, que parecían trasplantadas, no pegaban con su cuerpo, como en esas películas de ciencia-ficción en las que al héroe le ponen las manos de un asesino. Mi padre le llamaba Orlac. Las manos de Orlac, eso decía papá.

Llevaba siempre un uniforme que constaba de una chaqueta verde y unos pantalones grises bastante pringosos.

Después de comer, bajábamos a tomar café al bar, que estaba más fresquito, y a mí me dejaban tomarme un café con hielo, que celebraba como un verdadero acontecimiento. Y ¿un cigarrillo no me dejaríais fumar?, eso decía yo y mamá me miraba muy seria y papá reía.

Con Sebastián aprendí palabras como aprensión o magnolia, como crepuscular o alambicado. Este verano está resultando tan crepuscular, eso decía Sebastián con el cuarto tomo allí en la mano (¿o sería ya el quinto?, en cualquier caso le vi retroceder un par de veces al tomo primero e incluso adelantarse al último, temiendo que pasara algo, a él o a su hermano, antes de acabarlo), es muy aprensivo, mi padre, mi madre no lo es tanto y menos la tuya, que se pasa allí las tardes. Creo que lo que hace falta es un magnolio, pero aquí no se dan bien, me gustaría explicarte lo que está pasando este verano, pero es demasiado alambicado para todos, mucho más para ti que te pierdes de la misa la media, con lo de mi hermano y Wences y Marisa y los italianos.

Yo intentaba reproducir las palabras con mis padres, que me miraban con los ojos espantados cuando decía que Orlac me resultaba tremendamente crepuscular, o que me daban aprensión sus manos, o que me gustaría que oliera a magnolia en vez de a tinto de verano, e incluso que un café con hielo era demasiado alambicado y prefería un agua de soda. Supe por Sebastián que hay palabras que no ayudan sino que se interponen, que definir es limitar y que es difícil definir lo que no tiene límites, y el ser humano, tú mismo, el ser tú mismo, es inabarcable y por tanto no es posible utilizar palabras para hablar de ciertas cosas, de lo que no se puede hablar es mejor no hablar, eso decía Sebastián que decía no sé qué filósofo de nombre irreproducible (tampoco de su nombre era fácil hablar). Así que por más que yo me deleitara (qué palabra, deleite) con las palabras que aprendía de él, Sebastián insistía en minusvalorar el lenguaje, tan simple a veces, tan inexacto. Bellísimas palabras que ya conocía: mandarina, lapislázuli, repiquetear, albahaca, pero que en su boca parecían nuevas, y otras que me sonaban, pero cuyo significado desconocía hasta entonces como reverberar, culmen, boreal, alevosía, cerúleo, amaranto o claraboya, e intentaba formar frases absurdas que las incluyeran a todas para no olvidarlas, para no olvidarle a él, para no olvidar cómo su espalda de amaranto reverberaba a través de la claraboya por la que se filtraba con alevosía una luz cerúlea y que me llevaba al culmen (boreal o no). Y se sentaba allí con su sillita de plástico, pletórico, lustral, inmanente, atribulado, atrabiliario, iridiscente, opaco, ponzoñoso, quimérico, pusilánime, argénteo, algodónoso, saltimbanqui, cucurbitácea, vicisitud, masturbatorio, guacamayo, pluscuamperfecto, consuetudinario, trepidante, crótalo, luciérnaga, septentrión, helicoidal, jacarandá, hemisferio, trementina...

Algunas tardes, antes de la hora del paseo, iba a dar una vuelta en barca con Sebastián. Una barquita pequeña para cuatro personas como mucho, y apretadas. Sebastián se sentaba en el centro, con los remos, de espaldas a la laguna, y yo atrás, frente a él, mirando cómo se tensaban sus músculos dorados con el esfuerzo, cómo guiñaba los ojos con el sol de la tarde, bajo ya en el horizonte, con los reflejos del sol en la laguna. Acariciaba el agua con los remos y nos íbamos desplazando suavemente muy cerca de la orilla, bordeando los juncos en los que, de vez en cuando, una bandada de patos echaba a volar o chapoteaba escandalosamente. Hablábamos poco en aquellos paseos, yo estaba extasiado mirándole y no era capaz de pronunciar ni una sola palabra que pudiera estropear aquellos bellos momentos (tan bellos que, ahora, al cabo de los años, no sé si puedo recordar alguno mejor), y Sebastián sonreía mirando siempre al sol, te vas a quedar ciego, eso le decía yo, pero a él no le importaba e incluso creo que buscaba quemarse la nariz, como siempre hacía el pobrecico Olivier en cuanto llegaba de su brumosa y gris ciudad extranjera, y estornudaba y los patos echaban a volar y entonces yo no me aguantaba y reía salvajemente (siempre he reído salvajemente) y Sebastián reía también y me salpicaba con los remos.

No os vayáis muy lejos, eso decía mamá, a la que no le hacían ni pizca de gracia las barcas, ni las lagunas, ni los coches, ni las motos, ni las carreteras generales ni las secundarias, ni los hornos, ni las hogueras, ni las fiestas de los pueblos, ni siquiera las bicis, ni las piscinas, ni las peleas, ni los juegos nocturnos en la parte de atrás de los apartamentos, bajo la carretera (el escondite, el rescate, las tinieblas, el churro, el látigo), no os vayáis muy lejos, no metas la mano en el agua, que te arrancará los dedos un lucio, o un barbo, no te quites la gorra, no le dejes remar, Sebastián, que este no sabe, que os ahogáis, no vayáis por el canal, que hay corriente, no os separéis de la orilla, cuidado con los del esquí acuático, que están muy locos, no te pongas de pie en la barca, sentado y agarrado, ni se os ocurra saltar de la barca, os bañáis aquí, delante de mí, que sepáis que no os quito ojo, que os voy a estar mirando, no os vayáis muy lejos, como os pierda de vista llamo a la Guardia Civil.

Qué maja tu madre, qué graciosa, eso decía Sebastián, tú ni te imaginas lo que está haciendo con mi hermano, ni te imaginas, supongo que piensa que a ti te podría haber pasado lo mismo si hubieras sido algo más mayor, que podría pasarle a tus hermanas algún día, por eso tanto cuidado, tantas precauciones, no viven las madres, no viven, que se lo digan a Lola, y no sé qué va a ser de ella el día que Tadeo se muera, aunque Tadeo ya está muerto, ya no está.

Luego se callaba y seguía remando y yo tenía que saludar a mamá que, desde el balcón, lo hacía insistentemente, cada cinco minutos, sin perdernos de vista. Yo cerraba los ojos e imaginaba que Sebastián seguía remando y que la laguna no se acababa nunca y que poco a poco nos alejábamos tanto que ya solo veíamos agua azul y una inabarcable y eterna orilla verde y vacía.

En algún momento de aquel verano inolvidable, aunque no recuerde exactamente qué año fue, descubrí que me había enamorado de Sebastián (pero a lo mejor es ahora cuando me he enamorado de él, de manera retrospectiva, cuando ya no hay solución ni puede acabar bien, si es que eso es posible, aunque creo que sí es posible y que no soy el primero que lo hace, aun dudando si retrospectiva es la palabra correcta, aunque sabiendo que es inútil y absurdo hacerlo, pero a lo mejor lo que es inútil y absurdo es enamorarse de alguien, en general, sea o no de manera retrospectiva, haya o no haya solución, locura de amor es un pleonasma, eso dijo alguien) pese a la evidente atracción física que sentía por Wences. Y no es que fuera feo, Sebastián, ni mucho menos, pero a veces es muy difícil luchar contra la química, y menos cuando se tienen quince años (o trece, o dieciséis) y todo empieza a revolverse. Wences me caía mal, pero habría hecho cualquier guarrada que me hubiera pedido. A Sebastián le amaba, eso creo, o le amo ahora, pero no me veía haciendo con él nada más que dormir abrazados a la luz de la luna. Imaginé que, una vez abrazados a la luz de la luna, lo demás sería fácil, intuitivo e incluso inevitable. Me ha pasado más veces de todas formas a lo largo de la vida y sé que ocurre. Pero cuesta, como me costaba imaginar a mis padres en la cama, o a mi padre masturbándose. Inconcebible, pero más que probable. Una tarde lo vi desde nuestra terraza arrastrando su sillita por la arena y con el dedo índice metido entre las páginas del tomo correspondiente (*Sodoma y Gomorra* creo que era), con el bañador medio caído y esa fila de pelitos rubios al final de su espalda que se perdía hacia abajo. Una ligera brisa soplaba desde la laguna y le acariciaba el pelo. El aire olía a algas, a pescado de alguna de las cocinas de la planta de abajo. La laguna no estaba tranquila: parecía más bien que estuviera expectante, como un bicho agazapado, como hinchida por un suspiro contenido que no terminaba de exhalar, como mi propio pecho, que se había quedado paralizado tras un último latido porque a mi corazón le costara dar el siguiente (años más tarde descubrí que había una explicación para eso, lo vieron en un electrocardiograma rutinario, pero no le dieron demasiada importancia: forma parte de tu actitud ante la vida, eso dijo el cardiólogo). La luz brutal del sol parecía unificar la tierra con el agua, la carretera con el cielo, la arena con la delgada hilera de álamos blancos. Me sentí tan vivo en ese momento pese al latido que no llegaba que pensé que me había muerto. Como cuando vimos el ovni. Era como si hubiera entrado en comunión con la naturaleza, como si esa luz brutal me unificara a mí también con todo, a mí con Sebastián, que al final era lo que yo quería. Sebastián tardaba siglos en llegar a la orilla, arrastrando su silla amarilla y su libro. Yo me imaginé muerto porque no podía mover ni un músculo. Algunas noches había notado algo así por lo que pensé que quizá era un sueño. Cuando me pasaba algo similar, me despertaba con una inspiración repentina, profunda y casi ansiosa: había estado a punto de ahogarme, si no me hubiera despertado estaría muerto (también más tarde me confirmaron que padecía algún tipo de apnea nocturna, pero es cierto que aquello me pasaba pocas veces). Sin embargo, en aquella ocasión el latido no llegaba, la inspiración no llegaba. O no era un sueño y moriría despierto, o era un sueño y moriría dormido, o ya estaba muerto y veía todo desde mi cuerpo muerto, como veía el susto de mis padres al abrir el balcón, la llegada de la ambulancia, la tapa del ataúd cerrándose sobre mí y mi cuerpo en descomposición durante meses. Pero el latido llegó y Sebastián alzó su mano y su libro, descuidadamente y con una media sonrisa, consciente de que yo estaba allí mirándole, sabiéndolo de antemano, imaginando quizá el poderoso efecto que sus conversaciones y sus pelitos rubios de la espalda

ejercían sobre un adolescente que se acababa de enamorar por primera vez.

En algún momento de aquel verano inolvidable descubrí que me había enamorado de Sebastián, o a lo mejor ha sido ahora, no lo sé, como quizá nos enamoramos todos un poco de las cosas que ya han pasado y que en su día no fuimos capaces de apreciar, pero la cosa, si la hubo, duró poco porque todo se fue complicando. Un muerto (que estaba ya muerto desde antes de volver de Nueva York), un ovni, un fantasma y otro muerto (que estaba ya muerto cuando se puso de pie). Demasiadas cosas para un solo verano. Pero a lo mejor fueron varios veranos y yo los junto todos ahora en el recuerdo.

Hablé mucho con Sebastián aquel verano. Bueno, sobre todo hablaba él y yo le miraba. Me contaba cosas sobre su libro en siete tomos. Quizá aprendí mucho también, pero podría no ser verdad y es ahora, una vez que he leído el libro varias veces, cuando lo aplico retrospectivamente. Así que, en vez de contar todo lo que creo que me contó Sebastián aquel verano, casi prefiero hablar de sus orejas rojas por las que se transparentaba el sol (siempre aquellas tardes Sebastián se interponía entre el sol y yo, me eclipsaba, al contrario que en nuestros pequeños viajes en la barca, en los que yo proyectaba mi sombra sobre él), del brillo del sol que aureolaba sus rizos despeinados, que doraba los pelillos de sus orejas. Miraba, sobre todo, sus orejas. Ese rojo sanguíneo y vital, palpitante de sus orejas con el sol brillante de la siesta al otro lado. Y él hablaba del tiempo, del recuerdo, de las oportunidades perdidas, de los dos caminos de la vida que al final confluyen en uno solo pese a habernos hecho dudar y elegir tantas veces, pero yo no le escuchaba, o si le escuchaba no le entendía porque sus orejas ocupaban todo mi pensamiento, tan vacío entonces, tan lleno y tan inútil ahora, tan lleno y tan inútil que es difícil que algo nuevo entre ahora, que se abra camino, tan vacío entonces que unas simples orejas iluminadas, se diría que inflamadas por una luz interior, ocuparan tanto espacio que hoy mismo, años después, aún me turban.

Entonces, además, llegaron los italianos y fue como una catarsis. Eran dos, jóvenes, guapos, eso me parecían a mí, Carlo más que Benedetto, pero a mí Benedetto me hacía más gracia. Nadie supo cómo es que llegaron a parar a la laguna: lo lógico es que estuvieran en alguna playa, en Torrevieja, o Benidorm. Pero aparecieron un día caminando con sus mochilas desde el pueblo, al que habían llegado en el autobús de línea («la pava» llamaban en el pueblo al pobre autobús) y se detuvieron justo enfrente de nuestra casa, en casa de las tías de Wences, que tenía un cartel al que nadie le hacía mucho caso en el que ponía «Se alquilan habitaciones». Y yo me quedé sin cuarto de baño de emergencia porque si con Wences ya estaba la cosa apretadita, ni me imaginaba yo la que se podría liar en aquel cuarto de baño con los dos italianos dentro. Carlo era muy alto, con el pelo rizado y una nuez gigantesca, parecía un emperador romano de esos que se ven en los museos, eso decía papá, como decía con Sebastián también, con unos ojos azules muy expresivos y algo saltones, la nariz recta y unos labios golosos, pero muy armonioso todo pese a su desmesura. Benedetto era el feo, eso decía mi madre, ese italiano bajito, con un bigotillo algo ridículo y los ojos muy negros. Hacía todo lo posible por hablar en español. Enseguida se hicieron amigos de algunos de los chicos de los apartamentos y al segundo día ya usaban la playita y la piscina como si en vez de estar al otro lado de la carretera fuesen los dueños del cotarro.

La verdad es que trajeron un poco de alegría y de novedad a aquel verano que estaba resultando algo triste con la historia de Tadeo. Sebastián hizo muy buenas migas con Carlo y, mientras Benedetto contaba chistes, hacía piruetas y monerías, e incluso se ofrecía a hornear una pizza en la cocina de los padres de Marisa (era la primera vez que veíamos una pizza, parece mentira, ni sabíamos lo que era), Carlo y Sebastián se sentaban en el banco y hablaban en francés. Porque Carlo estaba estudiando en París aunque no le gustaba demasiado la ciudad. Decía que llovía mucho y que los franceses eran «aghhhh». Aghhhh, eso decía Carlo.

Y hacía como si vomitara. Y su nuez gigantesca subía y bajaba.

A Wences no le cayeron bien, obviamente: tener que compartir el baño de sus tías por las tardes y no ser el centro de atención, con su pantalón de deporte blanco y sus fanfarronadas, le ponía celoso. Son gilipollas. Unos chulitos, eso es lo que son, eso decía Wences.

Marisa se reía y le decía que estaban superbuenos, que eran supersimpáticos, supercultos y superricos, porque para Marisa casi todo era súper. Y alucinaba.

Es alucinante, eso decía Marisa. Y yo conocía la palabra, pero no la había oído usar en aquellos contextos: era alucinante que tuviera que volver antes de las doce, o que no pudiera montar en la moto de Wences, pero también era alucinante cómo Benedetto había aprendido a hablar castellano en tres días. O las manos de Orlac, que también eran alucinantes. También aprendí palabras de Marisa aquel verano: alucinante, frustrada, ambivalente, movida, garito, lumpen, underground, hortera, guay, mogollón, pasota, cutre, a tope, coliflower, hijoputez...

Alguna vez pensé que si Sebastián se había enamorado de alguien, ya que de mí no sería y que mi amor por él no sé si es retrospectivo y no existió, si alguien merecía que Sebastián se enamorase de él (no me atrevía ni a imaginar que lo hiciera alguna vez de mí, por el vértigo, por mis problemas de corazón, por mis apneas), sería de Olivier, el subnormal. Un par de veranos o tres después de su muerte, quizá aquel mismo verano, vi cómo Sebastián reproducía los movimientos circulares del pobrecico francés, como si quisiera salir volando, o eso creía yo. Sus círculos no eran tan bellos como los de Olivier, que había perfeccionado la técnica de tal manera que a mí me seguía sorprendiendo que le llamaran el subnormal cuando el único problema que yo le veía a Olivier es que fuera francés y no nos entendiéramos o, al menos, no nos entendiéramos con palabras porque en los pocos minutos que nuestras vidas coincidieron nos lo dijimos todo con los ojos, y aunque yo no le vi en aquel momento en que se lanzó al agua, así, sin más, me confortaba saber que su sonrisa quizá me iba dedicada, como a lo mejor pensaba Sebastián ahora, pasados los años, reproduciendo aquellos círculos sobre la arena que a lo mejor significaban algo en un lenguaje que desconocíamos los normales (y quién sabe si no había sido Olivier el subnormal el responsable último de que los ovnis rondaran la laguna aquel verano). E incluso llegué a temer que Sebastián, mi Sebastián, del que mucho más tarde (¿ahora?) comprendí que estaba enamorado, que fue mi primer amor, pese a que casi todas mis primeras pajas me las hice con Wences (pensando en Wences, no con él, y no por falta de ganas por mi parte y no sé si por la de él, supongo que tampoco), por mecanismos complicados que el lenguaje no es capaz de poner en negro sobre blanco (lo aprendí de Sebastián, como tantas cosas, lo del negro sobre blanco), llegué pues a temer que mi Sebastián se echara a volar o se lanzara a la laguna así, sin más, como el subnormal, Olivier, y en su último momento sonriera también, feliz, subnormal, tan subnormal Sebastián como Olivier aunque nadie lo dijera, quizá porque Sebastián no era francés y leyera libros. Tan subnormal como yo, que reproduzco ahora en todas las playas esos círculos por ver si mi francés, mi Olivier, me lee y me recuerda y me viene a buscar y me lleva a ese cielo o a ese ovni en el que nos juntemos por fin todos los que hemos sido subnormales en algún momento, todos los que hemos sido felices, todos los que hemos dibujado círculos perfectos, o no tanto, en la arena.

La espuma seca deja polvos de seda blanca en las orillas. La laguna respira en olas. Tu piel blanca desprende un suave resplandor de luna turbia. Las pequeñas olas arrancan burbujas a la arena que arde un poco más arriba, junto a la carretera. Es mediodía. Me despierto. Miro la laguna: está llena de estrellas.

Me he quedado dormido en el balcón. Bajo a la laguna y Sebastián me espera para dar una vuelta en barca. Camina delante de mí como si yo no fuera con él, como si fuera su sombra.

Sebastián y su manera de andar.

¿Es posible enamorarse de una manera de andar? ¿De una forma de mover los hombros, de unas piernas curvadas hacia fuera, de un sólido pisotón de vaquero, del polvo que levanta ese pisotón? ¿Es posible enamorarse de una espalda? ¿De un reflejo del sol en unos rizos rubios? ¿Es posible enamorarse del color rojo que la luz diurna deja al atravesar una oreja? ¿Es posible enamorarse de un cuello robusto en el que un reguero de pelos desaparece tras el cuello de una camisa de cuadros? ¿Es posible enamorarse de una camisa de cuadros? ¿Es posible enamorarse de un cuadro de una camisa de cuadros?

¿Es posible enamorarse de un perro, de una oveja, de un caballo, de un piojo? ¿Es posible enamorarse de una taza metálica abollada en la que quedan unos pocos restos de güisqui? ¿Es posible enamorarse de una hoguera, de una llama, del reflejo de las estrellas en una cacerola con agua hirviendo? ¿Alguien sabe si es posible enamorarse de la sombra de un abeto que oscurece un arroyo, de una nube de lluvia, de una carta, de una palabra, de una lata de judías, del ruido de un motor de furgoneta, de un olor que se va haciendo cada vez más imperceptible?

¿Es posible incluso enamorarse de nada, si es que alguna vez ese nada fue un todo porque él estuvo cerca?

Sebastián y su manera de andar: cómo lo sabía... Por eso iba siempre delante, como si yo no fuera con él, como si yo fuera su sombra.

Marisa era una monada de criatura. Delgada y pálida, con una melenita corta, morena y unos ojos muy grandes, demasiado quizá. Elegantísima siempre, muy educada, hablando bajito. Yo creí haberme enamorado de ella cuando la vi haciendo esquí acuático el primer verano que pasamos en la laguna. Soltaba una mano y saludaba cada vez que cruzaba por delante de los apartamentos, como en un anuncio de televisión. Y sonreía. Practicaba esquí acuático como si fuese algo natural, como si lo hubiesen inventado para ella. Pero hacía varios años que lo había dejado. Más o menos desde que empezó a salir con Wences. Yo entendía la atracción física que Wences podía ejercer sobre ella: la misma que ejercía sobre mí o sobre Carlos el «aburrío». La misma que ejercía sobre Tadeo (nunca supe si también sobre Sebastián). Creo que Sebastián y Marisa estaban hechos el uno para el otro, habrían sido una pareja preciosa, casi tanto como Sebastián y Olivier, el subnormal. Pero, por algún motivo, salvo algún beso infantil, nunca había ocurrido nada entre ellos.

Marisa también había empezado a cambiar y a sus padres no les gustaba. Se había vuelto respondona y cada vez quería volver más tarde. Es alucinante que tenga que volver tan temprano, eso decía ella. Yo asociaba sus cambios a su relación de tres años (tres veranos más bien) con el bruto de Wences, pero a lo mejor era porque a mí no me caía bien el jardinero y todo venía de un poco antes, de cuando el viejo de la cangrejera.

En cualquier caso, en un par de meses Marisa estaría en Madrid estudiando Derecho y haría lo que le diera la gana, y seguramente hasta acabaría echando de menos las restricciones horarias que le imponían sus padres, algún sábado, borracha o algo peor, en un tugurio de Malasaña, uno de los de la movida. Y conocería a algún estudiante de Derecho con tanto dinero como ella, o algún cantante de rock o algún poeta underground alucinante y se olvidaría de Wences, de sus salidas de tono y de sus barbaridades, e incluso del viejo de la cangrejera. O a lo mejor a quien no olvidaría nunca es al viejo de la cangrejera y se enrollaría nada más llegar con el catedrático más viejo de la facultad. A saber.

El caso es que, con la llegada de los italianos, volvió a recuperar algo del carácter que nos había enamorado a todos, e incluso volvió a hacer esquí acuático pese a los enfados de Wences, y volvió a soltar la mano y a saludar desde al agua cada vez que pasaba por delante de los apartamentos como en un anuncio de televisión, y yo no sé si saludaba a Carlo o a Benedetto, pero desde luego no a Wences.

Y Wences llegaba cada vez más borracho por las noches y buscaba a Sebastián porque ya no podía buscar a Tadeo, y se ponía muy pesado.

Qué pesado te pones, eso decía Sebastián, y le acariciaba el cuello y Wences lloraba y lloraba y le rogaba que fueran a la cangrejera, lejos de las farolas. Y unas veces iban y otras no. Pero aunque vayan no follan, eso decía Carlos el «aburrío».

Wences es un tío muy raro, eso decía Sebastián. Muy raro. Nunca te fíes de él. Si alguna vez te hace algo o te dice algo o te propone algo que no te guste, que no entiendas, que te resulte extraño, me lo dices. Nunca te quedes con él a solas, te cautivará, te engañará como la serpiente a Eva. Su poder es hipnótico, su lengua sibilina y acariciadora. Nos tiene envidia y lo quiere todo. Al fin y al cabo es el jardinero, le pagamos para que cuide las plantas y riegue la piscina, pero él se cree con derecho a tenerlo todo. Lleva aquí toda la vida. Cuando nuestros padres construyeron los apartamentos, ya andaba por aquí con los albañiles. Fue el primero en bajar a la laguna por la escalerilla azul, el primero en mearse en la piscina, el primero en mear en cada cuarto de baño, como un perro, marcando el territorio. Aún se huele, yo lo huelo. Creo que nunca fue a la escuela, se dedicaba a llevar arena en carretillas, o sacos de cemento, a acarrear cubos de agua. Luego pensó que además de estrenar los cuartos de baño también tenía que estrenar al primogénito de cada uno de sus amos, como una maldición bíblica, y me temo que así fue. ¿Te acuerdas de Carmen? No volvió a venir. Y luego Juana. Y luego...

Se calló unos segundos. Yo me acordé de Tadeo agonizando allí detrás de la persiana bajada, de mi madre humedeciéndole los labios con un algodón, se le resecan, eso decía mamá, y ya no tiene ni fuerza para beber.

Este verano, y los dos anteriores, le ha tocado a Marisa, la pobre, eso decía Sebastián. Pero ya no volverá más en vacaciones, eso seguro, se va a Madrid y ya no vuelve. Pero él seguirá y seguirá, y dentro de poco irá a cobrarse su deuda en los apartamentos de arriba. Deberías hablar de esto también con tu amigo Carlos el «aburrío», pasa demasiado tiempo solo y la codicia de Wences no tiene límites. Pensarás que vosotros estáis a salvo porque sois chicos, pero hazme caso...

Pero tú pasas mucho tiempo con él ¿no?, yo pensaba que te caía bien, eso decía yo. Es difícil de explicar, eso decía Sebastián, nos conocemos desde que éramos pequeños. A mí me da mucho miedo, pero también me da mucha pena porque sé que es superior a él, como si algo que viene de dentro de la Tierra, o del fondo de la laguna, le obligara a hacer lo que hace. ¿Sabes que su padre estuvo en la cárcel? Intentó matar a un hombre hace ya muchos años. Ahora está medio loco el pobre. ¿Lo conoces? Ese, el del supermercado. ¿Te acuerdas de lo que pasó en la cangrejera con el viejo aquel?

Por un momento temí que el viejo aquel hubiese sido el padre de Wences. No entendí bien qué tenía que ver aquello ahora, pero Sebastián volvía a sumergirse en su libro y a mí no me gustaba interrumpirle. Había comprobado que si intentaba tirarle de la lengua era contraproducente, prefería que fuera él el que determinara cómo, cuándo y cuánto. Miré hacia la otra orilla, de donde llegaban los gritos jubilosos de los niños del camping, que se lanzaban al agua tras la hora de la siesta. En el otro lado, las sombras alcanzaban muy temprano la orilla, por las tardes, cuando el sol se ocultaba detrás de la montaña, pero nuestra playita seguía recibiendo los rayos anaranjados hasta última hora.

Es difícil de explicar, en eso insistía Sebastián, yo sé que es algo superior a él. Este año parece que está muy bien con Marisa. O parecía hasta que llegaron los italianos. Anoche llegó muy borracho y solo hablaba de Carlo y de Benedetto. Por otra parte, sabe que Marisa se irá como se le han ido todas. Y todos. A veces te lo comerías a besos.

Soy tuyo, eso me dijo Carlos el «aburrío» que le decía un señor el pasado invierno, un hombre, de esos de traje gris y algo calvo, que le miraba en los entrenamientos cuando se quedaba por las tardes en el patio del colegio a echar un partidillo. La puerta del colegio se quedaba abierta para que pudieran entrar los padres a ver a sus retoños jugar al balón y aquel hombre no faltaba nunca, y no le quitaba los ojos de encima. Estaba ahí, cada tarde estaba ahí, mirándome todo el tiempo, no me quitaba el ojo de encima, y a mí se me ponía dura, no te lo voy a negar, eso decía Carlos el «aburrío». Una tarde se me acercó. Soy tuyo, eso me dijo Carlos el «aburrío» que le dijo el señor, haz de mí lo que quieras, pídemme que te limpie las botas, que te acaricie el pelo, que te bañe y te duche, pídemme dinero, te compro lo que quieras, ropa, una moto, soy tuyo, mi vida es tuya, pídemme que me mate, pídemme que te pida que me mates. Toma mi teléfono, llámame a cualquier hora y pídemme lo que quieras, haz de mí lo que quieras, haz connmigo lo que quieras. No volveré a venir por aquí, ya no lo necesito ni tú lo necesitas, soy tuyo para siempre.

Tiré la nota inmediatamente, eso dijo Carlos el «aburrío», pero memoricé sin querer el teléfono y un nombre que había en la nota junto al número, escrito con una letra preciosa muy redonda, muy clara, para que yo lo entendiera, y una tarde que estaba solo en casa, como casi siempre, llamé. Lo cogió un niño pequeño, pregunté por Álvaro, el nombre, pregunté por Álvaro y el niño dijo que no estaba, que papá no estaba. Se oyó un ruido al otro lado, le habían quitado el teléfono, y contestó, nerviosa, una voz de mujer. Colgué inmediatamente. Supe que si aquel hombre me había dado el teléfono de su casa, donde estaban su mujer y su hijo, era porque, efectivamente, me pertenecía, que podría haber hecho con él lo que yo quisiera, eso me contó Carlos el «aburrío», aún recuerdo el teléfono, si quieres nos vamos una tarde al pueblo y le llamamos, nos reímos de él un rato, le pedimos que venga, que nos compre unas fantás en el bar del club de tenis, que nos chupe las chanclas, nos reímos un rato.

Quizá Carlos el «aburrío» no era tan aburrido como todos pensábamos.

Es muy desagradable, eso decía mamá, y muy triste. Verle así tan joven, morirse. Si le pasara a alguno de los nuestros yo no lo soportaría, te lo digo de verdad. Lo de Lola es asombroso, no sé cómo puede. Eso sí, ya veremos cuando pase lo que va a pasar, más pronto que tarde. Se va a venir abajo, eso pasa. Estos no vuelven a la laguna. Se tendrían que haber ido a un hospital, es lo que hace la gente. Así por lo menos la casa queda incólume. Pero así... ¿tú crees que van a poder seguir viniendo los veranos sin recordar el olor, las agujas, la persiana cerrada? ¿Tú crees que van a poder volver a pasar por delante de la puerta de la habitación de Tadeo sin sentir que se les va el mundo a la mierda, que van a poder fregar los platos, hacer una paella, o uno de esos aperitivos noruegos a base de ahumados y mantequilla, que van a poder tomarse una cerveza en el salón o a asar unos chorizos en el porche? Estos no vuelven, te lo digo yo. O lo venden o lo cierran. Ella habla cada vez más de Noruega, de una cabaña de madera junto al fiordo de Oslo, con un embarcadero pintado de naranja que se interna en las aguas grises y heladas y una barquita amarrada a un poste. Es como si, con el frío, se anestesiaran los sentimientos. Me da la sensación de que quiere volver a Noruega y olvidar todo esto, como si todo hubiera sido un mal sueño. Cuando uno está en un país extranjero y habla un idioma que no es el suyo no es infrecuente la sensación de irrealidad. Ella se vino, tuvo una vida, se jodió su vida y se vuelve, como si nada.

Era raro oír a mamá decir palabrotas, casi nunca lo hacía.

Como si nada. Llega a Oslo, se compra un cucurucho de quisquillas, mira al horizonte. El sol hace como que se oculta, un sol oblicuo y muy molesto, pero cuando parece que se va a hacer de noche, empieza a levantarse otra vez. Y el mundo se pone a girar de nuevo y su vida española no ha sido más que un sueño, y esos hijos que tuvo desaparecen en la papelera junto con las cabezas de gambas y las gaviotas se lanzan a picotear y revolotear y se llevan los restos azulados y con costras de Tadeo. Como si nada. Yo, sin embargo, no podría irme, no tengo otra vida a la que regresar. Si le pasa algo a los nuestros, o a ti ¿adónde huyo?, eso decía mamá.

Volví a mi habitación de puntillas. Papá y mamá hablaban en el salón tranquilos pensando que estábamos dormidos. Empezaban haciéndolo en voz baja, pero pronto alcanzaban un tono normal y era fácil oír toda la conversación. Antes de meterme en la cama pude oír a papá, que hablaba poco.

Pero a los nuestros no les va a pasar eso, ¿no? Eso le ha pasado a Tadeo por lo que tú y yo sabemos, por lo que ha hecho allí, que no me quiero ni imaginar. A lo mejor, el año que viene, le pasa al otro, en París. Porque a mí me extrañó lo de Tadeo, que jugaba al fútbol, y con esa barba. Pero del otro, de Sebastián, me temo lo peor. Y tu hijo..., eso decía papá.

Yo siempre era hijo solo de mamá cuando algo no le gustaba, como cuando la historia del coche y el idiota de Wences.

Tu hijo se pasa las tardes con él. A saber lo que le contará, eso decía papá.

Estuvieron en silencio unos segundos.

Y a ti esto te está afectando demasiado, me temo. Quizá deberías dejar de ir, eso decía papá.

Y una mierda. Estaré ahí hasta el último día, como si Tadeo fuese hijo mío. Y una mierda, eso decía mamá. Y deja de hablar de mi hijo, mi hijo será como Dios quiera que sea, eso creo.

Somos incomprensibles, eso decía Sebastián. En este libro, una señora se pasa el primer tomo entero dándole calabazas al hombre que bebe los vientos por ella, le trae loco. Acaba el libro y no puedes evitar sentir una enorme pena por el pobre Swann, que así se llama el caballero, y su amor perdido irremediamente, como se pierden los segundos, como los granos en un reloj de arena. Pero luego resulta que empieza el segundo tomo y están casados. ¡Casados! Y nadie nos explica por qué, simplemente pasa. Porque nada es fácil de entender, y las razones de cada uno son inexplicables, y a veces son absurdas, o mínimas, o anecdóticas. La mayoría de las cosas que pasan en el mundo son anecdóticas, casuales, caóticas. No hay un destino escrito (y, si lo hay, el que lo escribió es un demente). Todo ocurre por azar. ¿Por qué vinimos aquí? ¿Por qué conocimos a Wences? ¿Se puede hacer algo para evitar que pase lo que uno no quiere que pase? ¿De qué manera podemos interferir en lo que parece el orden natural de las cosas? ¿Puedo detener la muerte de mi hermano, puedo detener a Wences y lo que sea que le ronda por la cabeza ahora? ¿Puede él mismo detenerse? ¿Puedo volver atrás, puedo hacer que Tadeo no se vaya a Nueva York, que no vaya a determinados sitios? ¿Le habría pasado lo mismo aquí? ¿Puedo evitar acabar la carrera, irme a París y no volver a pisar esta mierda de país nunca más? ¿Puedo hacer que mi madre no hubiera conocido a mi padre una tarde eterna de verano junto al fiordo de Oslo? Sinceramente, yo creo que sí se puede interferir en el futuro. Por ejemplo, avisándote de cómo es Wences, avisándote para que tú avises a Carlos el «aburrío», para que Carlos el «aburrío» se lo diga a Penélope, la niña de arriba, tan rubita, tan delgada. Pero volver atrás, hacer que las cosas que ya han pasado no pasen, es complicado. Ni siquiera la muerte de mi hermano, o de eso que dicen que es mi hermano, es evitable pese a que aún no haya pasado, aunque, si yo muero antes, entonces no lo veré y mi hermano no habrá muerto. ¿O crees que cuando estemos muertos seguiremos enterándonos de todo lo que pasa por aquí? Porque entonces será horrible ver cómo todos nuestros amigos, nuestros padres, nuestros hijos e incluso nuestros nietos se van muriendo, algunos en la cama, dormidos, pero otros entre horribles dolores o en espantosos accidentes, incluso en guerras, unos jóvenes, otros mayores, otros casi niños, alguno asesinado, violado, torturado, otro se pegará un tiro o se colgará de un olivo una tarde de tormenta. Sería horrible, ¿no crees?

Eso se coge follando, eso decía Carlos el «aburrío». Si se cogiera pescando lo tendría tu padre; si fregando los platos, mi madre; si se cogiera viendo la tele lo tendrían las mellizas, tus hermanas; si nadando en la piscina lo tendríamos todos, pero lo tiene Tadeo y lo ha cogido follando en Nueva York, y follando mucho, así que no me extrañaría que lo tuviera también Wences, pero él es de pueblo y no creo que haya follado tanto, y si lo ha hecho lo habrá hecho con otros que no habrán follado tanto y así. En la tele lo dicen, el cáncer gay, pero también lo cogen los hemofílicos y los heroinómanos y los haitianos así que no sé si vale lo que yo digo. Si se cogiera haciendo el gilipollas y aburriéndose o deseando al Wences lo habría cogido yo ya veinte veces, si se cogiera leyendo a Julio Verne o espiondo al rubito de Sebastián lo habrías cogido tú, que crees que no te veo, o haciéndote pajas mientras te imaginas lo que te conté de la cangrejera o lo que tú mismo ves cada mañana cuando se ducha el Kraken. Pero se coge follando, y si no se coge follando se coge de alguna manera que tenga que ver, no sé, besando, pero mucho mucho, o mamando (porque ahora que lo pienso también hay bebés que lo tienen y esos habrán follado poco, o no, a saber), mamando tetas, digo. Se va a morir porque se mueren a cientos, como chinches, se mueren jóvenes, deprisa, se quedan flacos y se apagan, se diluyen, como si se evaporaran. Manchas rojas en la cara, diarrea y adiós, santas pascuas, que si te he visto no me acuerdo. *Sic transit gloria mundi*, eso decía Carlos el «aburrío» que decía su padre sobre Tadeo, *vanitas vanitatis et omnia vanitas*, no le caía bien Tadeo a su padre, con tanta moto y tanta Nueva York y tanta discoteque y tanta leche, que para eso le ha valido todo lo que ha estudiado y todo el inglés, y el dinero que se han gastado sus padres. Eso se coge follando y por maricón, eso decía Carlos el «aburrío» que decía su padre, y follando mucho mucho, con cualquiera y a todas horas, que si se cogiera rezando el rosario estarían los hospitales llenos de monjas, pero no, están llenos de maricones, americanos maricones, y ahora vienen aquí a pegárnoslo a todos. Pero tú no tienes nada que temer, si es algo de maricones, eso dice Carlos el «aburrío» que decía su madre a su padre, y se reía, su madre, tú eres muy hombre y follas poco, así que no te preocupes y deja ya de decir sandeces, que parece que te alegras, hombre de Dios, bastante desgracia tienen ya.

Es un cortapichas, eso me decía Wences cuando veía alguno de esos bichos con la cola en forma de tijera correteando entre los maceteros. Ten cuidado a ver si te la va a cortar, ja, ja, ja, y se reía como una bestia. Es muy gracioso Wences, a su manera, eso decía papá, muy gracioso, sí, sí, graciosísimo, eso decía mamá, tiene la gracia donde yo te diga, parece que no había unanimidad entre ellos en lo de la gracia de Wences como tampoco la hubo aquella vez en la que escribí algo para el colegio, aunque sí la hubo en que aquella otra vez nos salvó la vida, cuando lo del coche, pese a que yo sabía que no era cierto, Wences nos ha salvado la vida, eso dijeron los dos, a vosotros y a nosotros, porque no habríamos tenido vida si os hubiera pasado algo aquel día, como quizá no la tenga Lola nunca más con lo de Tadeo, aunque ella es distinta, es extranjera, es noruega, es fría como el hielo, quizá ya se ha muerto para ella, quizá murió el día que decidió marcharse a Nueva York, a lo mejor ya tiene la pérdida amortizada, eso dijo papá, amortizada. No solo aprendí palabras de Sebastián aquel verano, pero amortizada no me gustaba demasiado, no entendía cómo se podía amortizar la muerte de un hijo, salvo pensando que aquello que agonizaba, que se ahogaba, que se cagaba y se meaba encima no era Tadeo, sino su pálido reflejo en la superficie de la laguna, la estela de un cometa, sus huellas en la arena, su calor en una silla.

Algunas mañanas papá se iba a pescar a la presa, en la carretera que llegaba al pueblo, a un par de kilómetros de los apartamentos. Si me levantaba y no lo veía, le decía a mamá que me iba a buscarle y empezaba a caminar por el borde de la carretera, que ya empezaba a oler a hinojo con el sol anaranjado de la mañana. Por la carretera solo pasaban algunos hombres del pueblo en moto, trabajadores en las urbanizaciones, jardineros como Wences, o camareros de los hoteles y los restaurantes. Casi siempre me cruzaba con Orlac, que iba andando hasta el Laguna Beach.

He visto a tu padre allí en la presa. Lo va a pescar todo el tío. Es el que más madruga, eso decía Orlac, qué tío.

Entre los juncos y los carrizos se veían familias de patos: fochas, porrones, azulones, patos colorados. Siempre me hacía gracia ver a las crías en fila, siguiendo a la madre allá donde fuera, persiguiendo pececillos entre los cañaverales. A la derecha, se elevaba la montaña, con sus encinas, sabinas y sus matorrales de espinos y aliagas, fragante de jaras y tomillo. Entre las ruinas de un puentecillo se retorcía una higuera, a la que íbamos de vez en cuando a coger higos o brevas para mamá, que los cocía con anises y los bañaba en chocolate, algo que había visto en la tele y que no le salía demasiado bien: las mellizas escenificaban toda una tragedia con arcadas y gestos de pavor al ver los higos blandorros dentro del chocolate. A la entrada del pueblo comenzaba a oler a pan. Era un pueblo pequeño: la mayoría de las casas se alineaban a ambos lados de la carretera principal, que lo atravesaba en línea recta durante un par de kilómetros, quizá algo menos. Junto a la laguna, había algunas casonas señoriales, del siglo XIX, e incluso se decía que en una de ellas había veraneado un rey, o su familia al menos. Las casas refulgían blanqueadas por la cal, y los zócalos azules componían una bonita estampa a esas horas. Más tarde, hacia las once, todo se llenaba de coches de turistas que acudían a comprar a los dos supermercados o a las tiendecillas de ultramarinos, a llamar por teléfono a la única cabina pública (si bien en alguna de las casas que alquilaban habitaciones también se podía usar el teléfono, previo pago), o a comprar bañadores, flotadores, sombrillas, gafas de bucear, aletas, colchones inflables, cubos y palas de plástico o moldes fluorescentes para rellenar de arena y hacer castillos. Me encantaba el olor de los colchones inflables cuando les daba el sol, o de las aletas. Pero, a esas horas, solo dos o tres perros vagabundos, roncós de ladrar, paseaban alrededor de la carretera polvorienta. Al llegar al pueblo, en lugar de seguir por la calle principal, me desviaba a la izquierda por un camino muy fresco a la sombra de unos enormes olmos, luego cruzaba un puentecillo de piedra y llegaba a la presa. Aquello era el fin de las lagunas: una pequeña cascada que se abría a voluntad vertía el agua en un riachuelo que se perdía hacia el pantano. En verano era un chorro pequeño, pero en invierno se abría completamente y la cascada era espectacular (yo solo había visto las fotos en el Laguna Beach, unas fotos en blanco y negro, pero amarronadas, desvaídas).

Hola, pitufo. Es que me he venido porque allí no había nada hoy. Y aquí tampoco es que haya mucho, mira la cesta, eso decía papá.

Cuando me decía eso, yo sabía que había pescado algún lucio espectacular, de esos que me encantaban. Y, efectivamente, al abrir la cesta un pez fino y brillante, con la boca abierta y llena de dientes, se revolvía en el fondo con coletazos de una potencia inimaginable para una criatura de su tamaño.

Cuidado, que te come, eso decía papá.

Una vez que pescó uno enorme, de casi un metro, le quitó las tripas y la piel y el animal siguió dando coletazos media hora más. A lo mejor, por eso decía la gente que mi primer muerto quizá lo estaba ya cuando se puso de pie, como el lucio.

Se movía como un mirlo, Olivier, el subnormal, como un mirlo, eso decía papá, se mueve como un mirlo, a saltitos, de golpe, sin avisar, tan rápido que era imposible ver el estado intermedio: simplemente estaba en un sitio y de repente estaba en otro, así, sin más, como el día en que se tiró a la laguna. Quizá realmente él vivía en otra dimensión, en otro espacio y nosotros solo éramos capaces de verlo las veces en las que nuestros mundos paralelos coincidían. O a lo mejor es que era tan rápido que aprovechaba nuestros pestañeos para cambiar de posición, seguramente se sentía incómodo o extraño en esos momentos de transición entre un estado y otro, entre una mirada y otra y prefería aprovechar nuestras debilidades para cambiar de postura. Como un mirlo, miraba a la derecha, a la izquierda, hacia abajo, hacia arriba, de manera constante y rapidísima, o sacudía los brazos, sus brazos gigantescos, creo que ya hablé de su envergadura de albatros, como un molino, te va a dar un golpe, tú no te acerques mucho, eso decía mamá. Le dan espasmos, eso decía Carlos el «aburrío». Por eso a veces, cuando estaba pintando los palitos, le daba un golpe al vaso y se derramaba el agua por la mesa hasta caer al suelo. Entonces empezaba a gritar, con un grito agudísimo, de rata, eso decía Carlos el «aburrío», chilla como una rata, y su madre francesa salía, tranquila, porque ya sabía que a su hijo no le pasaba nada y, delicadamente, le acariciaba el pelo para tranquilizarle y se marchaba hacia dentro de la casa con el vaso vacío para volvérselo a llenar. Una vez que su madre tardaba y Olivier, el subnormal, chillaba demasiado, yo mismo le acaricié el pelo, un pelillo frágil y rubiejo, suavísimo, enredado, y Olivier, el pobrecico, cerraba los ojos, sonreía y empezaba a balancearse adelante y atrás, como un péndulo, eso decía Carlos el «aburrío», eso es que recuerda cuando estaba en el vientre de su madre y se siente muy bien, lástima que no se hubiera quedado ahí, eso decían las mujeres, qué desperdicio, que se lo hubieran arrancado aunque fuera con un garfio, eso decían las tías de Wences, como se hacían las cosas antes, unas gotas de lejía por la vagina, dos cafés y una aspirina. Porque eso se sabe ya desde antes, eso una madre lo tiene que saber. Y se acaba con tanto sufrimiento.

Después de comer, cuando papá y las mellizas se quedaban dormidos delante de la tele, mamá se marchaba a jugar la partida de «subastao», o a tomar café al Laguna Beach, dependiendo de la cantidad de gente que se apuntara. Yo me acercaba un rato a verles jugar en una zona sombría junto a la casa de Carlos el «aburrío», en el extremo opuesto a la cangrejera. A mí no me hacía demasiada gracia el tema de las cartas y, aunque me quedaba de pie detrás de mamá mirando cómo jugaba, no conseguía aprender. Mentalmente elegía siempre una carta que mamá no elegía. A veces, incluso la llegaba a señalar con el dedo.

Ay, nene, que no te enteras, esto no es lo tuyo desde luego. Pero vamos, que serás muy afortunado en amores porque con esto no te vas a ganar la vida, eso decía mamá.

Se juntaban cinco o seis: un par de mujeres más cuyos maridos, como mi padre, se habían quedado a dormir la siesta, y un matrimonio que, si por ellos fuera, se pasaría jugando a las cartas todo el santo día. Algunas veces venía también una de las tías de Wences y se traía una botella de anís. Al lado, en una mesita plegable, los demás habían traído ron, cocacolas y cacahuetes. Y Carlos el «aburrío» bajaba de vez en cuando con un plato con cubitos de hielo para rellenar los vasos. Si la partida duraba un par de horas, mamá decía que como siguieran así iban a acabar todos alcohólicos perdidos.

Bueno hija, pero ¿a que se ve el mundo más bonito?, eso decía la tía de Wences.

Y se reían todos durante un rato.

¿Cuántos han caído hoy?, eso le decía mi padre cuando volvía.

Nada, dos o tres, con mucha cocacola. Pero es que estoy pasando un verano que ni te cuento con esto de Tadeo, y de alguna manera me tengo que divertir. Mira, ahora se debe de estar despertando de la siesta y me voy a ir a cambiarle la ropa, que se habrá hecho de todo encima. Y con el ron ni huelo, fíjate lo que te digo. Además, es solo en verano, que luego ya sabes que en casa no me tomo ni una cerveza, eso decía mamá.

Si no te digo nada, mujer, bébete lo que te dé la gana, si algún día te pasas, te acuesto y ya está, eso decía papá.

Otras veces, si no había quórum, se iba a tomar café al Laguna Beach y yo la acompañaba. Era el único momento del año en el que cogía el coche. Con la carretera vacía y la distancia tan corta, no le daba miedo.

Y así hago prácticas para el día que tú faltes, eso decía mamá, y sonreía a mi padre, que la miraba con el ceño fruncido.

Ya veo, ya. Eso es para lo único que os hacemos falta, para traeros y llevaros, eso decía papá.

Como a reinas, ja, ja, ja, eso decía mamá.

Así que cogíamos el coche e íbamos al Laguna Beach. En un par de minutos llegábamos allí. El aparcamiento estaba a esas horas medio vacío y no era difícil encontrar una plaza que se ajustara a las exigentísimas especificaciones de mamá. Orlac nos recibía agitando sus manos gigantescas, como si llevara puestos unos guantes de béisbol.

¿Dos cafés con hielo?, eso decía Orlac.

Salíamos a tomarlo a unas mesitas metálicas debajo de unos toldos amarillos y blancos, junto a los vestuarios. La gente estaba muy tranquila en la playa a esas horas, y corría una ligera brisa. Algunas veces, la madre de Wences se sentaba un rato con nosotros, con su bata negra y sus piernas enormes.

Mi hijo. Me tiene negra. Menos mal que es muy trabajador y no le cuesta madrugar, pero

por las noches, raro es el día que se acuesta antes de las tres. A saber qué andará haciendo por ahí porque a la pobre Marisa no creo que le dejen estar a esas horas, eso decía la madre de Wences.

No te preocupes mujer, andará con los italianos, que son muy juerguistas. El caso es que no falte a sus obligaciones. Ya descansará en invierno, que esto tiene que ser aburridísimo, eso decía mamá.

Ay, en invierno se me deprime y se pasa las tardes en el bar bebiendo cubatas, eso decía la madre de Wences. No sé qué es peor, ahora por lo menos le da el aire. Y cuando se vaya Marisa a Madrid, yo no sé qué va a ser de él. Es que vosotros no os dais cuenta, pero por aquí pasan muchos jóvenes, se hacen amigos de él, y luego vuelan, y se hacen ingenieros o pilotos de avión. Marisa será una abogada estupenda y se casará con un hombre guapo y vendrá con sus niños rubísimos y educadísimos en verano. Y Wences seguirá siendo el jardinero, pero ya calvo y con barriga. Y seguirá limpiando la piscina. Y han compartido muchas cosas juntos, se conocen como si fueran hermanos, pero en el reparto de la herencia a unos les tocará todo y a mi Wences, nada. Muchas veces pienso si no habría sido mejor que no os hubiera conocido, que se hubiera quedado ayudando a su padre o que hubiera encontrado un trabajo aquí en el Laguna Beach, de camarero, y se hubiera casado con una chica del pueblo. Pero vosotros le habéis llenado la cabeza de pájaros y de ambiciones y él quería tener todo y ahora no tiene nada. Ni siquiera tiene su juventud ni su belleza, que habrá volado en un par de años, que se habrá ido por el sumidero de la piscina, con el verdín y las hojas podridas.

Vamos, mujer, que te pones muy mística. Tómate un carajillo, que yo invito. Y mira para otro lado que mi niño se va a bañar sin pagar, que se me está asfixiando la criaturita, eso decía mamá.

Mamá, por Dios, qué vergüenza, qué jeta tienes, eso decía yo.

Pero me iba dando saltos hasta el embarcadero flotante y me tiraba al agua de golpe. Sin hacer la digestión ni nada.

Por la Virgen del Carmen te lo pido, que no se enteren tus hermanas, que no me voy a poder tomar un café tranquila en todo el verano, eso decía mamá.

Una de las vecinas de abajo era Doña Juana, la socialista, eso decía papá. Todo el mundo pensaba que era una mala influencia para nosotros, demasiado «progre» para estar aquí. Sin embargo, al cabo de los años, fui descubriendo muchas cosas de aquella mujer fascinante, y muchas otras cosas sobre la mentira en general. Descubrí que no era divorciada como decían los del pueblo, sino viuda. Ocho hijos tuvo, pero todos del mismo hombre, un profesor de literatura del que se rumoreaba en el pueblo que tenía otra mujer y otros ocho hijos. Pero estuve en su casa muchas veces, me explicaba matemáticas, me invadía el olor de su colonia de jazmines, me embelesaban sus pelos largos y rubios (teñidos, decían) que se quedaban enredados en mi bolígrafo y seguían oliendo a jazmines días después. Vi las fotos de su boda, por la iglesia, con el supuesto amante. Descubrí que si no iba a misa los domingos era porque lo hacía a diario, sola, sin vestirse de gala. Solo se arreglaba para ir a votar, como todas las socialistas (y eso, probablemente, era verdad). Aquella mujer me enseñó muchas cosas además de fracciones, raíces cuadradas, números imaginarios o polinomios. Me dijo que había habido una guerra, que se habían peleado hermanos con hermanos, hijos con padres. Y que todos eran iguales, o parecidos. Y que, en la guerra, los que pierden siempre son los pobres, los niños y las madres. Ella era muy pequeña en la guerra y solo recordaba meterse debajo de la cama cuando oía las bombas, en Madrid. Ahora, sus hijos ya eran mayores y andaban por el mundo. La visión de uno de ellos, que era marino, saliendo de la ducha con una toalla rosa aún me turba. Era profesora en un colegio público y se había enfrentado a la asociación de padres porque decidió poner a los Beatles a la hora del recreo en lugar de las tradicionales seguidillas. Me contó que había hombres que vivían con hombres, mujeres que vivían con mujeres, incluso ella conocía a algunos, amigos suyos (¡qué me iba a contar a mí!, quizá lo intuía). Me habló de la Inquisición, de que la ciencia y la fe son dos cosas totalmente distintas que no se deben confrontar porque no pertenecen al mismo universo. Me dijo que no creyera ni la mitad de lo que viera ni el diez por ciento de lo que oyera. Que solo se podía fiar uno de las matemáticas (y ni eso, pero tendrás que estudiar mucho para comprenderlo, decía). También estuvo ayudando a mi madre y a Lola en el cuidado de Tadeo. Es muy buena tu madre, decía ella. Nunca se bañaba, ni en la piscina ni en la laguna, casi no salía de casa. Es malo el sol, hazme caso. Blanca, rubia, pálida, era como el negativo de una sombra, doña Juana la socialista. Tomaba té. Un té de vainilla que le mandaba una hija suya desde Londres. Tenía chocolatinas de menta. Galletas de jengibre. Mermelada de naranjas amargas. Salsas de mango, de curry, de pimienta. Leía a Cernuda, a Lorca, a Machado. Iba a misa cada tarde y volvía ya de noche, paseando sola junto a la laguna. Buscando algún macho, eso decían los de pueblo, esa zorra siempre anda buscando algún macho. Me acuerdo mucho de mi marido, fuimos tan felices, eso me decía ella, mientras acariciaba las fotos de su boda, tan felices. No te creas nada nunca, no sé por qué la gente es así, no sé por qué.

Hacía un par de años que se celebraba un torneo en el club de tenis. Junto a la iglesia, en un terreno que no sé si llegó a ser en algún momento el cementerio del pueblo, se habían construido un par de pistas de tenis y un edificio que albergaba los vestuarios, una oficina y un bar. El resto del año, permanecía cerrado la mayor parte del tiempo, salvo algunos días en que jugaban Wences y Luis, el cura. Wences guardaba la llave por si alguien lo quería usar, pero no era el caso. Sin embargo, en verano, estaba muy animado e incluso Luis, el cura, se encargaba de llevar un estadiillo en el que se apuntaban los veraneantes, y casi se llenaban las pistas desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche. Además, el cura organizaba un torneo que culminaba el día de la Virgen con la final de dobles, que siempre ganaban Wences y él, con sus pantaloncitos blancos, impecables y sus polos de Lacoste. Pero este año los italianos se apuntaron al torneo y les dieron una paliza memorable. Ni llevaban ropa de deporte: jugaron en bañador, camiseta de tirantes y descalzos. El cura quiso que se les eliminara del torneo, el tenis era un deporte de caballeros y exigía una mínima etiqueta. Pero la gente, instigada en parte por Marisa y su grupo, incluso yo mismo, comenzó a abuchearle, y accedió a jugar el partido, que no duró ni una hora. Al cabo de un rato, en el bar, que por las tardes estaba casi siempre lleno con las familias de los que jugaban, Wences se tomó un par de copas, quizá más, y acabó discutiendo con Benedetto, que había estado haciendo el ganso durante todo el partido mientras Marisa y yo mismo nos moríamos de risa, no en vano Carlo era el guapo, pero a mí me hacía más gracia Benedetto que, sin perder ni una sola pelota, no paró de jugar y hacer muecas. Por la noche, Benedetto seguía haciendo monerías en el bar, imitando la manera de sacar de Wences, los gestos del cura. Y Carlo, el guapo, rodeado de Marisa y sus amigas, se quitaba importancia y decía que había sido la suerte, que Luis y Wences tenían mucha presión encima, que hacía años que no jugaba al tenis y estaba en baja forma (lo que aún ponía más rabioso a Wences). Hacia las doce, Wences entró en el vestuario y destrozó a golpes una de las taquillas. Por no romperle la cara a él, eso dijeron que decía Wences, por no matarle a él. Nunca supimos si «él» era el guapo o el gracioso. O el cura, por haberles dejado jugar. O Tadeo, por morirse. O Sebastián, por no dejarse follar. O Carlos el «aburrío», por provocarle. O yo, por chivato.

Hay un momento en mis recuerdos en el que las cosas dejan de estar mezcladas y se suceden con la inevitabilidad con la que se repiten los segundos en un reloj de pared. Un domingo por la mañana se murió Tadeo (lo recuerdo porque nos enteramos nada más volver del pueblo al que habíamos ido a misa, más por tener algo que hacer y por ver al resto de los veraneantes que por necesidades espirituales, que en el caso de mis padres eran escasas, y en el nuestro aún menos). El lunes fuimos a su entierro, en el pueblo en el que tenía su padre la fábrica y en el que vivían la mayor parte del tiempo. El lunes por la noche sucedió lo de la barca y vi mi primer muerto, ahogado en la laguna o muerto antes de ahogado. El martes por la mañana hicimos las maletas, recogimos la casa y cogimos el coche de vuelta a la ciudad.

Demasiado para los niños, eso decía mamá.

Mis padres nos dejaron con mi abuela en la ciudad y volvieron a la laguna para acompañar a la familia hasta el entierro (ante el espantoso horror de mi madre al tener que atravesar «la general» tantas veces en un solo verano), que se retrasó hasta el miércoles por la tarde por la investigación policial, aunque hubo poco que investigar porque todo se dio por sabido y acabado en unas horas.

El sábado por la noche no pude dormir bien. Quizá intuía algo, como los perros que huelen la muerte. Salí a la puerta de nuestro apartamento, que daba a la carretera, justo enfrente de la casa de las tías de Wences, a cuyo cuarto de baño hacía ya tiempo que no iba con el jaleo de los italianos. Me gustaba sentarme allí y encender la luz de la farola, una farola blanca muy intensa a la que acudían todo tipo de bichos. A mamá no le gustaba que encendiera la farola: se nos llena toda la casa de cosas con alas, decía. Pero yo estaba muy interesado en la Biología y me sentaba bajo la farola observando a las polillas, a los escarabajos e incluso a alguna salamandra que aprovechaba el revuelo para darse un festín. De vez en cuando caía un ciervo volante, con sus cuernos gigantescos y su aspecto amenazador. Nada me gustaba más que dejarle pasear por mis manos durante un rato. Si me veía papá, sacaba un bote con un algodoncito empapado en alcohol y lo disecábamos. Al cabo de unos días y con mucho cuidado para que no se rompiera, lo clavábamos con una aguja en un corcho que habíamos colgado en el salón, junto a la tele, y que a los dueños de la casa y al resto de inquilinos que la ocupaban en otros meses no les había debido de molestar demasiado puesto que lo encontrábamos intacto de un año para otro.

Aquella noche cayeron muchos bichos, como casi siempre. Cuando me aburrí, apagué la luz y estuve contemplando las estrellas fugaces, muy frecuentes en el cielo de finales de julio. Volví a la cama y me desperté hacia las nueve con los sollozos de Lola en el salón.

Se me muere Tadeo, se me muere ya, no sé si ya se habrá muerto, ahora, ya, eso decía Lola.

Parecía tan feliz Olivier, el subnormal, que me duele no haberle visto más desde entonces. Echo de menos ahora sus gritos de ratón asustado al meterse en el agua. Las pocas veces que me miraba directamente a los ojos. Acariciar su pelo, despeinarlo. Me hubiera gustado subirme a su espalda mientras hacía los círculos en la arena. Saltar la verja azul, así sin más, y salir a volar por los aires. O hundirme junto a él en las aguas heladas de la laguna con los felices. Pintar palitos amarillos o negros, recoger palos de polo por la calle y pintarlos luego en casa. Pegarlos a una cartulina, enrollarla y hacer un cubilete. Así que hoy, con la cantidad de cosas que tengo que hacer, voy y me pongo a sacar punta a las ceras de colores y a ver caer los trocitos triangulares sobre un papel en blanco como si fuera nieve de un mundo paralelo. Los trozos van formando figuras entre ellos, se relacionan extrañamente unos con otros, como si nada fuera casual, como si algo los guiara a buscar el mejor sitio, el mejor contraste, la belleza perfecta. Y yo sigo sacando punta y cojo otro color y vuelvo a ver los trozos que caen en una posición que yo no habría elegido. Nieve triangular de colores. Me quedo como un bobo mirando el papel que estaba destinado al cubo de la basura, esperando que ocurra algo, que los trozos de cera de colores se levanten y empiecen a bailar cogidos de la mano una extraña danza en corro con pasos espasmódicos, que se agarren por las caderas (si es que los trozos recortados de ceras de colores tienen caderas) y formen una cadena y se muevan ondulantes por todo el papel blanco, vertiginosos, esparciendo polvillos de colores por el aire, esperando que se junten en uno, que formen una pelota multicolor que gire y gire y se amalgamen y surja un color blanco de entre todos, una pelota blanca que se funda como nieve y el papel vuelva a parecer blanco, para descubrir, si te acercas lo suficiente, que la blancura del papel la forman miles de partículas diminutas de puro color azul, verde, rojo y amarillo. Un rayo de sol entre las nubes se cuela por la ventana y le da un matiz luminoso al folio en blanco. Hago una foto y escribo esto. Es para ti, Olivier.



Se nos va a follar a todos, eso me dijo Carlos el «aburrío» uno de esos días. Ya se ha follado a todos los de abajo y ahora viene a por nosotros. El año que viene Marisa no vendrá y él seguirá haciendo muescas en la cabecera de su cama. Te follará a ti, me follará a mí, nos lo follaremos nosotros porque a esa bestia todo le da igual. Lo que vaya surgiendo, como con Tadeo. Pero no parará: luego se follará a tus hermanas, las mellizas, de una en una o a las dos a la vez. Es una máquina imparable. Nos odia. Nos envidia. Quiere que cuando volvamos a nuestras vidas rutinarias, en la ciudad, no le olvidemos. Que cuando nos casemos, cuando tengamos hijos, cuando nos enamoremos, pensemos en él, que fue el primero, que se meó en nosotros como los perros marcando el territorio. Es un cerdo, me da asco. No sé cómo Marisa puede estar con él. No puedo parar de pensar en él. Por las noches me despierto pensando en él y me la casco. Ansío que llegue el verano que viene para estar con él. Para saber cómo sabe su sudor. Para que me acaricie en la cangrejera, una noche de junio antes de que vengáis. Es un hijo de puta. No sé si acabaré volviéndome loco. Solo cierro los ojos y veo los pelos de su barba que empiezan a salir con fuerza a los tres minutos de haberse afeitado. Esa oreja rara, a medio hacer, que parece que se la mordió un perro en la cuna, ese cuello de bestia inhumana, tan ancho como su propia cabeza, y esas piernas morenas, tensas cuando limpia la piscina. No puedo dejar de pensar en su culo. Aquella vez en que me llevó en moto al Laguna Beach. Cómo se movía el hijo de puta, cómo se restregaba. Yo agarrado a sus tetas porque me daba pánico ir en moto. Y él meneando el culo y apretándome las manos fuertemente contra sus tetas, con su brazo poderoso (conducía con una mano). Para que no te caigas, decía el cabrón, apriétate bien para que no te caigas. Y yo era un crío, no tendría más de doce o trece años, pero eyaculé allí mismo, en su culo, los dos con los bañadores puestos. Y me puse perdido y le manché a él. Y se dio cuenta, pero no dijo nada. Llegamos al Laguna Beach y nos metimos en al agua directamente. Y vi cómo se restregaba la parte de atrás para que no le quedara mancha, y cómo se la cascaba en el agua, con su madre delante y yo hice lo mismo (restregarme la mancha y cascármela también). Se nos va a follar a todos. Se va a follar a nuestros padres, a sus tías. A veces, cuando veo a su madre, en el Laguna Beach, vestida de negro y vendiendo los tiques, me da la sensación de que fue la primera, de que también se la folló a ella un día, al salir de la ducha. Soy tu niño, mami, le diría. Y zas. Hasta la bola. Nos va a follar a todos, me dijo Carlos el «aburrío», cualquier día de estos nos va a follar. A ti y a mí. A tus hermanas. Se va a follar a los patos de la presa, a las tórtolas, a las carpas que saltan, a los cañaverales, a los italianos, a Orlac (menudas pajas tiene que hacer Orlac con esas manos). Al viejo de la cangrejera. Al único que creo que no se ha follado es a Sebastián aunque se van de noche a lo oscuro. Me da la sensación de que es inmune. Que le hace caso por algún motivo, que le acaricia el cuello y siente pena por él, por algo que desconocemos. Pero follárselo no se lo ha follado, al menos de momento. Y nuestros padres, ahí, tan tranquilos, como si no lo conocieran, como si no supieran la historia de Carmen, o de Juana, tan repetida. A veces creo que son idiotas, o que ellos también lo desean de alguna manera. Y dejan a sus hijos bañarse en la piscina y él los sube a hombros y pelea con ellos (con nosotros hasta hace poco) y los toquetea. Y tan tranquilos, oiga. Como si los hubiera hipnotizado. Una vez soñé que Wences salía de la laguna, como un monstruo verde lleno de algas que aparecía en un cómic que guardo por ahí: el Kraken. Que la laguna era Wences y que los hipnotiza, que los tiene presos y que se cobra sus víctimas, las deudas de nuestros padres. Que los atardeceres y el olor del

hinojo, el agua fresca y azul no les salen gratis. Nos va a follar a todos, me dijo Carlos el «aburrío», cualquier día de estos nos va a follar. Y estaremos deseando que lo haga, eso es lo más gracioso. Estaremos deseando que lo haga.



Se le fue la vida de repente, eso dijo Lola. Se apagó, fue extraño. Se le hundieron las mejillas y los ojos se fueron como por el desagüe, hacia abajo. No sentí pena en ese preciso momento, sino curiosidad. ¿Cómo era posible que la vida abandonase de golpe todo el cuerpo, todos sus órganos, todas sus células, que hasta hacía un segundo funcionaban, mal pero funcionaban? Era como si le hubiesen desenchufado, como el aspirador cuando una tira y tira del cable sin darse cuenta hasta que se suelta de la pared, y se apaga. Fue algo parecido. Luego sentí dolor, claro, ¿no voy a sentirlo? Y se irá haciendo cada vez más profundo y más insoportable porque perder a un hijo es un dolor que no solo no remite nunca, sino que se agudiza porque cada segundo que pasa nos separa más de él (pero yo sabía que no era así, que el dolor no es acumulativo y que basta con hacerle frente en cada momento, en el presente, que es tan corto, que se va, eso le decía yo a mi madre para que se lo dijera a Lola, por si le servía de algo, ojalá lo hiciera). Y cuando se diluya su cara, y se olvide su voz... debe de ser espantoso. El caso es que se hundió como un muñeco hinchable que se hubiera pinchado, se hundió hacia dentro de sí mismo, implosionó. Como las uvas cuando se pasan, pero de repente. Fue extraño verlo, estar ahí delante. Una inspiración, una espiración. Una expiración. Una expiación. Todo a la vez quizá: espirar, expirar y expiar. Aunque poco tenía que expiar la criatura, qué poco tenía que expiar el pobre que no hubiera expiado ya en los últimos meses. Y, todo esto ¿por qué? Menos mal que me queda Sebastián, pero Sebastián es distinto, es más raro. No sé. Como si no le importara nada. Como si todo le diera igual, como a Olivier, ¿te acuerdas de Olivier?, qué desperdicio. A veces imagino que Sebastián no es real, que es un fantasma que yo me he inventado para sustituir al hijo real (Tadeo) el día de su muerte. ¿Tú lo ves? Es como una sombra. No sé nada de él. Tadeo era cariñoso, transparente. Nunca me tuvo que decir que le gustaban los hombres porque nunca me tuvo que decir que no le gustaban. Todo era claro en él. Recuerdo que estábamos viendo un telediario y salió una de esas manifestaciones del orgullo gay en San Francisco, llena de hombres con bigote y pantalones vaqueros de esos recortados a la altura de la entrepierna y Tadeo sonreía. Yo le miré y nos reímos los dos. Como si hubiéramos comprendido (a la vez) que había un mundo para él aunque fuera en San Francisco, tan lejos de su casa. Pero yo también me fui de mi casa en Oslo y no pasó nada. Sebastián, en cambio, es distinto. Solo lee y calla. Te mira y juzga con sus ojos de hielo, pero nunca dice nada y no sé si eso es peor. Quizá ha heredado algo de los fiordos noruegos, qué sé yo.

Frustrada, eso me dijo un día Marisa. Aunque no sé si me lo dijo a mí porque yo era un adolescente pajillero y pecoso que prácticamente no existía. Al menos lo dijo estando yo cerca. Defraudada por no haber naufragado en una isla desierta, eso dijo Marisa. Toda la niñez cavilando sobre las tres cosas que me llevaría a una isla desierta y no ha habido la puta manera de naufragar nunca. Ni siquiera sé si queda alguna isla desierta ya, pero dada la insistencia de los entrevistadores en las revistas o de los presentadores de televisión, suponía que, tarde o temprano, haría con mis padres un viaje transoceánico, el barco se hundiría y yo sería la única superviviente. Estaba perfectamente preparada para afrontar la situación. Las tres cosas elegidas fueron variando a lo largo del tiempo: primero elegí una Barbie que me había traído papá de Los Ángeles, una foto de mis padres y una tortuga de esas pequeñas que tenía en una pecera. Pronto pensé que la Barbie no se acostumbraría nunca a la isla y, además, podría ser violada por lo caníbales. También pensé que era una estupidez llevarse a la tortuga porque habría miles allí. En cuanto a la foto, seguro que se ponía chorreando en el naufragio y tenía que tirarla. Parecidos motivos me hicieron desistir de llevarme libros, pulseras, collares, colonia, un ramo de flores secas... Por eso un buen día decidí que no me iba a llevar nada, qué coño. Nada. Ahora me siento un poco defraudada por no encontrarme rodeada de cocoteros y playas salvajes, sin ningún recuerdo de mi vida aquí.



Eso dijo Marisa sentada en el borde de la piscina. Se zambulle en el agua y hace un par de largos, es una excelente nadadora. Vuelve a salir y se sacude la hermosa cabellera casi pelirroja salpicándome con las gotitas heladas. Aunque, bien pensado, a lo mejor me llevaría una cosa: la polla de Wences. Eso dijo Marisa bajito, entre dientes, de modo que casi ni la oí, lo mismo pudo haber dicho eso o cualquier otra cosa. Luego me miró y me preguntó si me caía bien Wences, si me gustaba Wences. Pero, en realidad, lo que me quería preguntar era si yo creía que a ella le debería gustar Wences, si debería mandarlo a la mierda antes del final del verano, antes de mandarle al carajo de forma definitiva, antes de perderse por las cafeterías de la Facultad de Derecho en la ciudad universitaria, entre carteles de papel marrón llenos de pintadas de asambleas y huelgas, bebiendo minis de cerveza con poetas underground alucinantes, y alimentándose exclusivamente de raciones cutres de patatas bravas y cafés con leche. Yo le dije no. Le dije no, pero ella no supo si le decía que a mí no me gustaba Wences, lo que no era verdad, o que le sugería que a ella no debería gustarle, lo que sí era verdad o casi. Se sacudió de nuevo la cabellera pelirroja y miró a la laguna. Le brillaban los ojos. Quizá me gustaban las chicas también. O solo Marisa. Volví a decirle no, pero ella estaba perdida en la

laguna.

Paciencia, pitufo, eso me dijo una mañana papá mientras lanzaba la caña a las aguas resplandecientes, o a lo mejor no me dijo pitufo pero fue algo parecido, paciencia es lo que hace falta si quieres que piquen, insistir, lanzar y volver a lanzar y esperar, siempre esperar. Y, si aun así no consigues nada, aceptar. Y agradecer el rato que has pasado intentándolo porque eso te hace mejor persona.

Yo ya no sabía si hablaba de la pesca o de qué.

Paciencia, mucha paciencia, y mucha aceptación para no volverse loco y no mandarlo todo a la porra. Se asustan los peces con los pescadores nerviosos e impacientes. Lo saben. Nunca hay que salir buscando nada. Solo lanzar y esperar, lanzar y esperar. Recoger a ver si hay algo, si hay que cambiar el cebo. Y volver a lanzar, pitufo, porque todo cuesta mucho siempre. No confiar en la suerte, sino en el trabajo. Trabajar duro, venir cada mañana, levantarse cada vez más temprano, llegar el primero, dejar las cosas preparadas la noche antes, la tarde antes, dos noches antes. Entonces llegar antes de que las sombras de las montañas empiecen a diluirse, antes de que se vea algo. Para cuando el sol asome, estar ya dispuesto y alerta. Cebiar, cebiar y cebiar en el mismo sitio, durante días, a las mismas horas, para pillarlos de improviso un solo minuto y sacarlos a todos. Y cambiar de sitio si no hay nada. Cambiar todas las veces que haga falta. Adaptarse, como hacen ellos... ¿no ves cómo se mueven, cómo se cuelan entre las algas, cómo nadan juntos sin estorbarse, cómo se calientan al sol, en las aguas someras, cuando amanece y cómo se hunden hacia abajo, hacia las aguas frías cuando el sol calienta al mediodía? Paciencia, pitufo. Aceptación. Serenidad. Contumacia. Obstinación. Tenacidad. Esfuerzo. Sacrificio. Insistencia.

Yo ya no sabía si hablaba de la pesca o de qué.

¿Eso hiciste para conseguir a mamá?, eso decía yo. Y se reía.

Con tu madre no vale nada, ja, ja, ja. Eso decía, nada vale con ella. Son más fáciles los peces, ja, ja, ja. Y estar preparado para, aun a pesar de todo el esfuerzo y el sacrificio, no conseguir nada. Porque en el camino se aprende. Tú vas a ser un buen pescador porque tienes paciencia. Me lo dijo la madre de Olivier, el pobrecico, ¿te acuerdas de Olivier? Tu hijo tiene mucha paciencia, eso me dijo.

Paciencia, pitufo, todo mejora, y si no mejora algo aprendes.

Es que el mundo es muy cruel, eso me dijo una mañana doña Juana, la socialista, muy cruel porque ¿qué han hecho estos pobres además de sufrir? Sufren porque vienen al mundo en una familia que no los entiende si es que no los odia. Aparecen, de repente, en un mundo extraño, como si un cuervo nace en un nido de palomas. No entienden nada porque lo que ellos sienten, en lo más profundo de su ser, es lo más despreciado por el resto, lo peor. Lo que les hace ser ellos mismos, antes que cualquier otra cosa, antes de saberse otra cosa, es un delito, es un pecado, es una enfermedad. Aun así, sobreviven a la infancia y llegan al colegio pensando que por fin respiran, que abandonan el océano y les han salido unas piernas y los pulmones se ensanchan con el aire puro y fresco, hasta que se dan cuenta (enseguida, quizá en las primeras horas) de que allí todo es mucho más cruel. Porque allí lo que querrían es matarlos. Aun así, después de muchos años, algunos culebrean en ese ambiente, los más listos, los más pragmáticos. Otros se enfrentan y salen airoso y se convierten en personas firmes y valientes. Otros (muchos, pero eso nunca se sabe porque nunca se dice) no lo soportan y se cuelgan de un árbol una tarde, ya casi a final de curso, o en Navidad. O se toman un bote de pastillas, o se cortan las venas torpemente. Los que salen se encuentran con el mundo real. Alguno incluso conocerá el amor, pero ese amor hasta hace poco era un amor oculto, desgraciado la mayoría de las veces, mirando siempre hacia ambos lados, y el amor, que ya de por sí es frágil cuando no hay ni visos de problemas, puede que se convierta en una pesadilla. Aun así, hay algunos que aman, o que aman a uno cada tarde, ¡qué más da! (Si me oyeran los del pueblo, y eso que yo solo he amado a uno, pero la verdad no importa, la verdad nunca importa, al menos en esta vida), y llegan a ser hasta felices. Puede que para ello hayan tenido que abandonar su casa, a sus amigos y a su familia, marcharse a una ciudad en la que no conocen a nadie a trabajar en puestos que no les corresponden porque han dejado pasar oportunidades (nada heredan, de nada se aprovechan). Aun así, irán de vez en cuando a sus casas por Navidad, y asistirán silenciosos a los comentarios que sus padres, hermanos y abuelos harán delante de la tele con los bailarines del programa de Nochevieja, prefiero un hijo muerto que un hijo maricón, y aun así, los besarán en la cara tras las uvas y quién sabe si no acabarán acompañándolos al baño antes de dormir, quitándoles la ropa y ayudándoles a meterse en la cama. Pero la historia sigue, esto es como lo de las tortuguitas esas que corren desde un agujero en la playa hasta el mar, de esas tortuguitas me acuerdo siempre, a esas tortuguitas me recuerdan. Tadeo, por ejemplo, que ha llegado ansioso al mar y se ha ahogado en él. Triste destino, tristísimo destino porque el mundo es muy cruel. Porque eso es lo que te quiero contar, a eso es a lo que yo iba: si no había suficientes, si las hogueras no fueron suficientes, las torturas no fueron suficientes, los campos de concentración, los campos de trabajo o de reeducación no fueron suficientes, los insultos, los electroshock, los suicidios, las vidas destruidas, los matrimonios falsos, los hijos no queridos, las esposas y esposos postizos (destrozados también), entonces, cuando algunas tortuguitas, las más fuertes, las más listas, las más desvergonzadas, las más afortunadas, las elegidas, llegan al mar, cuando no llevan allí ni cinco minutos, entonces viene un tiburón y se las come. Porque no llevaban ni ¿diez años, quince años? bailando despreocupadamente felices por fin, lejos de sus casas y de sus amigos y de sus familias, pero libres al fin y entonces llega esto. Y sus cuerpos jóvenes, sus pálidas pieles, sus cabellos rubios, o morenos, rizados, sus músculos... todo desaparece, pero no de repente, no de golpe, no sin tiempo a pensar qué está pasando, sino despacio, delante de todos,

podriéndose porque sí, con el paladar sanguinolento, manchas rojas en la piel, oliendo a muerte (ellos, que tan bien olían siempre), con dolores en las articulaciones (ellos, que bailaban como nadie), con ausencias constantes (ellos, siempre brillantes en la respuesta, ágiles, espectacularmente ágiles), solos y abandonados, cogidos de la mano de alguna monja desconocida porque nadie les quiere ni tocar (ellos, que iban siempre rodeados de gente), haciéndose de todo encima (ellos que meaban sin salpicar porque les daba vergüenza), muriéndose a los treinta años (ellos, que habían sobrevivido a todo, que habían tenido las cuchillas tan cerca de la piel tantas veces, los botes de pastillas, la soga)... ¿un castigo de Dios a su vida depravada? ¡Pero si alguno de ellos no ha disfrutado ni de tres días de felicidad a lo largo de su vida, ni de tres días!

No sé por qué te cuento todo esto, eso decía Doña Juana la socialista, pero a alguien se lo tengo que contar. Mi pobre marido decía que alguien los iba a matar algún día, otra vez, como ya lo habían intentado tantas veces a lo largo de la historia. Pero es imposible acabar con ellos, es imposible exterminarlos porque son nuestros hijos, salen de nosotros, para acabar con ellos habría que acabar con nosotros. Lo que sí pueden hacer es amargarles la vida, eso quieren, pero ellos son listos, no todos, culebrean, se buscan la vida, y hasta son felices alguna noche en una discoteca de otro continente mientras un hombre los abraza y les besa el cuello, un hombre al que no entienden porque habla otro idioma, un hombre al que no volverán a ver, y se van con él a un callejón y hacen lo mismo que nosotros hacemos bajo bendición divina, lo mismito, y a los pocos días tienen fiebre, y en pocos meses diarrea, y adelgazan, y manchas en la piel, y vienen los herpes, la encefalitis, los tumores, la tuberculosis, lo que sea porque esa puta enfermedad (perdona, cariño, haz como si no me hubieras oído) lo que hace es exponerlos a todas las demás, a todas. Tan horrible es. Como si les quitáramos la piel y los colgáramos al sol. Expuestos, indefensos. Sin defensas, se quedan sin defensas. Hasta en la guerra se le permite al enemigo defenderse, nadie mata nunca a nadie indefenso (bueno, eso no es verdad, pero debería serlo), y ellos, pobres, así se quedan, solos, como siempre, e indefensos. Y una tarde se ven en una habitación de hospital, quizá lejos de sus casas (no Tadeo, en eso ha tenido suerte, porque su madre y la tuya son muy buenas, son buenas mujeres), y entra alguien a verlos, un desconocido, una monja (sí, una monja, a las que tantas veces se critica) les ha cogido la mano sin pensar en los peligros. Y se han agarrado a esa última mano, esa mano que quizá les hizo tremendamente infelices en su infancia cuando les habló de pecado, de infierno, de ignominias contra natura, pero seguramente no era la misma mano, seguro que esa mano que los agarra en el último momento los habría querido también de niños, hasta el infinito, no podemos juzgar a todos a la vez, es difícil, ya es difícil juzgar solo a una persona porque todos cambiamos en el tiempo, así que esa tarde se agarran a la mano de una monja que lleva un hábito blanco con una raya azul, un hábito feo y áspero, y ven el sol difuminado por la contaminación hundiéndose en el Hudson, o en el Sena, o en el Támesis, y oyen el murmullo de la monja que reza, y se retuercen con un espantoso dolor de estómago, o de espalda, y tienen los labios agrietados, y ven en el armario la camiseta blanca que llevaban en la discoteca ese último día en el que se tuvieron que volver a casa pronto porque se encontraban mal, febriles, sudorosos, con escalofríos...

Y ahora le pasa a Tadeo, aquí mismo, al lado. Nadie dice lo que es, pero todos leemos los periódicos, y lo que parece lejano (Estados Unidos, homosexuales, saunas, poppers), aquí lo vemos cercano porque Tadeo ha estado allí. Pero él sí ha sido feliz, por su madre supongo, por sus hermanos. Me consta, un día me habló de ello porque yo también le di clases como a ti, me

habló de ello a la vuelta de su primer viaje, me dijo gracias, eso me dijo Tadeo, gracias, gracias por cosas que usted me dijo y de las que probablemente no era consciente, no sabía el bien que me estaba haciendo (pero yo sí lo sabía, como lo sé ahora). Allí soy feliz, aquí también lo sería, pero no puedo volver atrás, no ahora. Ahora tengo a alguien allí que es todo. Y ahora viene, y no sé (porque no habla) si su todo se quedó allí, si ya murió allí, si está allí mucho más solo que Tadeo, ni me imagino cómo fue la despedida, ese momento en el que uno entra en el hospital sabiendo que ya no saldrá porque ya lo han visto, ya han visto lo que ha pasado con otros amigos, y el otro coge un vuelo a Madrid sin decir nada a nadie por miedo a que no le dejen embarcar y en mitad del trayecto, en mitad del Atlántico, sufre un desmayo en el avión y cuando llega a Barajas ya está la ambulancia preparada. Y casi todo el mundo sabe lo que le pasa porque ya ha habido casos diagnosticados en España.

Todo eso me lo dijo ella, pero a lo mejor no me dijo exactamente eso y yo lo he aumentado con lo que he sabido después, por mi propia experiencia, por el efecto que produjo en mí la primera vez que supe de la muerte de un amigo en el hospital mientras su novio le lanzaba besos desde la calle porque no le dejaron entrar. Besos que quedaban sin respuesta porque las ventanas no dejaban ver el interior y así quedó, en la calle, lanzando besos y besos hasta horas después del fallecimiento, hasta que alguien se lo dijo y se lo llevó a casa.

Se murió, eso dijo mamá, ya se murió, dejó de sufrir, o no, porque eso no se sabe, no se puede saber, a lo mejor empieza ahora su verdadero sufrimiento y ahora estas semanas que ha pasado en su habitación, con la persiana bajada, oyendo el murmullo de las olitas en las barcas, y los gritos de los chicos en el camping, la que sí ha acabado de sufrir es Lola, o no, a lo mejor ahora empieza su verdadero sufrimiento, cuando vea que su niño, al que más quería, ya no está, o se va a Oslo y no vuelve a pisar esto, las cosas que pasan en otro país parece que no le pasan a uno, las cosas que pasan en otro idioma es como si fueran menos reales. Pero se murió el chico, y hemos hecho todo lo que hemos podido y le hemos dado todo el amor del que hemos sido capaces y le hemos limpiado la caca y le hemos echado colonia y le hemos acariciado, yo incluso le he besado sin saber si no acabaré yo como él, o tú, o los niños, o todos, pero si eso se coge así de fácil tampoco pasa nada, moriremos antes que otros, pero al final nos moriremos todos, quizá sea mejor así, cuando todavía haya alguien que nos coja la mano, y nos limpie la caca y nos eche colonia, así que no me arrepiento de nada, faltaría más, y si eso no se coge tan fácil, entonces mejor, le hemos ayudado y fuera, Lola no lo olvidará ni yo tampoco porque podrías haber sido tú, o nuestro hijo, o las gemelas, y lo he hecho con él por si no puedo hacerlo algún día con ellos, lo normal es que no pueda hacerlo y sean ellos los que lo hagan conmigo. No lo dirán en la tele, ni saldrá en el periódico, no quieren crear alarma social, eso es una cosa de degenerados y de drogadictos, no de niños bien que se van a Nueva York, no es cosa nuestra, es de americanos. Luego será tarde, pero a ellos les da lo mismo, hasta que sus hijos tengan una tarde tonta, o un poco de mala suerte en Nueva York o en París o en Berlín, e incluso en Madrid, ya llega todo muy rápido a todos los sitios. Pero dirán que es un castigo divino para degenerados hasta que un día su niña aparezca con una mancha roja, o su niño con una diarrea que no se cura, o una neumonía, pero entonces ya será tarde, pero ellos lo enterrarán, se callarán como se callan las cosas malas y ese silencio hará que muchos otros se mueran después, como pasa siempre, como pasa siempre con todo lo malo.

Aquel verano aprendí a olvidar palabras que usaba mamá y que, sin embargo, echo ahora tanto de menos, pero había visto que, en determinados círculos, causaban gracia, extrañeza y me hacían sentir cierta vergüenza. Aquel verano olvidé cuchipanda, tomavistas, chipén, patatús, aeroplano, pullover, guateque, postín, magnetofón, fetén, petimetre, oraje o rendibú. Pobres palabras perdidas de mi madre, quizá ya para siempre.

Esa tarde me di cuenta de que, puesto que el sol se ponía por el lado contrario de la laguna, quizá las vistas más bonitas estaban, precisamente, al otro lado, en la orilla triste. Los álamos junto a la verja se recortaban oscuros ya y ominosos contra el cielo rosado, y agitaban sus ramas con el airecillo que se levantaba siempre con la puesta de sol. La otra orilla, la del camping, estaba oscura desde hacía horas, pero quizá era más agradable bañarse allí, con el sol de espaldas, mirando la fila de apartamentos reluciente y dorada que hacerlo en nuestra orilla, con esa fila de álamos oscuros, la montaña morada al fondo, y ver las sombras nocturnas que ya descienden por los desfiladeros, y los colores desvaídos que se esfuman de golpe como los efluvios de un perfume barato.

Me senté en el balcón ocupando el puesto de mamá, que no estaba para lecturas esa tarde, y seguí mirando los álamos oscuros, negros casi, recortados contra el cielo que pasaba del naranja al rosado, del rosado al violeta, cruzado aquí y allá por las rectas estelas del humo de los aviones.

Oí un grito, de Lola, quizá el único y el último. Tantos años en España deberían haberle influido en algo, aunque fuera en ese espantoso grito que reverberó durante horas por las orillas, entre los juncos, provocando el revoloteo de los patos y estremeciendo a los niños pequeños del camping, que esa noche dormirían abrazados a mamá.

Quise pasar al otro lado, cruzar para vernos, salir de allí. No era fácil, claro. Sebastián (y Lola a veces) sí que lo hacía, nadando. Pero a mí no me dejaban y dudaba de que hubiera podido, quizá eran más de quinientos metros (o eso creo ahora en el recuerdo). Si no, había que ir andando hacia el pueblo, atravesar la presa y caminar otro par de kilómetros entre olivos y encinas hasta estar justo enfrente para vernos desde el otro lado. Y sentir con luminosa envidia el último calor reflejado en los cuerpos brillantes de los que saltaban al agua desde la escalerilla.

Todo está cambiando, eso me dijo una tarde Sebastián, y a mí nunca me han gustado demasiado los cambios. Quedarme aquí siempre, permanecer sentado como las barquichuelas amarradas al muelle, solo sentir el chapaleo leve del agua, la luz del sol que sale y calienta lo justo, algunas nubes, la noche que llega lentamente, unas cuantas estrellas, el sonido dulce de algún pato entre los juncos. Y me voy durmiendo lentamente, suavemente mecido por las levísimas olas, suavemente durmiendo, hasta que todo esto se vaya.

Yo quería acariciarle, pero me daba vergüenza, así que me quedaba oyéndole, extasiado, yo y él, extasiados.

Yo solo quería acariciarle.

He vuelto mucho más tarde, ahora, a pasear por las lagunas. Poco ha cambiado desde entonces. El mismo color azul brillante en alguna de ellas, las sombras oscuras en el fondo, la roca caliza y blanca que se desmorona en el borde, algunos flecos de espuma que las ligeras, ligerísimas olas forman al chocar levemente contra la orilla. Otras, de un verde oscuro y profundo, algo atemorizador, en las que uno imagina un fondo lejano y fangoso (qué distintas en cualquier caso las lagunas, las piscinas, el agua cuando relumbran al sol del mediodía frente a las oscuras sombras de la tarde).

He vuelto a recorrer las orillas en una barca a remos, pequeñita. A oír el chapaleo contra la madera pintada de colores brillantes.

En el canal, las algas se desperezan parsimoniosamente y algunas hojas de sauce se arremolinan en la corriente, que siempre es apacible. He nadado en las aguas (heladas todo el año) y he visto, desde el centro de la laguna, la carretera, el asfalto abrasado y los coches que circulan llenos de domingueros, como si perteneciésemos a mundos diferentes. A tiempos diferentes (pero eso seguramente es cierto).

Me sumerjo de vez en cuando para olvidar el cálido olor de los pinos en la orilla y dejar de escuchar el incesante rugido de las chicharras. Aun así, el rumor, aunque apagado, persiste.

Tengo recuerdos del futuro, paradójicamente: en este momento no veo nada de lo que pasó, como si yo no hubiera estado nunca aquí. Quizá sea el agua fría que me aturde: el caso es que entreveo una vida distinta, luminosa, de una radiante y gloriosa hermosura y me veo (nos veo, porque también te veo a ti) apoyados en una barandilla, contemplando el sol que se oculta detrás de la montaña, desparramando su resplandor mirífico y acariciando la superficie, el agua dorada y sinuosa, como una herida abierta que supura miel. Y es todo tan lento, tan suave y apacible.

No es para ti, Marisa, ese tío no es para ti, eso le decía el italiano guapo a Marisa, o eso creo yo ahora, al cabo de los años, que le decía el italiano guapo a Marisa, porque no se le entendía muy bien. Tú eres de otra pasta, tienes más clase, eres elegante, mona, te mereces lo mejor. No te voy a mentir, no eres tonta, imaginarás que tengo novia, en Italia, e incluso que me casaré pronto con ella, y llevarás razón, no te digo ni que sí ni que no, lo hago por ti de todas formas, para que luego puedas decirte a ti misma que te engañé, que te prometí el oro y el moro y no te quede cargo de conciencia. Me gustas, pero no te voy a llevar conmigo a Italia, ni me voy a quedar aquí, que quede todo claro. Pero no con ese tío, Marisa, tú no. Vamos a tomar algo, vente a casa, ahí enfrente, ¿has probado la *grappa*? Tengo una botella. No te digo ni que sí ni que no, un tío guapo, joven y rico como yo, imaginarás que tengo novia, ¿no la voy a tener? Pero si te digo que la tengo, que me voy a casar, entonces no te vienes a probar la *grappa*, no por falta de ganas sino porque tú no eres así, eres una chica con clase, elegante, fina, educada. Así que no te digo nada y así no te miento y tú decides por ti misma. Engáñate tú si quieres para que no te quede el resquemor. Para que no te quedes con las ganas.

Una mañana me levanté temprano y vi a Olivier, el subnormal, o a su fantasma, pero iba vestido como los fantasmas de las películas así que nadie me creyó, como cuando lo del ovni. Llevaba una sábana blanca y una pesa redonda atada a una cadena y por debajo de la sábana se veía el borde de sus pantalones y unos zapatos negros. Dibujaba círculos en la arena, pero no le salían tan perfectos como a Olivier, así que casi yo mismo me convencí de que no era Olivier ni su fantasma, sino alguien que quería gastarnos una broma, el propio Wences, o el padre de Marisa, que era un guasón y alguna vez nos había aterrorizado las tardes de tormenta con el grito que el pobrecico francés daba al meterse en el agua. Eso dijo mi padre, has caído como un mochuelo, «alelao», que eres un «alelao», ese era Wences, igual que con el ovni, que se os engaña como a chinos, y yo pensé que esta vez era verdad, o que no lo era, vamos, que era verdad que se nos había engañado, que el fantasma no era real, no así el ovni, que siempre supe que sí lo era, más que nada porque Olivier dibujaba los círculos mejor y siempre descalzo, y que no había hecho nada nunca como para merecer llevar una bola atada a una cadena porque él era feliz. Así que otra mañana que me asomé a la ventana, le tiré un cubo de agua y salió diciendo maldiciones en perfecto castellano, pero no supe si era Wences, el padre de Marisa o mi propio padre, muy liante también, y muy guasón, no creo que el padre de Tadeo estuviera para eso, al menos ese verano. Sebastián ya lo hacía a veces, lo de dibujar círculos, y yo lo sigo haciendo ahora, muchos años después en otras playas, pero no con la sábana ni la bola ni la cadena, ni por asustar a nadie sino por puro gusto, sin más. Así que le tiré el cubo y, cuando se marchaba maldiciendo, me bajé y dibujé los círculos, pero bien, al menos lo mejor que pude, y escribí en la arena un mensaje para Olivier, que no sé si entendió, pero era lo único que yo sabía en francés, y era tan largo que me llevó una hora hacerlo, y acabó ocupando casi toda la zona de arena, desde la cangrejera hasta el otro extremo, en la leñera, *À la recherche du temps perdu*, eso escribí en la arena para Olivier, eso escribí en la arena para espantar al fantasma, que no volvió.



Yo creo que a Marisa se la ha follado el italiano guapo, Carlo, anoche, eso dijo Carlos el «aburrío». No tengo la certeza, como la tuve aquella vez en la cangrejera con Wences y Tadeo, pero esas cosas se notan. Están distintos. No distintos con los demás, sino distintos entre ellos. Se miran, no se hablan, se sonríen con los ojos. Wences está taciturno (no solo aprendí palabras bonitas de Sebastián aquel verano), cabreado, cualquier día los mata, a los dos italianos, porque a ese no hay quien le pare y está celoso de los dos, si lo sabré yo, lo quiere todo para él y Marisa es la niña de sus ojos, y yo creo que también Sebastián, pero de eso habría mucho que hablar porque es inmune a Wences y eso le hace más deseable. Y luego se irán a Italia, a Milán o a Roma o a Siracusa, a donde coño vivan, y Marisa no volverá a verlos, pero después de Carlo, del italiano guapo, aunque yo sé que a ti te hace más gracia el otro, cualquiera vuelve a follar con Wences, que huele a humo y a grasa de moto y a acelgas y a coliflor y a tierra negra, a supermercado barato de pueblo, a regadera, a naftalina y Larios. Se irá a Madrid con el sabor de Carlo y con su recuerdo y el otro no vuelve a catarla. Así está, mohíno, que ayer le vi dándose cabezazos contra un muro. Pero no decía Marisa, ni Carlo, me pareció que decía Tadeo y Sebastián. O Tadeo, Tadeo, Tadeo, como aquel día en que ocupaba su boca, la suya propia y la de Tadeo, una antes que la otra porque no les faltó de nada, ni hueco que llenar, ni agujero que tapar. Eso creo, que decía Tadeo, Tadeo, pero Tadeo está ya más allí que aquí el pobre, si es que no está ya allí por la cara de susto que traía tu madre hace un rato. Pero si a Wences le gusta Tadeo, si le gustan todos, si le gustamos todos ¿no va gustarle Sebastián que es como Tadeo, pero de oro, luminoso, cándido, como una estatua griega? Y cuando se van por la noche a la cangrejera, que tú lo sabes porque los has visto, yo creo que no hacen nada, Wences y Sebastián, que solo Wences llora y Sebastián le acaricia el cuello, y llora por Tadeo, que le tuvo y le ha perdido, como le hemos perdido todos ya, y por Sebastián porque nunca le ha tenido ni le va a tener, y eso le da mucha rabia y mucha impotencia, y por eso se emborracha y se pone a llorar y le dice lo mucho que quiso a Tadeo y lo mucho que le quiere ahora a él para ver si el otro se apiada y tiene un momento de debilidad y deja que se lo folle, déjame que te cate, eso dijo Carlos el «aburrío» que seguramente decía Wences en la cangrejera, que te cate, pero Sebastián es inmune porque es una estatua griega, y cada año que pasa, cada día se hace más fuerte, así que solo le acaricia el cuello y los hombros y le deja que le lloriquee un poco. A lo mejor ahora le llora por Marisa, que la ha perdido también, pero nunca sabremos si a él le da pena perderlos, perdernos a nosotros el año que viene, o el otro, cuando nos cate, o es solo una estrategia para ganarse a Sebastián porque nunca puede estar seguro uno de nada con esa bestia. No vivo ya pensando en el momento en el que me cate a mí, ni en el que me pierda.

Muchas veces pienso que tú eres una mezcla de los tres. Sí, tú, no te hagas el despistado. Me encanta verte llegar por las noches, desmañado, con la camisa por fuera como Sebastián, tan guapo siempre aunque desaliñado o precisamente por eso. Me gusta cuando eres como Olivier, el subnormal, y palmoteas feliz y ríes por cualquier nimiedad, cuando haces círculos en la arena (aunque soy yo quizá el que más los hace y tú solo me sigues). Adoro cuando eres como Wences, pero eso prefiero callármelo por discreción.

Es curioso, pero escribir sobre esto me está afectando de tal forma que hasta sueño con la laguna. Esta noche lo he hecho. Veía todo desde arriba, como desde un quinto piso. Pero la laguna no era como yo la recordaba: las orillas estaban heladas (nevadas quizá, o más bien escarchadas). Los sedimentos arrastrados por el agua la habían colmatado y en algunas zonas emergían diminutas islas de arena cubiertas de un césped ralo y amarillo. En los canales que se formaban entre ellas, se desplegaban las algas como ropa tendida, alargadas, temblorosas e insinuantes como espectros, casi diría que ululaban. Algunos patos se peleaban en el agua, de un verdeazulado trepidante (pero ese verde sí era el que recordaba). Debajo de mí charlaban dos personas, un hombre y una mujer, pero yo no alcanzaba a distinguir lo que decían, quizá el ruido de los patos me lo impedía. La laguna era mucho más alargada que en la realidad, en forma de una media luna muy delgada. Probablemente uno pudiera recorrerla saltando de isla en isla, o mojándose solo los pies puesto que el fondo no parecía demasiado profundo. Sin embargo, en algunas zonas, el agua se oscurecía de golpe, como en las fosas abisales marinas. Sigo:

A pesar de todas las palabras que aprendí, notaba que me faltaban muchas más. Los esquimales tienen cientos de palabras para describir la nieve: *tlapi* es la nieve de verano, *thun* son los copos de nieve a la luz de la luna, *tronkyin* la última nieve del año, *priyakli* la nieve que parece que cae hacia arriba, *maxtla* es la nieve que cubre el pueblo entero, *mentlana* es la nieve rosa, *hiryla* es la nieve en la barba, *jatla* la nieve entre los dedos de los pies, *intla* es la nieve que entra en los vestíbulos de las casas, *wa-ter* es la nieve desecha, *nylai-pin* la nieve de antaño, *skriniya* la que nunca llega a la tierra, *katiyana* es la nieve nocturna, *krotla* la nieve que ciega, *motla* la nieve en la boca, *tla* es la nieve normal, la ordinaria... También hay palabras para la nieve que cae lentamente, para la nieve olvidada, para la recordada, para la que ha sido pisoteada por los lobos, para la que ha sido manchada de sangre, o meada. Suponía que habría palabras para nieve con barro, congelada, sobre el estanque, bajo los pinos, para nieve a la sombra o en los cristales, para la nieve por sorpresa o para la nieve esperada. Imaginaba que no sería la misma nieve la que acaricia las caras sonrosadas de los niños el día de Navidad que la que cubre la cara cenicienta de los muertos.

Habría necesitado cientos, si no miles de palabras para describir la luz del sol en las orejas de Sebastián. Así como es distinto el sol de última hora, que convierte a los objetos en algo que no eran antes, algo de lo que Monet fue consciente pintando catedrales, almiarés o nenúfares a todas horas, también lo era en las orejas de Sebastián, que a veces dejaban traslucir sus venas azuladas y otras resplandecían como si un incendio interior anduviera devastándolo por dentro. Otras veces, a la luz de la siesta, yo habría necesitado una palabra que describiera sus cualidades comestibles, acariciables, besables, estrujables. Igual que la nieve que cubre el pueblo entero, a veces sus orejas dominaban el paseo junto a la verja azul. Y ¿qué palabra habría debido utilizar para describir la sensación que permanecía en mi retina cuando, de noche, hacia las tres de la mañana, cerraba los ojos y seguía viendo su oreja derecha? Obviamente, lo primero habría sido inventar una palabra para cada oreja, tan distintas entre sí que un extraterrestre hubiera sido incapaz de relacionarlas, una casi sin lóbulo y una especie de ángulo recto en la punta. La otra, tan cercana a la idea de oreja que uno dudaría si no habría servido para hacer el molde de todas las demás. Y ¿cómo describir el reflejo dorado que, hacia las siete de la tarde y a contraluz, orlaba los pelillos de la parte superior de su oreja picuda? Así que, pese a todo, decidí inventar un lenguaje para facilitarme a mí mismo su recuerdo, un nuevo lenguaje que dé gracias, que acuse y asesine, un nuevo lenguaje que no entienda nadie, o al menos nadie de los que nunca entienden nada, que deposite un leve polvo azul, una finísima capa transparente, un nuevo lenguaje que mienta y que parezca que es mentira, que revolotee entre los sombríos senderos de los plátanos junto al mar tras las borrascas holgazanas de alguna que otra tarde, que justifique cuando nadie lo pida, un nuevo lenguaje que no necesite atar palabras como quien ensarta cuentas en un hilo para decir las cosas, en el que la noche se pueda convertir alguna vez en planta carnívora y me coma.

Una tarde se lo dije con los ojos. También me había dado cuenta de que entre Sebastián y yo, y pese al esfuerzo que hacíamos por aprender, usar, reciclar o inventar palabras, a veces era mucho más efectiva la mirada. Así que una tarde, una de aquellas tardes en las que el reflejo del sol en la ventana del segundo piso de la izquierda subía por su cuello y alcanzada el lóbulo inferior (su único lóbulo inferior), se lo dije: me he inventado una lengua nueva que solo tú

conoces. Cuando estamos solos, luchando con la noche, te digo dos palabras que suenan a pasillos de mármol, a escaleras por las que, goteante, se derrama un líquido algo espeso, como sangre. Otras veces, después de haberte ido te dejo alguna nota en la que transcribo en caracteres (inventados también) gorgoteos, chirridos y lamentos, de esos que solo en esa lengua es posible escupir. Una lengua perdida de guerreros vencidos, agotados. En la que hay setecientas maneras de decir oreja: *tlapa, tlacringit, kayi, tlapat, klin, naklin, tlamo, tlatim, tlaslo, tlapinti, kripya, tliyel, tliyelin...*

Vanidad de vanidades y todo es vanidad, eso decía el padre de Carlos el «aburrío» en la puerta de la iglesia del pueblo en el que vivía la familia de Tadeo y Sebastián durante el invierno, nunca le gustó Tadeo, demasiada tontería con Nueva York y las discoteques y ahora para esto. No te pases, cabrón, que te va a oír la madre, eso oí que le decía casi al oído la madre de Carlos el «aburrío» a su marido en la puerta de la iglesia, cabrón, le dijo. Estaba a reventar, la iglesia, y hacía un calor espantoso, así que mamá me dijo que me saliera a la puerta, me solía marear en las iglesias, mareo de iglesia, eso decía nuestro médico, qué gracioso. En la calle, abarrotada también de hombres fumando, solo se oía la palabra, esa que nadie dijo, pero que todo el mundo sabía por los periódicos, por la televisión. Dentro, las mujeres, de luto, llorando a gritos, pagadas muchas, claro, no en vano el padre de Tadeo era el dueño de la fábrica. Alguna novia despechada, que Tadeo, pese a su aspecto descuidado, había sido un galán, casi más que su hermano. Y no digo que no hubiera algún novio despechado también, que Tadeo debió de ser muy precoz por lo que dicen, y que ahora agarra la mano de su esposa embarazada y se consuela (solo por un momento, claro) por la tranquila y sana vida que lleva. Suenan campanas de duelo, pero están grabadas, no debe de haber dinero para pagar campaneros. Así que parece todo de mentira, pero siempre he tenido la sensación de que todo es de mentira, salvo el ovni, así que no me preocupo demasiado. Tan joven, el pobre, tan joven, eso dicen las mujeres. Sebastián no dice nada. Puedo verle sentado en el primer banco, solo, no se agarra a nadie, ni le da la mano a Lola, que está hierática (qué palabras aprendí aquel verano), como una virgen medieval, también ella pensando que no todo es real, o que todo no es real, y encima en otro idioma, en uno que no es el suyo, y quizá eso le valga, y se sacudirá el polvo y volverá a su fiordo, silencioso y gris como lo estaba ella. El padre llora en silencio, avergonzado, seguro, había puesto todas las esperanzas en Tadeo, que sabía inglés y vivía en Nueva York, para sucederle en la fábrica algún día, y ahora le quedaba solo Sebastián, tan raro el pobre, tan ausente, fuera del mundo también él, en busca del tiempo perdido. El cura no sé ni lo que dice, algo físico me impide concentrarme en ello por culpa del cómo lo dice, esa voz impostada, esas palabras engoladas que retumban, como si todo fuera mentira, quizá lo es en este caso, vuelve el polvo al polvo, yo te resucitaré en el día final, la vida del mundo futuro, eso decía el cura. Mamá lloraba, le había cogido cariño e incluso debió de llegar a pensar que le iba a salvar a base de gambas con gabardina, que eran su especialidad, pese a que no le salían demasiado bien, y le hizo miles, era lo único que comía, el pobre, lo único, y con dificultades solo superadas por la enorme paciencia de mamá. Papá pensaba en mí, estoy seguro, y en las niñas, imaginando un aciago día en el que a él le pasara lo mismo que al padre de Tadeo, en cómo lo soportaría, si lo soportaría. Vuelvo adentro y me pongo entre papá y mamá y les doy la mano, sé que lo necesitan. Alguien ha encendido un ventilador muy ruidoso, por el niño, que se marea, eso dijo alguien.

Y el aire me daba en la cara y me alborotaba el pelo, y así dejé de oír al cura, no de escucharle: eso ya lo hacía antes, por alguna imposibilidad física, y veo que bendice el ataúd, que estaba cerrado porque si no mi primer muerto hubiera sido ese, y se incrementan los gritos de las mujeres, pagadas en su mayor parte, y los lloros silenciosos de alguna novia despechada, de algún novio, que ahora agarra tan fuerte la mano de su joven esposa embarazada que le hace daño, ay, no me aprietes tanto, bruto, eso dice la joven esposa embarazada.

Pero tú también te irás, como os vais todos, como os vais siempre, eso dijo Wences a Sebastián una de aquellas noches en las que yo le oía desde mi terraza en penumbra, porque os vais todos siempre y yo me quedo aquí, el borrico, el que no va a salir del pueblo en su puta vida, el que ha visto que hay un mundo fuera, gente como vosotros, guapa y lista, y que luego se tiene que meter otra vez en su agujero, en el que era más feliz sin saber que existía Marisa, o Tadeo, o tú, que eres el mejor, el que más quiero, el que más he querido. Se te muere tu hermano, se nos muere a los dos, pero le está bien empleado por maricón porque me lo tenía que haber dicho entonces, porque a lo mejor me lo ha pegado y yo a Marisa y Marisa al hijoputa del italiano ese, y acabamos todos muertos de aquí a un par de meses, quizá sea lo mejor, menos tú claro, pero tú no eres como los demás, no eres como nosotros, contigo es distinto.

Con él es distinto porque no se lo ha follado, eso dijo Carlos el «aburrío».

Y entonces se echaba a llorar y cogía de las manos a Sebastián y se las besaba, se acercaba a sus orejas porque cada vez iba hablando más bajo y acababa mordisqueándoselas, y con sus manazas le acariciaba el cuello e incluso a veces las rodillas, le quitaba las zapatillas esas azules de loneta que tanto le gustaban a Sebastián y le acariciaba los pies, se los besaba alguna vez, le chupaba los dedos. Y el otro se dejaba hacer, pero nunca respondía, salvo alguna leve caricia en el cuello de bestia de Wences. Era inmune.

Perdona, no debía haber dicho eso, eso decía Wences, nadie se merece una muerte tan horrible como la de tu hermano, pero no me dirás que no se la ha buscado, con todas esas cosas que contaba de las saunas y de los muelles junto al río, que decía que se tiraba cada noche a diez o doce. A más de los que yo me he tirado en mi vida, contando mujeres. En una noche, sí, ¿no iba a cogerlo? Y no me dijo nada el cabrón, pero, claro, él no tenía por qué saberlo, ni yo tampoco dije nada a Marisa, pero yo solo lo he hecho con él y alguno más, pero él lo hacía cada noche con diez o doce. Y yo me tragué su leche envenenada, y no solo una vez.

Y acariciaba de nuevo sus rodillas, y pasaba un dedo por su bigote rubiejo, por ese que a mí me gustaba tanto, y por sus labios, como si pretendiera quedarse con el molde, y de nuevo le decía algo al oído y le mordisqueaba y se reían los dos, Wences con algo de tristeza y con ansia, Sebastián de manera educada y luminosa.

Si tocas a uno de los pequeños te mato, eso dijo Sebastián después de reírse, con la boca de Wences mordisqueándole la oreja, te mato, me importa un huevo lo que pase, lo que pasó con Marisa o con Tadeo, lo que pase conmigo si algún día me pillas con la guardia bajada y te dejo comerme la polla, y te tragues mi leche envenenada o no, pero a los niños no, que te mato, cabrón. Te juro que te mato. Y, si lo haces, que no me entere yo.

Así que alguna de aquellas tardes en las que Sebastián leía «alarecherchdutanperdí», o puede que fuera en uno de los paseos por la laguna en barca, le conté lo de Carlos el «aburrío» en la moto de Wences, no recuerdo qué tarde concreta, pero yo diría que fue antes del te juro que te mato, eso dijo Sebastián, te juro que te mato, aunque no podría afirmarlo, como no podría afirmar nada en realidad, como jamás podría jurar ante un juez decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, eso dicen los jueces y eso juran los testigos, mintiendo siempre, claro, porque no es posible decir la verdad, ni mucho menos toda la verdad, ni nada más que la verdad. Wences se restregaba y movía el culo y le apretaba las manos contra las tetas, eso le dije a Sebastián, contra las tetas de Wences, y se corrió allí mismo, la criaturita, eso le dije, la criaturita, Carlos el «aburrío» y le manchó la parte de atrás del bañador a Wences, pero se lo estaba buscando, e incluso no solo no le molestó sino que luego se la cascó en el agua mientras se lavaba el bañador, delante de su madre, y a Carlos el «aburrío» también le gustó, que conste, no vayas a creer que le violó ni nada de eso, que estaba deseando, como lo estamos deseando todos por otra parte, ya nos llegará el día, el que nos cate y el que nos pierda, aunque esta vez quizá se precipitaron, el uno y el otro.

No, tú no me matas, te mato yo antes, eso le dijo Wences a Sebastián unas noches después, como si la conversación no hubiera sido interrumpida, te mato yo antes, pero no lo decía nítidamente porque estaba borracho, ya enterraron al maricón, al sidoso, y luego te toca a ti, que no me quieres, que no me has querido nunca. Tú no podrías matarme, no eres así. Pero yo sí te mato, matar es fácil, ya mata todo el mundo, cada día, se mata lo que se odia, pero también lo que se quiere, te mataré porque te quiero, porque tú no me quieres a mí y eso no puedo consentirlo, tu hermano me lo pegó, seguro, no lo sé, pero me tragué su leche envenenada y no solo una vez, cada día hay hombres que matan a sus mujeres y las querían, matar es fácil, ya mata todo el mundo. Si quieres quedamos mañana y te mato. Déjame que te cate o te mato. Solo me faltas tú, déjame que te cate y luego te pierda como pierdo a todos, te irás como todos, ya enterramos al maricón, Marisa me ha dejado, folla con los italianos, yo adoraba a Tadeo, amé a Tadeo, solo podía pensar en Tadeo, me volvió loco Tadeo, no he podido ni ir al entierro, verle allí, de esa manera, y pensar en lo que le quise, en las promesas que me hizo, que me iría con él a Nueva York, que no le perdería a él como a los demás, que viviríamos allí, lejos de toda esta mierda, de este puto pueblo, de mis tías, de mis padres, de la laguna, de la puta laguna. Y luego, viene, y yo esperanzado, deseando volverle a ver, y viene así, malo, tan malito, ni le he visto, ni le he visto, no he podido ni verle. Cuando me lo dijeron lloré, aullé, me arranqué las uñas hasta dejarme los dedos en carne viva, pero ya se murió y ahora estás tú y solo tú puedes salvarme y, si no lo haces, te mato, yo ya no puedo más, no puedo más, también te quiero a ti, no sé si más que a Tadeo, déjame que te cate y lo sabremos, déjame que me trague tu leche, seguro que es fresca y aromática, dulce como miel, como espuma, y entonces me enamore, y llévame lejos, yo no te daré guerra, te dejaré leer, vámonos a París, vámonos donde quieras y, si no, déjame que te mate, quedamos mañana y te mato porque tú no me matas, te mato yo antes, tú no eres así aunque matar es fácil, ya mata todo el mundo. Vámonos mañana en la barca, por la tarde, me dejas que te cate o te mato, eso le dijo Wences a Sebastián.

Os vais todos, luego os vais todos, siempre, eso decía Wences a la orilla de la laguna, junto a la verja azul, poco antes de coger la barca que se marchó con dos y volvió con uno, siempre os vais y aquí me quedo yo, solo, solito, todo el invierno, y ¿sabes con quién follo en invierno?, ¿sabes lo que hago en invierno?, pues follar con el único, con el que fue el primero y con el que follaré al final, el último día, hasta el día que se muera porque vosotros os vais, pero él está siempre, siempre ahí, con su aliento apestoso y caliente, con esa lengua de borracho que se sabe mi cuerpo de memoria desde antes que yo mismo, que mi primer recuerdo, el primero que tengo es su lengua en mi boca, siempre ahí, a los tres años, a los diez años, a los quince años, a los veinte años, esta misma noche si llego temprano y está borracho y despierto, siempre insaciable, siempre empalmado, conmigo, claro, que con mi madre hace años que no folla, y ahora yo puedo aguantarme, hacerme el fuerte porque estáis vosotros, porque es verano, porque es de día hasta muy tarde, porque las noches son cortas, puedo aguantarle e incluso mandarle a la mierda aunque me arriesgue a un bofetón, yo nunca le pego, pero luego, en invierno, solo está él, y es de noche a las seis, hasta llueve a veces, y entonces soy yo el que llega borracho y hago ruido en la cocina para despertarle y que venga, siempre viene, siempre está, fue el primero y será el último, de joven era igual que yo, he visto fotos, igual que yo, hasta me he hecho alguna paja con su foto de joven, siempre ahí, rozándome el culo en la cocina, acariciándome el paquete en el salón delante de la tele mientras mi madre ronca en el sillón de al lado, toqueteándome el cuello cuando me llevaba al colegio con esos dedazos repugnantes y calientes, ese viejo cerdo, asqueroso, no sé qué haré el día que se muera, no sé qué voy a hacer.

Decían que el padre de Wences hacía guisos con palomas, con pichones. Pero no los mataba a tiros sino que recogía los que encontraba muertos en la calle, por el calor, o atropellados. Los desplumaba con agua hirviendo y cocinaba la carne deshuesada con vino, canela, uvas pasas y cominos. Hacía empanadas de hojaldre con la carne de pichones muertos ya cocida. Decía que era una receta de los moros, eso decía el padre de Wences, una receta de los moros.

En algún momento de aquel verano inolvidable, aunque no recuerde exactamente qué año fue, descubrí que me había enamorado de Sebastián (pero a lo mejor es ahora cuando me he enamorado de él, de manera retrospectiva, cuando ya no hay solución ni puede acabar bien, si es que eso es posible, aunque creo que sí es posible y que no soy el primero que lo hace, aún dudando si retrospectiva es la palabra correcta, aunque sabiendo que es inútil y absurdo hacerlo, pero a lo mejor lo que es inútil y absurdo es enamorarse de alguien, en general, sea o no de manera retrospectiva, haya o no haya solución, locura de amor es un pleonasma, ya dije que lo dijo alguien) pese a la evidente atracción física que sentía por Wences. Sebastián, que salía de su casa hacia las tres o así, con una bolsa marrón muy austera, cuando la mayoría de las familias habían desaparecido en los frescos salones a oscuras de los apartamentos para comer. Sebastián, que a veces arrastraba por la arena una silla de playa amarilla, pero, casi siempre, lo que hacía era tumbarse en la arena a tomar un poco el sol, abrasador a esas horas pese a la brisa. Sebastián que, aun así, no se ponía moreno. Más bien enrojecía. Se le quemaba un poco la nariz y se le encendían los pómulos. Se le agrietaban los labios. Sebastián que parecía un inglés perdido, un americano de esos que vienen a los sanfermines. Se tumbaba en una esterilla y oía música con un *walkman*, una verdadera excentricidad en aquel verano del ochenta y dos (pero a lo mejor no era el verano del ochenta y dos y era el del ochenta y uno, o incluso el del ochenta y cuatro. O no todo pasó ese verano y yo lo mezclo en mi recuerdo). Sebastián que tenía los ojos negros, muy grandes, algo estrábicos, y unas pestañas enormes, que parecía un retrato de El Fayum, pero rubio y enrojecido, con la mirada perdida muchas veces.

En algún momento de aquel verano inolvidable, aunque no recuerde exactamente qué año fue, descubrí que me había enamorado de Sebastián, de Sebastián pletórico, lustral, inmanente, atribulado, atrabiliario, iridiscente, opaco, ponzoñoso, quimérico, pusilánime, argénteo, algodonoso, saltimbanqui, cucurbitácea, vicisitud, masturbatorio, guacamayo, pluscuamperfecto, consuetudinario, trepidante, crótalo, luciérnaga, septentrión, helicoidal, jacarandá, hemisferio, trementina...

Yo no vi nada, eso dije yo a mis padres aunque ellos sabían que yo sí había visto, al fin y al cabo estaba allí, sentado en el balcón, no demasiado concentrado en Julio Verne y sí en Sebastián, y jamás me creyeron, pero pensaron que yo no debía involucrarme demasiado en aquello no fuera a ser que me afectara más de lo debido, el muerto al hoyo y el vivo al bollo, eso dijo papá, ese tío era un tío muy raro. Ni siquiera yo mismo sé si vi o imaginé y más aún al cabo de los años, treinta ya, o casi, o quizá sean más, porque todo se mezcla y cuando uno se cuenta una historia o alguien nos cuenta una historia dejamos de saber si lo que de verdad pasó fue realmente lo que pasó o lo que nos contaron fue más real porque es imposible contar una historia sin mentir, que me lo digan a mí, aunque yo intente hacerlo y no sea consciente de las mentiras, solo hay presente y es imposible captarlo todo en cada instante, así que se escapa y entonces ya no es posible contarlo sin mentir porque solo dura un segundo, una centésima de segundo y entonces intentamos contar lo que acaba de pasar, una estrella fugaz, un orgasmo, un latido que se ha hecho esperar más de lo debido, pero ya mentimos sobre la trayectoria de la estrella, sobre la intensidad del orgasmo (que ya es imposible de reproducir porque no deja huella, como el dolor no deja huella, algo que me ha sido muy útil para enfrentarme a algún dolor de muelas: vencerlo en cada instante puesto que no es acumulativo, aunque no dirían lo mismo los que de verdad sufren dolores terribles, quizá les valga lo que digo, ojalá lo hiciera), sobre la duración del latido que no llega. Yo no vi nada, pero sí que vi algo: vi a dos hombres en una barca que se alejaba hacia el centro de la laguna, al atardecer, como por otra parte habían hecho muchas veces, como yo había hecho algunas, no tantas, salvo que aquella última, la barca volvió ya de noche y con un solo ocupante. Y es cierto que no vi nada, pero sí que oí por ese extraño efecto de las ondas sonoras sobre el agua. Y a lo mejor eso sí que es posible recuperarlo porque son ondas y seguirán su curso quién sabe por dónde, debilitadas, eso sí, pero puede que algún día se rescaten y se amplíen y se reproduzcan y podamos oír en primera persona «tú también, Bruto, hijo mío», pero en latín, o «Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado», pero en arameo, y se esclarezcan muchas dudas. Y ahora que lo pienso también la luz es una onda y seguramente será también posible que en algún momento se puedan recuperar imágenes que creíamos perdidas para siempre, y podamos reconstruir, con mucha paciencia, cada uno de esos infinitesimales momentos del presente que se han ido sucediendo, pero no el de aquella noche, o no del todo ni completo porque ya estaba oscuro y ni entonces se pudo ver bien, salvo los dos ocupantes de la barca y uno de los dos por poco tiempo, poco le duró la imagen al pobre.

Que no sé qué pasó, eso digo yo ahora después de tantos años, que Wences estaba muerto allí en la orilla, con los rizos revueltos, morado, hinchado, guapo aún, como había sido guapo para mí debajo de la ducha, para Carlos el «aburrío» que se le apretaba en la moto aquella vez, como lo había sido para Marisa seguramente, como lo había sido para Tadeo en la cangrejera, como alguna vez lo habría sido para Sebastián, quizá en ese último momento, con la brisa acariciándole y la laguna oscura. Y yo no había visto nada, pero había oído un golpe seco y una frase, hijo de puta, y había sido Sebastián el que la había dicho. Hijo de puta, eso dijo Sebastián.

Se escurrió en la barca y se golpeó en la cabeza con el motor, luego se intentó incorporar y, cuando estaba de pie, se desequilibró y cayó al agua, pero estaba ya muerto, no murió ahogado, quizá estaba ya muerto cuando se puso de pie, eso decían los del pueblo, pero el hijo de puta

solo lo había escuchado yo, y el golpe seco que no era de motor, sino de remo, madera contra hueso. Y que Sebastián había llegado remando, pálido y azul casi tanto como el muerto, ha pasado algo, allí ha pasado algo, eso decía Sebastián, y venía solo cuando todos sabíamos que había salido con Wences. Se levantó, yo creo que se mareó, le dio un derrame, o un infarto, o qué sé yo, y se cayó y se dio un golpe con el motor, y se levantó de nuevo y se desequilibró y se cayó al agua, eso decía Sebastián, muerto estaba ya cuando se puso de pie, eso decían los del pueblo. Que no sé qué pasó ni lo sabré nunca porque Wences ya no está para contarle, poco le duró la memoria de aquel corto presente al pobre, tan corto como todos los presentes, y porque Sebastián siempre repitió lo mismo durante años y seguirá haciéndolo, quizá ya ha olvidado lo que pasó realmente y de tanto contarse la historia ha terminado por creérsela, como por otra parte hacemos todos con todas las historias porque la verdad solo dura un segundo, una fracción de segundo y es imposible aprehenderla. Solo yo sé lo del hijo de puta que no venía a cuento, que no concordaba con la versión de Sebastián, y nunca se lo pregunté porque Wences ya estaba muerto, el muerto al hoyo y el vivo al bollo, eso decía papá, y porque Carlos el «aburrío» había decidido que aquello era justicia divina, o poética, ese tío era un tío muy raro, y porque Sebastián era el único inmune al Kraken, que nos tenía sometidos y que se nos iba a follar a todos y en el que no podíamos parar de pensar, eso decía Carlos el «aburrío», y que matando al Kraken había acabado con la maldición de la laguna que se cobraba cada año víctimas inocentes para que nuestros padres pudieran disfrutar del olor a hinojo en el verano, del agua fresca y azul, de los atardeceres y de las libélulas.

Madrid
Otoño 2011

Créditos

© José Luis Serrano, 2013

© Editorial EGALES, S.L. 2015

Cervantes, 2. 08002 Barcelona. Tel.: 93 412 52 61

Hortaleza, 64. 28004 Madrid. Tel.: 91 522 55 99

www.editorialesgales.com

ISBN: 978-84-16491-09-4

© Fotografía de portada: © Herbert List / Magnum Photos / Contacto

Diseño: Nieves Guerra

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.